

## «LA CELEBRACIÓN DEL ADVIENTO»

01/23 noviembre 2021

### ADVIENTO-2021/22

Existen noticias de que ya en el siglo IV, San Hilario de Poitiers (315-367), obispo y doctor de la Iglesia invitó a los fieles a prepararse al “*Adviento del Señor*” con tres semanas de prácticas ascéticas y penitenciales. El número de tres semanas estaría por entonces motivado por lo que se interpretó serían las «*tres venidas del Señor*»: la primera “*en su revelación a la conciencia*”, la segunda “*en su manifestación mediante la ley*” y la tercera “*cuando vino por la gracia*”. Aquel preludeo de la celebración del nacimiento de Cristo, se unía a la preparación de los bautismos, por entonces administrados en la festividad de la Epifanía. De hecho, el canon 4 del Primer Concilio de Zaragoza (año 380), señalaba: «*Durante veintiún días, a partir de las XVI calendas de enero (17 de diciembre), no está permitido a nadie ausentarse de la iglesia, sino que debe acudir a ella cotidianamente*».

Ya en el siglo V se practicó como tiempo de preparación para la Navidad la “*cuaresma de san Martín*”, así llamada por iniciarse el 11 de noviembre, festividad de san Martín de Tours. En el mismo siglo aparece la asociación del tiempo de preparación para la Navidad con notas de índole social, vinculando este período con la práctica del amor al prójimo, con énfasis en los peregrinos, viudas y pobres. San Máximo de Turín sermoneaba a sus fieles: «*En preparación para la Navidad del Señor, purifiquemos nuestra conciencia de toda mancha, llenemos sus tesoros con la abundancia de diversos dones, para que sea santo y glorioso el día en el que los peregrinos sean acogidos, las viudas sean alimentadas y los pobres sean vestidos*». Hay evidencias de que en la liturgia de la Iglesia de Roma existía a mediados del siglo VI un tiempo preparativo similar, pero este preludeo de la Navidad carecía de elementos ascéticos, tales como el ayuno, y se centraba mucho más en la alegre espera de la celebración del nacimiento de Jesucristo como anticipo de la «*vuelta del Señor glorioso*» al fin de los tiempos.

Se supone que fue el papa Siricio (384-399) quien pudo instaurar el Adviento. La expresión latina «*adventus Domini*» se encuentra en el “*Sacramentario gelasiano*”. Se trata de un antiguo libro atribuido al papa Gelasio I (492-496), del que nos han llegado manuscritos. El “*Sacramentario gelasiano*” representa la liturgia de Roma y contiene la primera celebración de la Eucaristía organizada en todo el año litúrgico, y hace referencia al Adviento como un tiempo de seis semanas preparatorio de la Navidad (las seis semanas de duración todavía perduran en el rito ambrosiano). Posteriormente se observaron algunas oscilaciones (cinco semanas) hasta que el papa Gregorio Magno (590-604) propuso para el Adviento una extensión de cuatro semanas, duración que finalmente prevaleció.

**ADVIENTO** (*adventus Redemptoris*). Es el primer período del año litúrgico cristiano, y consiste en un tiempo de preparación espiritual para la celebración del nacimiento de Cristo. Su duración suele ser de 22 a 28 días, dado que lo integran necesariamente los cuatro domingos más próximos a la festividad de la Natividad. Si bien el Adviento precede inmediatamente al tiempo de Navidad, desde el punto de vista espiritual tiene por finalidad la preparación del creyente para la segunda venida de Cristo y el encuentro definitivo con Dios.

Los fieles cristianos consideramos el Adviento como un tiempo de oración y de reflexión caracterizado por la “*espera vigilante*”, es decir, un tiempo de esperanza y de vigilia, de arrepentimiento, de perdón y de alegría. En la Iglesia ortodoxa, el Adviento incluye como nota particular una abstinencia estricta de ciertos alimentos, que torna en un ayuno estricto conocido como el “*ayuno de la Natividad*” en el caso de la Iglesia ortodoxa copta.

El primer domingo de Adviento marca el inicio de la temporada Navideña oscilando entre el 27 de noviembre y el 3 de diciembre; el segundo domingo de Adviento oscila entre el 4 de diciembre y el 10 de diciembre; el tercer domingo de Adviento, también conocido como “*Gaudete*” oscila entre el 11 de diciembre y el 17 de diciembre y el cuarto domingo de Adviento oscila entre el 17 de diciembre siendo la semana más larga y el 24 de diciembre siendo la más corta, pero en el caso de la Iglesia ortodoxa el Adviento se extiende por cuarenta días, pues comprende desde el 28 de noviembre hasta el 6 de enero.

Durante el Adviento, se coloca en las iglesias y también en algunos hogares la «*Corona de Adviento*». Es una costumbre luterana que data de trescientos años atrás y fue aceptada por todas las iglesias de occidente. Se trata de un conjunto preferentemente de ramas verdes, en cualquier caso, sin flores debido a la austeridad propia del Adviento, dispuestas o trenzadas en círculo, a las que se suman cuatro cirios ubicados en la periferia, uno por cada domingo de Adviento. El primer cirio se enciende en el primer domingo de Adviento, junto con la realización de plegarias. Sucesivamente se encienden los restantes cirios, uno nuevo en cada uno de los siguientes domingos, hasta que en el domingo previo a la Navidad se encienden los cuatro cirios. A cada una de esas velas le damos un significado en nuestra vida, por ejemplo: la 1ª (color morado) “*vigilantes en oración*”; la 2ª (color verde) “*vivimos en esperanza*”; la 3ª (color rojo) “*sentimos la alegría*”; la 4ª (color blanco) “*notamos ya la presencia del salvador*”.

**¡¡Hermanos, vivamos plenamente este Advenimiento de nuestro Señor!!**

## **DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO**

1ª lectura (Jeremías, 33, 14-16): *Cumpliré la promesa.*

Salmo (24, 4bc-5ab.8-9.10 y 14): *«A ti, Señor, levanto mi alma»*

2ª lectura (Tesalonicenses, 3, 12 – 4, 2): *Ya conocéis las instrucciones.*

Evangelio (Lucas 21, 25-28.34-36): *Estad, pues, despiertos.*

El mundo no es como podría ser y como deseamos que fuera. No vivimos en un mundo santo, lo sabemos muy bien. La Iglesia misma no está exenta de pecados y tampoco los miembros que la integramos. Sabemos que somos amados por Dios, pero estamos al mismo tiempo expuestos a los vientos del mal que nos entorpecen o bloquean la respuesta de amor que deberíamos darle y, por el contrario, nos confirman nuestros egoísmos, celos y recelos, orgullos y depresiones, como nos describió Pablo en su conocida duplicidad de la ley: **«No ejecuto lo que quiero y, en cambio, hago lo que detesto»** (Rom 7,15). Nuestro mundo tiene cimas de paraíso con muchos valles de lágrimas y, ¡es inevitable que sea así!

Hay quienes se desentienden y se posicionan frente al mundo pensando que es: blanco o negro, mejor o peor, y buscan la manera de hacer su vida en la convicción de que el mundo no puede cambiar. Hablan de “*destino irrevocable*” y de “*la suerte está echada*”, sin ver posibilidad de marcha atrás ni posibilidades de cambio. El evangelio habla de la actitud inconsciente de los que no saben o no quieren ver, pensando solo en disfrutar del tiempo presente, aunque produzca stress e infartos: “*lo único que cuenta es vivir, pasarlo bien, disfrutar*”, hasta que un día tocamos el suelo, sufrimos una decepción, alguien desaparece de nuestro lado y nuestra fortaleza se agrieta y derrumba.

Es entonces cuando se puede pasar a una segunda interpretación del mundo como algo donde uno puede sentirse elemento activo con capacidad para remediar algo. Si el mundo es malo es porque lo hemos hecho así, pero podemos contribuir a hacerlo mejor. Esta reflexión nos pone en el camino de la verdad. Por eso, a la experiencia de impotencia para remediar muchos males que puede degenerar en angustia y hundirnos en el pesimismo, los cristianos antepone la convicción de la fe en Dios padre y providente, que camina presente a nuestro lado, y de alguna manera, nos entrega instrumentos de poder y nos insufla el deseo de salvar el mundo con su amor.

Acabábamos el año litúrgico el domingo pasado y ya estamos comenzando el nuevo año en este domingo de finales de noviembre que es el primero del tiempo de Adviento. Tiempo de preparación para la llegada de la Novedad de Dios, Jesús, al momento presente de la historia de una humanidad siempre en búsqueda.

En este primer domingo de Adviento la Palabra de Dios habla de dar cumplimiento a lo que anunciaron los profetas, (primera lectura), de llenarse de amor mutuo para los hermanos y hermanas de comunidad (segunda lectura) y del final del tiempo del anti-dios y del comienzo del tiempo del Libertador (evangelio).

Últimamente nos coge de sorpresa, igual que el nacimiento de Jesús en su tiempo, lo cotidiano, las prisas por llegar a donde no sabemos, la urgencia por tener lo que no necesitamos y la poca importancia que le damos a lo de ser con otros y la necesidad que ellos tienen de nosotros, todo ello, nos hace llegar a la Navidad con necesidad de vacaciones. Llegamos a este tiempo nuevo cargados ya de cosas viejas: loterías, rifas, felicitaciones; listas de aguinaldos, compra de favores comerciales, regalos de cosas innecesarias; y con poco tiempo de acercarnos a personas conocidas que tienen que afrontar situaciones imprevistas provocadas por la pérdida de salud, de trabajo o de pareja. Tenemos miedo a implicarnos por si ello nos saca de nuestra comodidad.

Pablo nos lo recuerda en su carta a los Tesalonicenses: **«que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos»**. Así ha de ser la relación entre los hermanos y hermanas de la comunidad cristiana; y así lo debemos mostrar en nuestro aprox(j)imarnos a las personas que han sido asaltadas en su dignidad por el sistema sin Dios que nos circunda.

Las personas que han encontrado el verdadero sentido de sus vidas, que son lo que dicen y lo comparten con las que todavía no son porque no lo han descubierto o porque les ha sido arrebatado; esas son las personas que no envejecen. Pasan los años por ellas, pero cada día se muestran más cercanas a la fuente de la vida que no se termina.

De todos es conocida la expresión **«hay que nacer de nuevo»** que Jesús le dice a Nicodemo, cuando va a verlo de noche para que nadie se entere, porque ha intuido que el Rabí de Galilea vive y habla de distinta manera a la que ellos hablan en el templo y en las sinagogas. Este es el tiempo nuevo del Reino que nos anuncia Isaías, que prepara Juan Bautista, que acoge María de Nazaret en lo profundo de su ser y que se nos ofrece a sus seguidoras y seguidores para que lo recibamos a Él y nos pongamos a caminar detrás de Él.

Los cristianos sabemos que Dios vino a salvarnos, camina junto a nosotros y esperamos que volverá. Vivimos de la fe en su primera venida y en la esperanza de la segunda, es decir, sabemos que estamos redimidos y que caminamos al encuentro del Señor. Esta es una buena síntesis de nuestra fe, esto es el Adviento: “*esperamos al Señor que viene*”.

## **DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Baruc, 5, 1-9): *Vístete de galas perpetuas.*

**Salmo** (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres»*

**2ª lectura** (Filipenses, 1, 4-6.8-11): *Que vuestro amor siga creciendo más y más.*

**Evangelio** (Lucas 3, 1-6): *Preparad el camino del Señor.*

Para los amantes de la historia antigua el inicio de este evangelio es impresionante. Al modo de los historiadores griegos Lucas inicia magistralmente su crónica histórica bajo la cronología del imperio romano que era quien gobernaba Palestina. Pero no nos equivoquemos, ni el evangelio de Lucas ni la Biblia son relatos históricos, sino que son ante todo relatos de fe. Sin embargo, el elemento histórico tampoco es irrelevante, al contrario, ya que el Señor Jesús se ha encarnado en un momento concreto de la historia de la humanidad, según la cronología que nos ofrece Lucas podríamos ofrecer la fecha del año 27 o 28 d.C.

Para hablar de Jesús antes hay que hablar del hijo de Zacarías, Juan. Y Lucas nos indica cómo a Juan también tenemos que comprenderlo en esa corriente de los profetas que tanto lucharon por reconducir al pueblo de Israel hacia Dios. Por eso decimos que Juan es el último profeta del Antiguo Testamento y el primero del Nuevo Testamento. Pero antes que él hubo muchos, de 15 de ellos guardamos un libro con su mensaje en la Biblia. ¿Qué nos enseña esto? Que Dios no se cansó de suscitar profetas para que fueran los portavoces de su mensaje a lo largo de muchos siglos de historia.

A la infidelidad del pueblo de Israel Dios siempre pagó con su perdón, su fidelidad y el envío de sus profetas para que fueran heraldos de esperanza. Una vez que llegue Jesús, aquellos desaparecerán ya que Jesús encarna en plenitud la misión de Juan y de todos los que le precedieron. Juan predicaba un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, aquellos que se acercaban hasta él sabían que habían errado y querían empezar de nuevo.

No era un bautismo definitivo, era un rito purificador al que Juan le dio una característica de “*preparatorio*” de un acontecimiento mayor, la venida del Señor Jesús. Juan sabe que es el más pequeño de los hombres, pero ha recibido la misión de anunciar la llegada del más grande, del Hijo de Dios. Y eso no es cualquier cosa, hay que prepararlo bien.

Y hay que prepararse bien. Por eso la preparación que nos propone Juan se resume en una serie de acciones: **«allanad los senderos, rebajar los montes y colinas, enderezad lo torcido»**. Estas acciones las debemos hacer cada uno para recibir mejor al Señor. Cada uno tenemos que descubrir qué hay que allanar, qué rebajar, qué enderezar en nuestra vida. Y aplicarnos a la tarea.

Por el desierto, lugar de soledad y silencio lejos del ajetreo y ruido de la ciudad, hay que pasar a las superficies ásperas y desiguales de las regiones del espíritu. Juan habla de las superficies interiores del alma y corazón. Allí puede haber montañas inaccesibles y valles como abismos, senderos tortuosos en mal estado que dificultan o imposibilitan la comunicación de los corazones. Una montaña o un valle ponen distancias por medio, separan, si es que ya no impiden totalmente la comunicación y lo mismo sucede con las carreteras en mal estado.

Los “*montes*” de que aquí metafóricamente se habla y que es necesario allanar, son todo lo que en mí se eleva sobre los demás distanciándome de ellos. Puede llamarse orgullo, rivalidades, envidias... todo eso que corta la comunicación humana entre los corazones y alejan también de Dios.

Los “*valles*” son apatía, amarguras en solitario, depresión ante nuestras propias sombras no aceptadas, ante lo negativo que hay en nosotros. Tienen función negativa, hacen imposible la alegría del espíritu necesaria para recibir al que viene.

También los “*senderos*” son vías de comunicación y, si son tortuosos, hay que eliminar curvas: que **«lo tortuoso se haga recto»**. Rectitud es sinceridad de conciencia consigo y sinceridad de corazón con los demás. Es corregir errores de experiencias pasadas, proceder con rectitud y justicia en su doble acepción de relaciones de equidad con el prójimo y de santidad ante Dios.

La espera del Adviento no es, por tanto, una espera pasiva sino preparación laboriosa. La preparación que se nos pide es entrenamiento espiritual, ascética. La penitencia del Adviento no es simplemente privación ni imposiciones. Más bien consiste en eliminar todo lo que nos separa del prójimo, nos distancia de Dios y dificulta sus caminos.

Pablo nos pone a la comunidad cristiana de Filipos (2ª lectura), como de un ejemplo a seguir. Su vida nos la describe como un continuo crecimiento. La perfección cristiana no es un logro conseguido de una vez para siempre. Pablo propone el crecimiento espiritual como modelo de toda convivencia humana. Es maduración apreciativa de los valores sin definirse injustamente sobre la conducta ajena. “*Caridad*” no es ceguera, pero las primeras impresiones necesitan ser sometidas a reflexión antes de formular un juicio. Además, “*benevolencia*” que es disposición de comprensión. “*Afabilidad*” en las palabras para evitar fricciones. Y “*servicialidad*” a ejemplo de Jesús. Esta es la preparación de los caminos del Señor para celebrar en cristiano la Navidad.

## **SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA**

**1ª lectura** (Génesis, 3, 9-15.20): *¿Dónde estás?*

**Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4):** *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

**2ª lectura** (Efesios, 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

**Evangelio** (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

En la fiesta de la Inmaculada Concepción no celebramos un aniversario, ni el día de un nacimiento o muerte. Celebramos una afirmación de fe que tiene su realidad concreta en una mujer. El contenido de esta afirmación de fe se expresa muy bien en la oración litúrgica de la misa: *«Dios preparó en María una morada digna para su Hijo»* y esto no por merecimientos propios sino gratuitamente y en previsión de los méritos de ese mismo Hijo, es decir, aplicando a María una redención preventiva. Nos resulta razonable y comprensible que fuera así y que tuviera que ser así, como una exigencia de la santidad de Dios y un ejercicio de su poder y amor. Pero además del hecho hay aquí un signo, es decir, la concepción sin mancha es un hecho en María con proyección universal, tiene un mensaje para todos.

Un signo es una realidad que evoca la idea o existencia de otra que es significada por él. Los signos no son nada sin la idea evocada por ellos. Al mirar una bandera sus colores pueden evocar en mí la idea de patria, pero si cambio uno de esos colores ya no significan nada. Destruída la idea que evocan pierden todo su significado y dejan de ser signos. Así, por ejemplo, el muro de Berlín fue durante mucho tiempo signo de una ideología y cuando ésta se desmoronó interiormente se quedó el signo sin significado y cayó por inútil. La Inmaculada es una realidad y un signo que la iconografía ha expresado frecuentemente en una imagen conocida de María con una serpiente bajo sus pies, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en el cielo. La señal o signo del cristiano es, naturalmente, la cruz. La Inmaculada es una realidad en sí y uno de los signos más universales y optimistas de nuestro ser y destino.

María, la llena de gracia, será después, por su Asunción la llena también de gloria y en esa doble plenitud es signo de nuestro destino humano. Dios quiere llenarnos de su gracia para hacernos aptos para la plenitud de gloria. Tiene sentido reflexionar sobre María como predecesora nuestra, como signo de nuestro destino. Al cantar sus grandezas nos gloriamos de que Dios lo haya hecho así y, cantamos la esperanza en la grandeza de nuestro propio destino.

La lectura, del libro del Génesis, nos ha dado la pista a seguir mediante la presentación de Eva. No se trata de enfrentar a dos mujeres, sino dos actitudes vitales, decisivas, totales: decir **“NO”** o decir **“SÍ”**. Desconfiar de Dios o confiarse a él. Eva cierra y María abre. Eva busca otro camino mientras que María transita por el camino de Dios. Quizá es insistir mucho, pero es importante ver cómo estas dos actitudes (rechazar o acoger), profundamente humanas, están presentes en la historia de Dios con la humanidad, de la humanidad con Dios.

Decir **“SÍ”** es algo muy importante; supone *“aceptar”* la propuesta de otro; bien porque lo admites después de una consideración madura, bien por debilidad porque no te atreves a decir que **“NO”**. Hay personas que dicen *“sí”* cuando en realidad querrían decir *“no”*; y hay personas que dicen *“no”* cuando en realidad, les encantaría decir *“sí”*. Por distintas circunstancias, en varios estamentos se ha insistido en el doble *“no”* como lema a recordar y a presentar de forma contundente: *“no es no”*. De esta forma el *“escuchante”* se topa con un muro infranqueable. No hay nada que hacer. Es un camino truncado, y hay que cambiar de rumbo. Pero, podríamos imaginarnos también todo lo contrario: *“sí es sí”*. De esta forma el *“escuchante”* se encuentra con un camino abierto, sin obstáculos, expedito, limpio de dificultades. Si el *“no es no”* transmite un mensaje *“cortante”*, el *“sí es sí”* transmite un mensaje *“confiante”*.

En esta dinámica de síes y de noes, la Escritura recoge la historia de una mujer de un pueblo pequeño de Galilea que dijo un **“SÍ”** definitivo, limpio, sin reservas, alto y claro. ¿Nos habíamos parado a pensar que un *“sí”* podría cambiar la historia? Más aún: ¿alguna vez habíamos pensado que un *“sí”* personal tuviera semejante repercusión en la historia de los demás, en la historia de la humanidad? María, en verdad, no dijo *“sí”*, sino *«hinnení»*, que se traduce como *“aquí estoy”*, *“heme aquí”*. Dicho en otras palabras, indicando sus consecuencias: *“lo acepto”*, *“que se cumpla”*, *“no pongo reservas”*.

El plan de salvación no se puede *“imponer”*. Si Dios es fundamentalmente *“diálogo”*, no tiene cabida el *“monólogo”*. Eva supone un vivir de espaldas a Dios, aunque no lo niegue explícitamente (situación muy extendida en la sociedad actual); o también una negación explícita de la salvación de Dios (el ser humano no necesita que nadie lo salve). María, por el contrario, no solo sabe (con toda la historia de Israel), que el ser humano necesita a Dios, sino que necesita *“ser salvado”* por Dios. María sabe que esta historia, muy abierta, se hace de diálogos, de propuestas, de *“síes”* y de *“noes”*. María dijo *«hinnení»*, *«que se cumpla en mí»*, a Dios y a todo el plan de salvación con la humanidad.

## **DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

1ª lectura (Sofonías, 3, 14-18a): *Alégrate, grita de gozo, regocíjate y disfruta.*

Salmo (Is 12, 2-3.4bcd.5-6): *«Gritad jubilosos: “Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel!”»*

2ª lectura (Filipenses, 4, 4-7): *Que vuestra medida la conozca todo el mundo.*

Evangelio (Lucas 3, 10-18): *Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?*

Celebramos la eucaristía en este tercer domingo de Adviento llamado en latín «*Gaudete*», que quiere decir: “*regocijaos*”, “*alégrense*”, “*estad alegres*”. Pero, ¿puede mandarse la alegría o imponerse por decreto? La alegría nace unas veces del interior del corazón cuando uno consigue, por ejemplo, una meta apetecida, un objetivo propuesto. Otras veces nos viene desde fuera como una alegre sorpresa inesperada, por ejemplo, cuando recibimos un regalo, una llamada.

Con la llegada de la alegría nos sentimos movidos a acercarnos a los demás y experimentamos nuevas energías interiores que nos impulsan a emprender algo nuevo. Las llegadas fortuitas de la alegría apenas pueden provocarse, pero sí es posible crear condiciones de alegría. En la vida hay cosas buenas y malas, como lo blanco y lo negro, como el día y la noche. Podemos ensombrecer la existencia empeñados en restregar heridas, en ver sólo las sombras, lo negativo, los escándalos del mundo e incluso la “*pasividad*” de Dios en lugar de descubrir el bien que hay oculto y divulgar el que es visible; nos hacemos mucho daño cuando somos más escarabajos de bajos fondos que abejas de superficie para disfrutar de la bondad de los hombres y de la belleza de la creación.

La vida no suele coincidir con la idea que nos hacemos sobre ella. Vemos la realidad con el color del cristal de nuestra educación, de nuestra cultura, de nuestra historia y sus experiencias, con el color de nuestros intereses y expectativas. Hoy, más que nunca, tanto para bien como para mal, los medios de comunicación pueden tener una influencia decisiva sobre nuestra percepción de las cosas. Nunca en la historia hemos tenido tanta información y, sin embargo, corremos el riesgo de vivir desorientados y manipulados. Podemos conocer al minuto algo que ha sucedido al otro lado del mundo, y, al mismo tiempo, comprobamos que lo que no sale en radio o en televisión pareciera no existir.

La vida, siempre es mucho más grande de lo que nosotros sabemos o de lo que otros nos pueden contar. La vida auténtica no es un “*reality show*”. Al contrario, se va tejiendo en la sencillez de cada día, en el silencio, en el anonimato. Se va construyendo en el amor y en el desamor, en el trabajo y en la solidaridad, en el niño que nace y en el anciano que se va; se va tejiendo con alegría y con lágrimas, con sueños y con decepciones, con aciertos y con fracasos.

Pero, **¿y Dios?** ¿Dónde está o dónde queda Dios en esta sociedad de la información que no da noticias de Él? ¿Dónde está cuando, incluso desde la misma religión, se afirma, a veces, que vivimos en una sociedad sin Dios? Al ver cada día, en las noticias, las calamidades que sufre tanta gente inocente, nos podemos preguntar: ¿Dónde está Dios? Tal vez estemos bajos de ánimo porque, entre tantas palabras y tantas imágenes que escuchamos y vemos cada día, Dios no es una evidencia, no es noticia en nuestra sociedad. Tal vez nos esté sucediendo hoy lo mismo que le sucedía al pueblo al que Sofonías dirigió sus palabras.

Acojamos y meditemos las palabras del profeta: *«El Señor tu Dios está en medio de ti»*. En una situación de crisis y de pesimismo, aquel hombre fue capaz de ver, más allá de la oscuridad del presente, la presencia de Dios en medio de la historia. *«El Señor tu Dios está en medio de ti, se alegra y goza contigo, te renueva con su amor»*. Es el Dios que no sale en los titulares terrenales pero que se hace presente en el corazón de la gente que ama y lucha por la vida, en las manos de los que construyen humanidad, en los labios de los que siembran la paz.

La razón cristiana de la alegría no es privilegio de nadie ni se identifica con lo que llamamos “*suerte en la vida*” y que no siempre alegra el corazón. Yo comprendo bien la alegría de los afortunados para quienes la Navidad viene acompañada de buenas noticias, ya que la adversidad nunca está de vacaciones ni siquiera en Navidad. Sin embargo, la alegría profunda es don de Dios para todos dada como un don del Espíritu que nadie puede arrebatar. La alegría profunda, espiritual no consiste en risotadas o gritos, ni en la habilidad de hacer reír a los demás.

La alegría verdadera es serenidad interior y buen humor como estado habitual del espíritu. El que tiene esta serenidad sale de sí mismo y tiende a seleccionar lo bueno y bello incluso en la adversidad. Ésa es la medida que se hace patente a todo el mundo como pide Pablo en su carta a los filipenses. En muchas iglesias de hoy la alegría brilla por su ausencia, parece más cumplimiento rutinario que celebración eucarística. La fe nos da muchas motivaciones y perspectivas de alegría, a condición de no entenderla como una panacea universal con efecto automático.

## «DIOS CUMPLE SUS PROMESAS»

06/19 diciembre 2021

### DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas, 5, 1-4a): *Se mantendrá firme, con la fuerza del Señor.*

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh, Dios, restauranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (Hebreos, 10, 5-10): *He aquí que vengo para hacer, tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1, 39-45): *Bienaventurada la que ha creído.*

La salvación de Dios viene de lo pequeño. En Navidad, celebraremos el nacimiento del bebé Dios que cambiará los corazones de quienes se encuentren con Él y, al mismo tiempo, la historia de la humanidad. Lo hace desde el amor y la entrega total. Él no ha necesitado grandes ejércitos ni ingentes sumas de dinero para cambiar el destino del mundo. Ha venido por amor a nosotros. Es el estilo de Dios: confiar en lo pequeño, destacar lo sencillo, optar por lo humilde... y, al mismo tiempo, hacer que todo lo que esté en nuestra mano sirva para transformar la realidad y anunciar el amor, la justicia y la paz universal.

Durante las cuatro semanas de Adviento hemos escuchado razones para la esperanza. Son muchas, aunque el motivo principal de esperanza es Jesucristo, presente en nuestra vida. Sin embargo, hoy también encontramos motivos para la desesperanza: las personas que padecen soledad, las familias que no logran salir adelante, los jóvenes que no consiguen un empleo, las víctimas de la violencia... En nuestro mundo vemos refugiados, emigrantes, víctimas de guerras, hay regiones enteras sin alimentos. El hijo de Dios también nace para ellos y es motivo de buena esperanza. Nosotros queremos llevar su bendición a estas situaciones trabajando por la justicia y la paz. Así llevamos su luz.

La Navidad es en el año la fiesta de la alegría en familia, comunicación o encuentro de los que en otras fechas del año viven separados por la distancia. Pero si durante el año no ha habido “comunicación” aunque sea a distancia, tampoco puede haber comunicación en Navidad. Será una presencia formal, artificial, quizá fría. Necesitamos relaciones humanas de vida social y familiar. Si no es así, tal vez se deba a que no llevamos dentro a Dios, creador de vínculos de amistad.

La proximidad de la celebración del nacimiento de Jesús nos llena de alegría. ¡Qué mejor noticia que sentir que el Hijo de Dios ha plantado su tienda en nuestra vida! María, con su disponibilidad al plan de Dios, ha abierto las puertas del mundo a Cristo Jesús. Él se ha hecho uno de los nuestros. Esta alegría no es únicamente porque hace dos mil y pico de años Jesús, el Mesías, Hijo de Dios, naciese en la pequeña ciudad de Belén. Estamos alegres porque el Señor nos sigue visitando hoy y lo hace *«en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su Reino»*.

La fe no es un asunto privado, aunque se la viva en solitario. Hacerlo así equivaldría a privar a otros de los motivos de la admiración jubilosa de Isabel y de los saltos de alegría de Juan. La misión de Juan, comienza desde ahora: con un salto de alegría. La alegría es la característica de la visita del Mesías su Señor. Durante su predicación, el Bautista exclamará: *«El amigo del esposo... se alegra extraordinariamente al oír la voz del esposo, por eso mi alegría se ha hecho incontenible»* (Juan 3, 29).

La fe puede plantearse como pregunta o discutirse como problema, pero necesita comunicarse como certeza, como posesión. La fe crece en la comunicación. La fe se simboliza por la luz, pero nadie enciende una luz para ponerla metida en un cubo o debajo de la mesa, la fe es también “*un obsequio racional de la mente*”, necesita ser justificada para ser vivida, no para disecarla y reducirla a conceptos. Cuando la fe se comunica salta de alegría, como Juan en el seno materno; otros cantan con alborozo *«mi alma engrandece al Señor»* o *«dichosa tú porque has creído»*.

La visitación de María a su pariente Isabel, se celebra en uno de los misterios del rosario. En este encuentro puede la contemplación sentir preferencia por las palabras de las madres o por los signos de los hijos no nacidos. Pero siempre habrá que hacer resaltar en María a la “*gran creyente*” como lo hace el evangelista Lucas e Isabel. Y juntamente con su fe hay que resaltar el amor con los servicios que inspira: ser sacramento, signo de Dios, para los demás. Isabel se lo dice bien claro a María... no tengas duda de que *«lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»*. También nos lo dice a nosotros hoy. Dios cumple sus promesas y sale a nuestro encuentro.

Se cumplen las bienaventuranzas, se cumple el amor y el perdón, se cumple que es más feliz quien más da, que es más grande el que más sirve, que es más importante el que más ama. Abrid bien los ojos porque Dios sigue naciendo en nuestro mundo y en nuestra vida. Dejaos sorprender por Él y hacedle un hueco. Será lo mejor que pueda pasar. Que Él siga naciendo en nosotros, en nuestras familias, en la parroquia, en nuestros barrios, pueblos y ciudades. Dios mismo cuenta con nosotros para nacer hoy.

## **LA NATIVIDAD DE JESÚS**

**1ª lectura** (Isaías, 52, 7-10): *El Señor ha consolado a su pueblo.*

**Salmo** (97, 1b-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

**2ª lectura** (Hebreos, 1, 1-6): *Él sostiene el universo con su palabra poderosa.*

**Evangelio** (Juan 1, 1-18): *La luz brilla en la tiniebla.*

Esta solemnidad da nombre a las fiestas que diversas culturas celebran en estos días. Sin embargo, los cristianos celebramos un acontecimiento que no tiene gran facilidad para ser aceptado: que Dios ha querido comunicarse a sí mismo y comunicarnos su vida divina a nosotros que somos criaturas y humanas. Las lecturas, tanto la de Isaías, como la de Hebreos y la de san Juan proclaman un acontecimiento: que Dios es el rey de Sión (Jerusalén) y que el Dios de Jesús se ha revelado a la humanidad por medio de su Hijo (y un hijo no es una idea) y en Palabra.

Lo dicho nos coloca ante una cuestión que parece normal, pero, en realidad, no lo es: no es natural que Dios se comunique a sí mismo a los seres humanos. Su “*revelación*” procede de una decisión libre de Dios y una decisión que implica hacer una historia de amor con los seres humanos. Con frecuencia hacemos una proyección de nuestras necesidades afectivas y nos parece natural que nuestros padres nos quieran. Y si eso nos parece natural, ¿cómo no nos va a querer Dios que dicen que es el amor absoluto y nosotros somos sus hijos? Pues la cuestión es al revés: somos sus hijos porque nos ama.

La única forma que conocemos los seres humanos de experimentar el amor es amando, no divagando sobre el amor. Dios lo sabe y por ello ha encarnado a su Hijo: para mostrarnos en Él su amor inmenso. La fe cristiana comienza por el “*ver*”, no por sentir. Por ver qué ha hecho Dios en la historia. Pero no hay historia humana sin Palabra. Toda historia en la que se involucran Dios y el ser humano crea significación y lo que significa Dios para el ser humano y el ser humano para Dios se expresa por la palabra. Podemos entonces percibir que las imágenes alimentan el deseo y solo la palabra alimenta el amor.

Los acontecimientos no existen de forma neutra o aséptica. Los acontecimientos están preñados de significación. ¿Qué significa que la Palabra se hizo carne? Su significado no es otro que permitir al ser humano experimentar el amor de Dios, ya que solo Dios, amor absoluto, puede adaptarse a la capacidad del ser humano de experimentar el amor absoluto en su condición de criatura relativa o finita. Demos gracias a Dios que ha querido mostrarnos su amor en la Encarnación de su Hijo.

Otra “*Navidad más*”. Los niños, los últimos en llegar, son quizás los que más la viven. Pero los que ya peinamos canas en la familia –canas reales porque los años pasan y dejan su marca indeleble, o canas espirituales porque la juventud se escapa como el agua entre los dedos– vemos que nos falta la frescura infantil. Acecha y amenaza el virus de la rutina. ¿Otra Navidad más? ¿Otra vez tenemos que celebrar con alegría, a veces forzosa, otras veces forzada? ¿Merece la pena tanto desgaste para repetir lo de siempre?

Hay un cansancio aún peor que el de la rutina, y es el de las malas noticias. El de la rutina es consecuencia del paso del tiempo sin que sepamos cambiar el ritmo; no pensamos en nada malo; tampoco en nada bueno..., pero ¿qué hacer cuando solo leemos en nuestro corazón malas noticias? ¿No es mucho peor ver cómo el presente y el futuro del mundo, de la vida ordinaria, se tiñen de gris sin que sepamos cómo afrontarlo? Los colores turbios ensombrecen los claros. Los sabores se tornan en sinsabores. Las esperanzas se disuelven como un azucarillo, dejando un ligero sabor... No estamos a gusto, porque nos gustaría mucho más escuchar buenas noticias.

Peor aún que los otros dos, es el cansancio de estar cansados por una cosa o por otra. Por no vivir con ilusión cada día, por repetir lo de siempre, por no mirar al futuro, o por mirarlo con las gafas oscuras del pesimismo. Este triple cansancio lo vivimos como un peso que se acomoda en nuestras espaldas, a modo de mochila, que nos gustaría quitar. Es más, nos preguntamos: ¿es esta la condición humana?

Aquí, en medio de esta oscura oscuridad, bajo el peso de esta mochila molesta... se oye una voz. ¡Nos ha nacido un salvador! Una voz de ángeles (en el sentido pleno de la palabra) que grita para que todos lo oigan: «**¡Hoy nos ha nacido un salvador!**». Tres palabras a contemplar despacio: «**hoy**»; es un hoy eterno; para ti y para mí, para siempre, para que se haga realidad, que afecta a tu vida y a mi vida presente. La segunda palabra es «**nos ha nacido**»: nos ha sido dado; es para nosotros, y está en medio de nosotros; solo lo tenemos que acoger, como a un niño pequeño. La tercera es «**un salvador**»: La salvación es envolvente: plena, cumplida, abrazadora, intensa, nueva, gratuita, renovadora, desculpabilizadora, posibilitadora, humanizadora, divinizadora.

¡Es verdad! Ahora, después de ver cómo el corazón humano se pierde y se deshumaniza en medio de cansancios, aparece la Buena Noticia de cada Navidad, sin que pierda ni un ápice de su poderío. **¡Ha nacido el Salvador!** ¡Esta es la nueva y permanente noticia que no se agota! ¿Y si fuera verdad?, preguntan los más escépticos. Sí, no solo sería una hermosa posibilidad a considerar. Sí, es una verdad a contemplar, a compartir, a gritar: **¡¡FELIZ NAVIDAD!!**

## «DICHOSO QUIEN HABITA EN TÚ CASA»

08/26 diciembre 2021

### LA SAGRADA FAMILIA

**1ª lectura** (1º Samuel, 1, 20-22.24-28): *Lo ofreceré al Señor y se quedará para siempre.*

**Salmo** (83, 2-3.5-6.9-10): *«¡Dichosos los que viven en tu casa, Señor!»*

**2ª lectura** (1ª Juan, 3, 1-2.21-24): *Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios.*

**Evangelio** (Lucas 2, 41-52): *Lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros.*

Sin duda alguna, llevado por una profunda experiencia de fe, el salmista se siente transido de alegría, se estremece de gozo, y la causa de todo ello es el Dios vivo. Es justo sentirnos gozosos durante estos días, en los que recordamos el nacimiento del Hijo de Dios. Su entrada en nuestro mundo ocurrió, como bien sabemos, en la discreción, la sencillez y la pobreza, pero también en la calidez de unos padres que lo reciben y lo acogen con lo mejor de sus pobres medios. “*envuelto en pañales y recostado en un pesebre*”. Desde que Dios se hace parte de una familia humana, no solo hemos de cantar como el salmista: «*Señor, dichosos los que viven en tu casa*», sino añadir: “*Y más dichosos aquellos en cuya casa vives tú*”.

El camino desde el ingreso de Jesús en el mundo hasta su vuelta al Padre, pasa por muchas vicisitudes. Sin duda, la familia formada por José y María es una matriz importante en el proceso y el desarrollo humano del Verbo hecho carne. Es de José y María de quien Jesús habrá aprendido todo lo que debía aprender un buen niño judío. Y no solo las herramientas humanas, sino también los valores con los que se enfrenta a la vida. Es en esa pequeña familia donde Jesús irá fraguando los ideales que le moverán a responder de una manera tan singular a la misión que Dios, su Padre, le ha encomendado.

Apenas acabamos de celebrar la gran fiesta de la Natividad del Señor, la liturgia nos lleva volando por un espacio de doce años hasta la escena que nos presenta el evangelio de Lucas. Es el tiempo en el que un judío deja de ser niño y entra a formar parte, por derecho propio, del pueblo y de sus reuniones sagradas, se le reconocen sus derechos y obligaciones y comienza a asumir sus propias responsabilidades. Sube con sus padres a Jerusalén para la fiesta y, experimenta ya su deseo de consagrarse totalmente a Dios, pero aún había mucho que aprender, mucho que preguntar, mucho que decir y decide quedarse un poco más tiempo que sus padres. Después de todo, estos asuntos también son cosas de su Padre, el del cielo, y ya debe ocuparse de ello. Su estancia en el templo no es tan larga como la de Samuel, pues al tercer día sus padres lo encuentran allí.

José y María constituyen para Jesús, el Hijo de Dios, su primer hogar, su primera casa, su primera familia. Él irá aprendiendo a desbordar desde ese hogar, esa casa y esa familia su vocación universal, y por eso mismo, se hace parte de cada hogar, de cada casa y de cada familia que lo acoge: «*Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica*». Esa es su verdadera familia.

Las lecturas de hoy nos presentan unos marcos familiares que reflejan un ambiente de cercanía y ternura entre sus miembros, aunque fuera sea frecuente y cultural un incomprensible clima de animadversión y violencia. En la familia solemos poner la plataforma sobre la que construir nuestras relaciones. En la respuesta que encontramos a nuestras necesidades más fuertes y profundas es donde arraiga el árbol de nuestras relaciones sentimentales, sociales y profesionales. Somos desde niños, necesidad, dependencia, limitación, a la vez que aspiración, todo lo esperamos de unos padres que se vuelcan en abrirnos y prepararnos para la vida desde la seguridad de su cuidado y cariño. El amor familiar es el mejor empuje a la sociedad, precisamente porque es el mejor refugio. Y así, entre la seguridad de un amor incondicional y la posibilidad de perderlo, el ser humano vive la búsqueda y la espera de construir el ambiente en el que ser feliz y le haga fuerte para la vida social y profesional, tan competitiva.

La cultura actual nos está cambiando muchas cosas. Una de ellas, la familia. Y hay cosas que necesitan cambiar: por ejemplo, la religiosidad. También cambiamos la alimentación, el vestido, la escuela, la sanidad. Todas son muy importantes en nuestra vida. Pero necesitamos criterios que dirijan el cambio hacia lo que consideramos mejor. Ahí están nuestras diferencias de criterio. ¿En qué debemos cambiar nuestros hábitos alimenticios? ¿Debe la escuela formar profesionales o personas? ¿Debe la sanidad atender caprichos de cirugía estética o cuestiones vitales de quien no puede pagarse una urgencia médica? ¿Hacia dónde debemos dirigir el cambio religioso?

El Dios en quien creemos los seguidores de Jesús nos ha educado en un criterio muy claro. Todas las instituciones y organizaciones sociales, así como nuestros esfuerzos personales, deben dirigirse a la protección y promoción de todos los seres humanos, con especial atención a los más débiles, necesitados y limitados. Por eso, la familia, fruto de miles de años de búsqueda y experiencia, de fracasos y superaciones, dramas y satisfacciones, no está al servicio de los estados ni empresas ni ideologías o religiones o culturas. Está al servicio de las personas que forman el espacio familiar en un equilibrio de necesidades y aspiraciones que el amor se encarga de poner en relación para decidir las opciones prioritarias en las que volcarse todos.

Contemplemos a la Sagrada Familia en las múltiples facetas de una vida sencilla y laboriosa, contemplémosla y escuchemos lo que tenga que decirnos.



## **SANTA MARÍA. MADRE DE DIOS**

**1ª lectura** (Números, 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

**Salmo** (66, 2-3.5.6 y 8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

**2ª lectura** (Gálatas, 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

**Evangelio** (Lucas 2, 16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

Empezamos nuestro año civil al mismo tiempo que culminamos la fiesta de la Natividad del Señor. En este día final de su octava, la Iglesia nos invita a contemplar a la Mujer en cuyas entrañas se hizo carne el Hijo de Dios. En la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nos decía la segunda lectura, para recordarnos que la Palabra eterna del Padre se hace carne en las entrañas de María y, así, María alcanza la mayor grandeza que puede alcanzar criatura alguna, ser la *«Madre de Dios»*, como la declaró el concilio de Éfeso en el año 431. Al leer la historia del pensamiento cristiano, uno se queda sorprendido por la capacidad de aquellos hombres y mujeres, sin muchas herramientas académicas, pero con una fe siempre en búsqueda de comprender lo mejor posible el misterio de la vida divina que se nos ha dado.

**¡Nada hay más grande que Dios!** ¿Cómo afirmar que una criatura, por santa y perfecta que sea, pueda ser madre de Dios? Para la lógica humana, bastaba y sobraba con llamarla *“Madre de Cristo”*. Pero en el corazón de los fieles y en la mente de otros pensadores se planteó esta reflexión: Si la criatura que María concibió y dio a luz era Hijo de Dios desde su origen, para acoger y respetar el misterio de la concepción divina, María no podía ser otra cosa que *«Madre de Dios»*.

Por ello, por ser madre de Dios, fue concebida sin pecado, pues dio a luz en virginidad, su hijo viene al mundo por intervención directa de Dios. María al ser madre de Dios es la perfecta redimida: *«Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo»* (Vaticano II *“Lumen Gentium”*), y la que engendra al Hijo de Dios, no podía conocer la corrupción del sepulcro y es asunta en cuerpo y alma al cielo.

Esta unión perfecta con Cristo, esta maternidad divina hace que María sea el modelo perfecto del discípulo de Cristo. Es también el último concilio el que nos recuerda las palabras de san Ambrosio de Milán: *«La Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo»*. Así, María, al ser madre del que es Cabeza de la Iglesia tiene que ser también madre del Cuerpo de la Iglesia. Así la proclamó el papa Pablo VI en el discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II: *«Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título»*.

María, siendo Madre de Dios y de la Iglesia, es madre nuestra, signo de bendición y don de Dios para todos nosotros. Toda la historia de la salvación realizada por Jesucristo quedaría sin sentido. Seguiríamos tan distanciados de la vida divina como lo habían estado hasta entonces todos los pueblos. Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios nos envió a su Hijo nacido de una mujer. Y en él nos hizo sus hijos y envió a nuestros corazones su mismo Espíritu. Por eso podemos llamar a Dios *«¡Abba!»*. Ya no somos siervos, sino hijos y herederos de la misma vida de Dios (segunda lectura).

También hoy, en este primer día del año invocamos la bendición de Dios, por medio de María, para toda la Iglesia y para todo el mundo. Y, sobre todo, pedimos en la bendición, el don de la paz, en este Día Mundial de la Paz, establecido por el papa Pablo VI, el 1 de enero de 1968. Una oportunidad para seguir avanzando en la vida con alegría y paz. En estos primeros días del año, todos nos deseamos felicidad y otras bendiciones. Para un creyente la felicidad no es cosa de la buena suerte, sino el fruto de una existencia vivida en presencia del Señor. Sin duda queremos que el Señor nos bendiga y nos proteja a lo largo de este nuevo año, que haga resplandecer su rostro sobre nosotros y nos conceda su favor y su paz (primera lectura).

Después de las vicisitudes pasadas últimamente con la pandemia Covid19, ojalá pudiéramos comprar un poco de felicidad. Pero no es tan sencillo. Podemos comprar algunos objetos para darlos a quienes amamos o podemos darles un regalo en efectivo. Les haremos pasar un buen rato. Pero la felicidad no se alcanza al recibir un regalo, por muy apreciado, bonito o costoso que pueda ser. Quizás, más que quien recibe el obsequio, podríamos encontrar la felicidad en quien lo da. Hay más gozo y alegría en los que tienen la capacidad de compartir algo de lo suyo.

Tal vez esto parezca suficiente para pasar felices y dicharacheros estos días, contando, como los pastores, a los demás lo que hemos visto y escuchado, y ojalá nos demos tiempo también, como ellos, para seguir alabando y glorificando a Dios. Pero es necesario, además, saber detenernos un momento y acompañar a la que guardaba todas estas cosas en su corazón. Pidiendo a Santa María, Madre de Dios que interceda por nosotros para que seamos constructores de paz allá donde nos encontremos.

## **DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD**

**1ª lectura** (Eclesiástico, 24, 1-2.8-12): *El Creador estableció mi morada.*

**Salmo** (147, 12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

**2ª lectura** (Efesios, 1, 3-6.15-18): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

**Evangelio** (Juan 1, 1-18): *Al mundo vino, y en el mundo estaba.*

El libro del Eclesiástico se escribió en el siglo II antes de Cristo, un tiempo duro, difícil, de luchas terribles por el poder, de corrupción generalizada, de competencia entre las grandes potencias y de conflicto entre culturas orientales y occidentales que pugnaban por extenderse sobre el vehículo de sus estructuras comerciales, políticas y militares. Los pueblos soportaban el chaparrón, se veían a sí mismos débiles entre potencias inmensas, inseguros ante tanta fuerza, desorientados ante tanta multiculturalidad y desprotegidos en medio de identidades tan marcadas y seductoras. La realidad les desborda, y lo que ocurre en el tiempo les plantea una serie de interrogantes sobre su propia identidad, sus convicciones más firmes, su fe religiosa, su Dios y su cultura tradicional. **¿Quién entiende nada en medio de tanto caos?**

No se trata sólo de conocer su funcionamiento. Ya sabían de la tensión entre Persia, Grecia y Roma. Ya conocían los mecanismos de ocupación militar y los sistemas fiscales de financiación de sus invasores. Ya habían visto a sus jóvenes seducidos por la cara más amable de los dirigentes de estos pueblos extraños y renunciando a sus tradiciones propias en nombre de una moda que ridiculizaba lo propio y lo consideraban un vestigio de tiempos obsoletos. Lo mismo ocurría entre los contemporáneos que, doscientos años más tarde encuentra Juan, el evangelista en su ambiente, un poco más al noroeste. También ellos andan buscando la palabra que les diga y les oriente, que anime y les descifre la vida. No era, pues, cuestión de funcionamiento. Era algo más profundo, más global, más integral.

Los hechos son dramáticos: guerra, violencia, muerte, suicidio, maltrato... las cifras son alarmantes, pero el mundo parece no querer verlo. Todo parecido con nuestro tiempo ¿es pura coincidencia? ¿Qué hay detrás de todo? ¿Cuál es el sentido que se esconde tras las barreras de la apariencia? ¿Hacia dónde va todo esto? ¿Qué horizonte se vislumbra a medio plazo? Una sutil cortina, de esas que parecen traslúcidas pero que no dejan ver, se ha corrido. Nadie quiere abordar un drama callado del que sólo asoma, en ocasiones, su parte más dura, su manifestación más extrema.

En las rutas de la vida oímos muchas palabras y encontramos menos señales. Algunos, cada día más, no encuentran quien les diga algo verdaderamente orientativo. Da la impresión de que nadie quiera o se atreva a decir una palabra sobre ese itinerario. La vida es un camino difícil, duro, tenso. Se necesita algo más que cosas para recorrerlo y sostenerlo. Si alguno se atreve a decir algo, rápidamente le acechamos para pedirle su credencial de policía de la vida o cuidador de incautos. ¿Quién eres tú para decirme de qué modo debo conducirme? Sin embargo, es Navidad, un nuevo año se abre ante nosotros. Un año para la esperanza o para el tedio. Una oportunidad para la vida o un periodo de tiempo más para el vacío.

En un ambiente, marcado por la ansiedad, el cansancio y la búsqueda que ayude a superar el vacío interior de una sociedad permisiva, tolerante, pero sin esperanza, los cristianos nos sentimos empujados a presentar una respuesta: **«La Palabra hecha carne»**. No al modo de las viejas escuelas que tienen su lección bien aprendida y repiten con insistencia sus fórmulas. No al estilo sofista que expresa lo que el oyente quiere oír. No al modo mediático que pregona los mensajes del poder. No en el modo sacerdotal de fórmulas cripticas, abracadabrantas, de ritos exotéricos. Tampoco en las fórmulas para iniciados en ciencias ocultas. Hoy, los cristianos, en este mundo que despierta preguntas, que provoca desconciertos, que causa desorientación y extiende la sensación de vacío, tenemos una respuesta, una **Palabra** que ofrecer al mundo.

No es una **Palabra** rutinaria y repetida, manoseada y carente de significación. No es una **Palabra** para decir sino para mostrar en convivencia. Porque no es una **Palabra** que esté en las bibliotecas, ni en los laboratorios, ni en los consejos de administración, ni en las comisiones ministeriales. Es una **Palabra** que habita en nuestras casas, que convive en nuestros trabajos, que acompaña nuestros cansancios. Es Alguien como nosotros, vivo y lleno de vitalidad, transmisor de sensaciones interiores y constructor de cualidades personales. Es alguien que es Niño para significar futuro, adulto para reflejar intensidad vital, víctima para expresar solidaridad, resucitado para afirmar esperanza y amor para decir Dios-Padre. Es Jesucristo, Dios-Hijo, a quien muchos buscan sin saberlo y en el que muchos hemos encontrado no una respuesta, sino la respuesta: **¡Si Dios nace en nosotros, la vida cambia!**

## **LA EPIFANÍA DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Isaías, 60, 1-6): *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

**Salmo** (71, 1-2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra»*

**2ª lectura** (Efesios, 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

**Evangelio** (Mateo 2, 1-12): *Vieron al Niño con María, su madre y cayendo de rodillas le adoraron.*

La gente de miras estrechas piensa solo en primera persona del singular: solo importa lo que veo, pienso, siento, quiero... en cierta forma, los demás no existen para mí. Otras personas piensan también en primera persona, pero del plural: lo nuestro, nosotros, nuestra familia, nuestra ciudad, nuestro país, nuestro pueblo, nuestra comunidad... Es poca la gente de miras amplias y generosas. Esa gente que piensa en todos los seres humanos y en toda la creación.

*«Nació hace apenas unos días, después de cuarenta semanas de nervios e ilusión, de sonrisas cruzadas y de caricias en la tripa que le refugiaba. No fue fácil; las circunstancias no ayudaban; pero cuando lo vimos abrir grandes los ojos, llorar con su gran boca abierta, mover sus bracitos con grandilocuencia, supimos que algo grande había pasado en nuestras vidas, en este sencillito rincón del mundo que compartimos. Y después vinieron las visitas, de muy lejos, inesperadas, con regalos y alabanzas, para compartir también la alegría que nos embargaba».*

Cuando un bebé nace, algo se ilumina en el mundo, con una luz perdurable, que se reconoce en los ojos de quienes, incluso ya antes de nacer, lo quieren, empezando por Dios, Padre y Madre, bueno. Una luz singular, irrepetible, leve pero intensa como la de una estrella entre muchas en un cielo de verano. Pero, además, Jesús nació en Belén con una estrella que guiaba a otros hacia él: que servía y sirve de referencia para no perdernos en la oscuridad de la noche.

Nació cuando, como dice el profeta, las tinieblas cubrían la tierra: las tierras que se creían seguras y de las que ahora hay que huir por miedo, como hacen tantas personas que, como antes María y José, hoy caminan por África, por el Próximo Oriente, o por las fronteras de Occidente. Todas ellas siguen andando cargadas de maltratos, humillaciones y sufrimientos, pero también de ilusiones y sueños. Jesús nació como refugiado, en un humilde refugio, conociendo la oscuridad y la tiniebla para disiparlas con una luz nueva: resplandor, amanecer, aurora.

Al encontrarlo, los Magos de Oriente –cuenta el Evangelio– se llenaron de inmensa alegría, y cuando lo vieron junto a su madre, lo único que pudieron hacer fue caer de rodillas y adorarlo, sin dar más explicaciones. Nació entre la alegría de quienes ven nacer la vida y, con ella, la esperanza, pero también de esos sabios que sabían que la Vida y la Esperanza a la que asistían era Promesa ya cumplida, de un mundo mejor para todos.

En Belén, entre los brazos de María y de José, el Hijo de Dios nació como Mesías de los judíos, pero también como Promesa y Buena Nueva para todos: extranjeros, como esos magos tras la estrella; refugiados, como sus padres; gentiles, como decía san Pablo. Y nació para cada uno de nosotros, que acudimos a verlo con una sonrisa de alegría en los labios, porque sabemos que Alguien muy grande ha llegado a nuestras vidas.

Pablo, tiene muy clara su misión y quiere que todos sus interlocutores lo sepan bien: *«se le ha confiado la distribución de la gracia de Dios a los paganos»*, según la expresión del texto que hoy escuchamos. Él es consciente de eso y quiere que los cristianos de Éfeso recuerden su testimonio: *«Han oído hablar...»*. No solo el pueblo de Israel, sino todos los seres humanos: *«Que, por el Evangelio, también los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo»*.

Mateo nos propone en forma poética *“la vocación universal de Jesús”*. En su relato, unos magos de Oriente, que han despertado la investigación, devoción, imaginación, poesía, arte y villancicos, a quienes la leyenda popular ha hecho reyes y los ha reducido a tres, como sus dones de oro, incienso y mirra; y que los hace viajar desde países distintos, representando a pueblos diversos, montando en cabalgaduras diferentes y hasta les ha dado nombre propio.

Unos magos de Oriente a quienes algunos decidieron canonizar por cuenta propia, y hasta hubo quien dijo haber encontrado sus reliquias, que se conservan con no poca devoción. Que en multitud de representaciones variopintas se pasean con vistosos disfraces por nuestras calles y plazas, para alegría de niños y sonrientes comentarios de adultos. Unos magos de oriente que, sin embargo, para san Mateo son las primicias de todos los buscadores de Dios. Son el símbolo de los hombres y mujeres de todos los pueblos, razas y culturas que son convocados al encuentro de Jesucristo.

Herodes tembló, preguntó y los escribas le respondieron, informó y pidió que averiguaran cuidadosamente... Pero no se puso en camino, ni tampoco los sumos sacerdotes, ni los escribas ni nadie de Jerusalén, y eso que estaban apenas a unos cuantos kilómetros de distancia. Dan ganas de gritar: *«Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor alborea sobre ti»*. El lenguaje es poético, la meditación es muy profunda, y la convicción de fe transmitida es contundente: **¡Jesús es la luz de todos los pueblos!**

## **EL BAUTISMO DE JESÚS**

**1ª lectura** (Isaías, 42, 14.6-7): *Sobre Él he puesto mi espíritu.*

**Salmo** (28, 1b y 2.3qc-4.3b y 9c.10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

**2ª lectura** (Hechos, 10, 34-38): *Dios no hace distinciones.*

**Evangelio** (Lucas 3, 15-16.21-22): *Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.*

No es mucho lo que podemos decir de la infancia y adolescencia de Jesús, pues fuera de haber crecido como un niño judío en todos los aspectos, y de haber ayudado a sus padres, como lo haría cualquier joven de la época y del contexto, lo demás de su vida transcurre en el silencio de Nazaret. Los evangelistas nos arrojan muy pocos datos y algo de su meditación sobre el origen de Jesús. La realidad es que no ha sido vista como particularmente importante para describir la misión que Dios, su Padre, le ha encomendado. Debemos saber contentarnos con ello.

El inicio de lo que va a ser un corto tiempo de predicación acerca del Reinado de Dios quedó marcado en el recuerdo de la comunidad cristiana por el bautismo del Señor. Jesús, un hombre joven, de unos treinta años, llegó al entorno del Bautista para escuchar su mensaje y hacerse solidario con todo un pueblo que buscaba prepararse mejor, mediante la conversión, para el día del Señor.

Seguramente, pasaría algún tiempo en ese lugar. Escuchaba a Juan y veía cómo muchas personas se sometían al rito bautismal, la inmersión en las aguas del Jordán, para significar su profundo deseo de una sincera conversión. La gente venía de diferentes lugares, atraída por la fogosa predicación de ese profeta austero y de palabras fulminantes. Sin duda, Jesús aprendería mucho y estaría de acuerdo en muchas de las cosas anunciadas por el Bautista, pero pondría otras cosas bajo el crisol de su propia experiencia espiritual.

Por el testimonio de Juan ya se manifiesta que Jesús es *«el más poderoso»*, el que bautiza con *«Espíritu Santo y fuego»*. Pero es el testimonio del cielo, es decir, de Dios, el que nos manifiesta la identidad más profunda de Jesús: Él no es solo *“el más poderoso”*, sino aquel sobre quien reposa el Espíritu Santo, es el Hijo de Dios, el predilecto, en quien Dios se complace.

El profeta Isaías, siglos atrás, proclamaba el consuelo para el pueblo de Israel: *«Consolad, consolad a mi pueblo, dice nuestro Señor...»*. Dios no quiere el sufrimiento de los suyos, sino que desea manifestar su gloria. Él que está lleno de poder y cuyo brazo lo domina todo, se acerca a los suyos como un pastor que quiere apacentar su rebaño, llevando en sus propios brazos a los corderitos recién nacidos y atendiendo solícito a las madres. Todas las intervenciones divinas ocurridas a lo largo de la historia en favor de su pueblo lastimado palidecen ante el envío de su Hijo, lleno de Espíritu Santo. Él es la plenitud del consuelo.

La Fiesta del bautismo del Señor cierra el ciclo de Navidad, y nos presenta a Jesús haciendo suya la misión de Dios entre las gentes. Ahora sí hay razones para la esperanza de la vida de Dios en los hombres, y esa esperanza se ha cumplido, y se llama Jesús. Juan lo señala y se abaja, para que se eleve Quien en verdad es el Mesías.

Las gentes sencillas que acudían a escuchar a Juan y a bautizarse esperaban que algo grande de parte de Dios iba a ocurrir, y se preguntaban si aquella llamada a la conversión no sería del Mesías. Pero no, Juan deja bien claro que viene otro con la Fuerza de Dios, en Quien se cumplirán, de qué modo, las promesas de Dios, y todas las esperanzas de quienes viven abiertos al Amor de Dios.

*«Tú eres mi Hijo»*, dice Dios. Y a todos nosotros, hijos en el Hijo. Jesús fue ungido con el Espíritu, el mismo que cada uno de nosotros recibimos en el Bautismo y los Sacramentos. Dios está con Jesús y con nosotros, basta con que lo aceptemos y practiquemos la justicia (la de Dios), que vivamos abiertos a Su Amor y entregados a los hermanos. Ahí está la práctica cristiana, en realizar el Amor que se nos ha dado, viviendo la *“proximidad”*, como nos dice Francisco. Y con la entrega, con procurar que en todo se cumpla Su voluntad, sí que nace la paz y la bendición, y el grito agradecido: **¡Gloria!**

Dios sigue hablando hoy como habló por los profetas, por Juan, por Jesús. En cada persona y en cada acontecimiento. El nuestro es Dios Padre, que nos llama a vivir abiertos a su Palabra, y a sus testigos. Lo dice Isaías: *«mirad a mi siervo a quien sostengo»*. Esto es, Dios apoya y afianza la persona y la tarea de los suyos. Sostiene para *«abrir los ojos, sacar de la prisión, y de la oscuridad...»*, para una tarea, para la misión, para que sirva de verdad a los demás.

En cada uno de sus hijos está su Fuerza..., para lo mismo; no para estar ociosos, no, sino para traer el derecho a las naciones. El derecho es: *“lo recto, lo real, que conduce a unos principios y normas que expresan idea de justicia y orden”* (dice el diccionario). El derecho de Dios es eso y más, es siempre la vida de sus hijos, que cuida de modo especial a quien más lo necesita, al pábilo vacilante, para que lejos de apagarse, se fortalezca más y más.

Este es el hacer de Dios: nos llama a sus hijos, nos coge de la mano, nos forma desde el seno materno, nos hace alianza de un pueblo y luz de las naciones. ¿Para qué? Cada uno sabemos cuál es nuestra misión dentro de la Iglesia y del mundo como seguidores de Jesús, con la Fuerza de nuestro Dios y Padre.

**DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías, 62, 1-5): *Los pueblos verán tu justicia.*

**Salmo** (95, 1-2a.2b-3.7-8a.9-10a y c): *«Contad las maravillas del Señor a todas las naciones»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 12, 4-11): *Todos los carismas para el bien común.*

**Evangelio** (Juan 2, 1-11): *Haced lo que Él os diga.*

Jesús nunca fue un personaje solitario, serio, solemne o aburrido. Jesús no tuvo como preocupación primera la reforma de las costumbres de sus contemporáneos, ni trató de depurar el culto o las tradiciones religiosas de su pueblo. Jesús es ante todo la Buena Noticia de Dios. Una noticia gozosa, porque es buena. Una noticia que se cuela hasta lo más íntimo de los corazones de la gente.

Leemos en el evangelio que Jesús, con su madre y unos discípulos, asistía a unas fiestas de boda en Caná de Galilea. Y esa fiesta, se veía amenazada por la falta del vino. La alegría de los festejos peligraba y se podía convertir en lamentos. No hay vino, no hay alegría, la fiesta va a terminar mal. Nos dice el evangelista san Juan que allí Jesús hizo su primer signo convirtiendo el agua de unas tinajas en vino. La fiesta podía seguir durante muchos días más.

Donde está Dios, dónde está Jesús, el gozo es pleno, total, sobreabundante. No son los cristianos de “*caras largas*”, ni los que se encierran en sus devociones y hacen pleitos por detalles insignificantes de rúbricas y tradiciones, ni los que parecen vivir para criticar la conducta de los demás, los que reflejan el rostro de la misericordia de Dios. La misericordia de Dios, su gloria, se muestra a través de aquellos que son capaces de hacer felices a los demás. Aquellos que se deciden a colaborar con Jesús para que no se acabe el vino en la fiesta nupcial.

La fiesta del encuentro con Cristo resucitado, que es la Iglesia, también puede verse amenazada. Cuando en la Iglesia nos volvemos autorreferenciales, cuando solo pensamos en procedimientos o nos encerramos en críticas y perdemos la alegría... es como si nos hubiéramos alejado del motivo de la alegría: Jesús. Es como si nos hubiéramos quedado sin vino.

Sentimos la predilección de Dios por nosotros y, como los criados del evangelio, también queremos que “*el agua*” de las tinajas de la vida cotidiana se convierta en “*vino bueno*”. Que nuestras jornadas, las alegrías y preocupaciones, así como nuestro trabajo y nuestras ocupaciones, pasen a ser auténticos momentos de encuentro con Jesús al servicio de todos.

«*Así manifestó su gloria...*». Con estas palabras, el cuarto evangelista concluye este hermoso y conocido relato. Que se trate de un hecho real o de una metáfora es algo que prefiero dejar a los sesudos y eruditos teólogos. Me basta con leer y releer este pasaje para ensanchar mi mente y mi corazón y superar una comprensión a veces infundada de lo que es Jesús para la humanidad, para nosotros los cristianos y para mí en particular.

«*... y sus discípulos creyeron en Él*». ¿Creyeron en alguien que cambia agua en vino? No, me parece que no es así. Más bien creyeron en alguien que puede hacer plena y permanente la alegría de los hombres: ¿Se te está acabando el vino? ¿Se ha acabado o se te está acabando ya el gozo en tu vida? ¿Se te acaba el vino de tu vida conyugal o familiar? María nos da la respuesta: «*Haced lo que Él os diga*».

María nos indica qué tenemos que hacer. Es una invitada importante que hoy sigue poniendo nuestra atención en Jesús. No lo podemos olvidar. Él es el maestro y el señor que establece la nueva alianza de Dios con su pueblo. Ha comenzado un nuevo tiempo de abundancia y alegría. A los asistentes a esa fiesta les regaló seis tinajas de vino, de cien litros cada una. Pero hay una séptima tinaja, la tinaja inagotable, que es Jesús mismo: él es la fuente del gozo perenne de la alianza entre Dios y su pueblo. María solo pone a Jesús al tanto de tu situación y se hace a un lado. «*Haz lo que Él te diga*», déjale que transforme tu agua en vino. Permítele que así manifieste su gloria, mediante el don de la alegría perfecta.

San Pablo llamaba carismas a los dones especiales que Dios concede para el bien de la Iglesia, de la comunidad o del mundo. Es la vida desde la fe. Poner todo a disposición del Señor y, por tanto, de los demás. En la Iglesia, a lo largo de los siglos, han surgido un sinfín de carismas para dar respuesta a los retos que se han ido planteando.

También hoy surgen nuevos carismas que nos recuerdan la actualidad de la fe, la importancia del encuentro con el Señor, el compromiso con anunciarlo y el servicio a los pobres... todos son necesarios para el desarrollo de la Iglesia y el Evangelio.

Quienes hemos experimentado el encuentro con el Señor no permanecemos en silencio, sino que buscamos mostrar con toda la claridad que seamos capaces la alegría de la fe y la felicidad de formar parte del proyecto de Dios para la humanidad. Nuestro mundo necesita testigos de la fe. ¡Dios cuenta con nosotros! Nos sentimos hombres y mujeres de esperanza que, transformados por Jesús, mostramos en nuestra vida la Buena Nueva del Evangelio.

## **DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Nehemías, 8, 2-4a.5-6.8-10): *El gozo del Señor es nuestra fuerza.*

**Salmo** (18, 8-10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 12, 12-30): *El cuerpo es uno, aunque los miembros sean muchos.*

**Evangelio** (Lucas 1, 1-4; 4, 14-21): *El Espíritu del Señor está sobre mí.*

La Buena Noticia de Jesús, Jesús mismo, su mensaje, su persona, su obra, no se podían perder en la noche de los tiempos. Lucas inicia su evangelio de una forma preciosa, no es un historiador al uso, no solo quiere levantar testimonio de los “hechos” acaecidos entre nosotros, sino que el evangelista es un apasionado creyente en Jesús. En las líneas que siguen no vamos a encontrar solo el relato de fechas, lugares, hechos relacionados con la vida de Jesús al modo de una historia clásica, sino el relato de la definitiva intervención de Dios en la Historia.

Jesús vuelve a Galilea, a su tierra para empezar su llamado ministerio público. Y vuelve a su pueblo, y en su pueblo se dirige a la sinagoga. Tres espacios geográficos cargados de densidad teológica. Galilea fue la tierra de Israel considerada más impura por los judíos más ortodoxos. Los galileos se habían contaminado, desde antiguo, con el culto a otros dioses de los países vecinos. Nazaret era una aldea muy pequeña de Galilea. Allí, con los considerados “pecadores” y en un pueblo insignificante Jesús decide empezar su predicación. El que elija la sinagoga para su predicación tampoco es un detalle menor. Jesús acepta las tradiciones de su pueblo. La sinagoga era el lugar de reunión para alabar a Dios.

Cuando los israelitas regresan del exilio (segunda lectura), muchos no conocían la tierra a la que volvían, pero todos habían oído hablar de ella. Esa tierra era el objeto de su conversación, de su deseo, de sus sueños. Una tierra pobre, pero suya, su tierra, la que Yahveh había dado a sus antepasados y de la que habían sido deportados. No había casa a la que volver, no había parcelas propias para cultivar, y hasta su templo sagrado había quedado vacío, despojado y destruido. Solo quedaban historias y leyendas, costumbres y tradiciones. Pero, no habían perdido la esperanza.

Todo el pueblo es convocado por el sacerdote Esdras para que escuchen la lectura del libro de la Ley. El pueblo estaba atento..., el pueblo entero se puso en pie..., el pueblo escuchaba..., el pueblo comprendía..., el pueblo se entristecía..., y, el pueblo también lloraba. ¿A qué sabrían aquellas lágrimas? **«No estéis tristes ni lloréis. Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada pues este día está consagrado al Señor, vuestro Dios».**

Los seres humanos lloramos por muchas razones. A veces, por tristeza; a veces, por nostalgia; a veces, por coraje, por rabia o por impotencia. Nos hace llorar la derrota, pero también un triunfo importante; unos lloran de dolor y otros de tanta alegría; hay quien llora por amor y hay quien lo hace por orgullo.

Varios siglos después, una catástrofe ha asolado la isla de La Palma. Un volcán entra en erupción inesperadamente y trae la desdicha a todo un pueblo. La lava que echa por sus bocas: quema, derriba y entierra calles, establecimientos casas y campos. Los gases que emite hacen el aire irrespirable y sus cenizas intransitable calles, carreteras y aeropuerto. Sus habitantes pierden todo, su vivienda, su trabajo sus enseres y lo más importante sus recuerdos. ¿A qué saben los llantos de los palmeros? Muchas son las promesas de ayuda que les han ofrecido y muy pocas las que realmente se han hecho efectivas ¿Cuántos sentimientos se amontonan en sus corazones junto a las lágrimas que corren por sus mejillas? **«No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza».**

Jesús lee la Escritura del profeta Isaías que se proclamaba en la sinagoga y se identifica totalmente con ese **«siervo de Dios»** del que habla Isaías en su profecía. Ese personaje está ungido con el poder de Dios y tiene una misión. Y esa misión no es de condena es una misión de salvación: evangelizar, liberar, restituir la vista... en suma proclamar un año de gracia. **«Hoy se cumple esta escritura».**

Son estas palabras de Jesús las que nos deben hacer reflexionar y orar mucho: la Iglesia de Jesús no existe para condenar, solo para salvar. Para librar de las opresiones que atenazan a las personas. Todos sabemos que somos partícipes de la misión de Jesús y a veces nos alejamos tanto porque nos empeñamos en poner pegas, juzgar, ser intransigentes, poco misericordiosos... Sí, sí, es cierto que también somos capaces de todo lo contrario y de dar lo mejor. Pero tenemos que creernos este programa de Jesús y aplicarlo en nuestras vidas y en nuestras comunidades para poder ser una Iglesia que proclama y ofrece la gracia, la ayuda, la fuerza y el consuelo de Dios.

Los cristianos, ungidos por el mismo Espíritu formamos un solo cuerpo. **«No hay que estar tristes ni llorar».** Pongamos manos a la obra, ayudemos solidariamente a los damnificados. Vayamos, todos juntos, pongamos todo nuestro empeño para liberar, sanar y **«vivir el año de gracia del Señor».** Así que, marchemos en apoyo y ayuda de nuestros hermanos para que recuperen, lo más pronto posible, su dignidad y su ilusión por una **nueva vida.**

**DOMINGO IV DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jeremías, 1, 4-5.17-19): *Antes de formarte en el vientre, te elegí.*

**Salmo** (70, 1-4a.5-6b.15ab.17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 12, 31- 13, 13): *El amor no pasa nunca.*

**Evangelio** (Lucas 4, 21-30): *Hoy se ha cumplido esta escritura.*

Si hay algo que nos caracteriza a los seres humanos es nuestra capacidad de mirar hacia el futuro. No solamente estamos inmensos en el momento presente y recordar y revivir momentos del pasado, con sus alegrías y sus tristezas, además somos capaces de mirar hacia adelante, hacia el futuro. A veces podemos sentir miedo a lo que el futuro nos pueda traer, pero casi siempre son otros sentimientos los que acompañan esa mirada hacia adelante.

Vamos haciendo nuestras construcciones mentales de un futuro como quisiéramos vivirlo. Unas veces lo imaginamos y nos ilusionamos, llegando a forjarnos un proyecto de vida. Pero, aunque lo vayamos haciendo parte de nosotros, ese futuro no nos pertenece aún. Hacemos nuestros proyectos esperando siempre que sean exitosos, más la mayoría de las veces no ocurre así. Planeamos, organizamos, nos esforzamos... pero el resultado no se da. Esperábamos sucediera lo que no ocurrió. Y, nunca esperábamos lo que sí ocurrió. No podemos renunciar a nuestras expectativas, pero tenemos que avanzar con pasos firmes y amar la vida con sus altibajos, como se va presentando.

Pertenece a un mundo que, en distintas épocas de su historia, ha pasado, pasa y pasará por diferentes etapas en las que se producen guerras, violencias, momentos de hambruna, fases de escasez y penuria por distintas partes y países. Estamos cansados de oír a visionarios que, observan las catástrofes que ocurren por el mundo. Males causados tanto por causas naturales como provocados por la negligencia y maldad de nuestra sociedad. Y solo hablan negativamente de las consecuencias, sin querer ver las contraprestaciones que generan la solidaridad y el amor de las gentes.

Las mejores, las mayores aspiraciones, nos lo dice Pablo muy claro: *«Voy a mostrarles el camino mejor de todos... Aspiren a los dones más excelentes... Todo cuanto hagáis, hazlo con amor, porque si no tienes amor, de nada te sirve... El amor es paciente, no tiene envidia, no se irrita, todo lo soporta y dura siempre»*. ¡Ese es el proyecto más extraordinario! El de aquellos que no buscan tener razón ni poseerlo todo, sino que se disponen, como el Maestro, a darlo y darse todo. Necesitamos personas que vean con lucidez el presente, y sepan pronunciar una palabra de denuncia y de anuncio. *«Necesitamos verdaderos profetas»*, que nos hablen después de haber escuchado con detenimiento y obediencia la voz de Dios.

Es verdad que la palabra profeta puede ser *malinterpretada* por muchas opiniones de hoy. La razón es fácil de encontrar, pues se le identifica con el que *tiene visiones*, principalmente del futuro. Algo así como un *vidente* de lo oculto, o un *visionario* del porvenir. Esto a muchos les inquieta, incluso les da miedo. Porque el futuro supone incertidumbre, riesgo, algo que no se controla; les gustaría saber qué les depararán los días, meses o años venideros. El profeta, creen ellos, se mueve en ese mundo inseguro y oscuro de lo no controlado, de lo desconocido.

Esta falsa idea del profeta lo desconecta, en primer lugar, de su fundamento, de su base de apoyo: Dios. El profeta bíblico no es nada sin Dios: habla en nombre de Dios, sufre los silencios de Dios, a veces tiene que decir incluso lo que no quiere, porque Dios es quien se lo ordena. Esta diferencia marca una línea roja entre los adivinos y el profeta. Los primeros, hablan de ellos, de lo que ven o creen ver; incluso se atreven a pronosticar el futuro de la historia o de las personas. Los segundos, los profetas, no hablan de ellos; dicen lo que *escuchan* de Dios, y obedecen la palabra de Dios, aunque les cueste dolor, persecución y sangre. No es lo mismo, ni se le parece.

Por su misma etimología, *profeta* quiere decir *vocero de Dios*, su *portavoz*. El término griego tiene que ver con *hablar*, no tanto con *ver*. El Dios que se nos manifiesta en la Escritura, lo sabemos bien, tiene ojos y oídos bien abiertos a las necesidades de su pueblo; tiene el corazón preparado para dejarse afectar por la vida de su pueblo. Por eso el profeta no habla de asuntos intrascendentes, o secundarios, o superficiales. Habla desde el corazón mismo del Dios de la gente, de la historia, del amor. Nunca veremos a un profeta que juega con los problemas de la gente, con sus sentimientos, con sus miedos... Al revés: el mensaje de los profetas es liberador e incisivo; denuncia y da esperanza; abre al futuro con los pies fijos en la tierra, en el presente. Escudriña lo que está pasando y lo ilumina con la luz de Dios.

¿Qué tiene que ver todo esto con nuestro mundo? Mucho. No solo porque el cristianismo, hijo en muchos aspectos de la fe judía, tenga rasgos proféticos. No solo porque Jesús haya sido visto por sus contemporáneos como *«un profeta»* (un título que Jesús no rechaza, si bien se le queda corto para desentrañar su misterio). La esencia de los profetas es fundamental en la experiencia humana y religiosa de la humanidad.

## **DOMINGO V DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías, 6, 1-2a.3-8): *Aquí estoy, mándame.*

**Salmo** (137, 1b-5.7c-8): *«Delante de los ángeles tañeré para tu, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 15, 1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

**Evangelio** (Lucas 5, 1-11): *Desde ahora serás pescador de hombres.*

Nos acompañan hoy, tres personajes azorados ante el misterio del Dios que sale a su encuentro. Sus experiencias son semejantes en muchas cosas y diferentes en otras. Ninguno estaba preparado para un encuentro así. Aunque fueran hombres religiosos, la presencia de Dios los sorprende; casi podríamos decir que los asusta y les hacen sentir lo indignos que son para experimentar lo que Dios les está permitiendo vivir.

Isaías es testigo involuntario de la gloria de Dios mientras participa en una liturgia del templo que parece transportarle más allá de este mundo. *«¡Ay de mí! Estoy perdido»*. Isaías se da perfecta cuenta de que es totalmente indigno de esa gracia. La grandeza y la plenitud de Dios lo llenan todo: la orla de su manto llena el templo; su gloria llena la tierra; las puertas del templo tiemblan y el recinto se llena de humo. *“¿Qué estoy haciendo aquí? Estoy de más”* Este no es mi lugar. Mi única vía de salida ante la santidad de Dios es la muerte. Y el de los labios impuros, purificado por el mismo Señor, responde: *«Aquí estoy, Señor, envíame»*.

Pedro se encuentra con Dios en la persona de Jesús, y lo hace en día ordinario de su trabajo de pescador. Siente haber hecho un favor a Jesús al permitirle subir a su barca para dirigirse a la multitud, cuando ya él y sus compañeros lavaban las redes después de una infructuosa jornada de trabajo. Pero al concluir su enseñanza, Jesús pide algo insólito: *«Remad mar adentro... y echad las redes...»*. Aquí no se llena el templo ni la gloria de Dios; lo que se llenan son las redes y las barcas con una inexplicable cantidad de peces. Pedro queda boquiabierto *«¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!»*. *«No temas, desde ahora serás pescador de hombres»*. Y Pedro, siguió junto con sus compañeros a Jesús.

Pablo alude en su relato a la visión del Resucitado, mientras él se dirigía a encarcelar a sus seguidores. Ese Jesús resucitado no se le apareció en el templo, como a Isaías, ni en el lugar de trabajo, como a Simón Pedro, Dios, en Cristo, le salió al encuentro en el camino. No vio la orla de su manto ni humo que llenara el templo. Tampoco vio peces que reventaran las redes y llenaran las barcas hasta casi hacerlas hundir. Vi una luz deslumbrante. Vi y dejé de ver. Pero esa luz, y luego esa voz, me hicieron sentir una presencia que lo llena todo. Todo lo anterior apareció como un esfuerzo inútil y todo lo estimé pérdida, comparado con la presencia de Jesús, mi Señor. No solo se abrieron mis ojos, sino que mi vida entera se abrió a un nuevo y definitivo comienzo. Y el perseguidor de la Iglesia, por la gracia de Dios, se transforma en su apóstol.

Cuantas veces oímos estas o parecidas palabras de Jesús: *«No temas... Basta que tengas fe... echa a andar... toma tu camilla... creed en Dios y también en mí»*. Dios no se manifiesta para amenazar ni para humillar, sino para sanar, para llamar, para enviar. Confianza, unir nuestra vida a la suya, compartir el mismo destino. ¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía? Jesús toma la iniciativa, y se abaja, se despoja de su rango. Las gentes se acercan a Jesús para escuchar su Palabra. Él mismo, cuando andamos llenos de ruido, sin poder escuchar, nos dice: *«¡Éfeta, ábrete!»*. Porque sabe que su Palabra es vida y luz, de la que ayuda a caminar erguido, a mirar de frente, a hacer de la vida el espacio donde crecer, superarse y cambiar. Hacemos nuestra aquella certeza de los discípulos: *«¿y a quién iremos, si solo Tú tienes palabras de vida eterna?»*.

Oír la Palabra. Pero más importante es practicarla. Que la hagamos servicio, atención, disponibilidad. Pues claro, la fe cristiana no son unas fórmulas, por necesarias que estas sean. No, es un obrar, con la mirada de Jesús y hacia los demás: con claridad, con misericordia, con sencillez, ¡con vida! Nada de ociosos, ni viviendo solo lo nuestro. Vivir para los demás, para la entrega y la comunión. *«¿Por qué estáis todo el día parados, sin hacer nada?»*. Anda, que no hay sitios y personas para ayudar y servir. Que no hay lágrimas que enjugar, y pies que lavar. Tantos como hermanos nuestros.

Sin temor, oyendo la Palabra, y viviendo fiados de Jesús. ¿Por qué será que cuánto más nos encerramos en nuestros logros, más justificamos el no hacer nada? Sin Jesús estamos como de noche, trabajando sin apenas coger nada. Con Jesús, echamos de nuevo las redes. Y sí, la pesca es bien abundante. Y es que Alguien está con nosotros. Estamos invitados a dejar todo lo que dificulta la entrega, aunque tengamos que quitar lastres, ataduras o justificaciones. ¡Nos sobran las razones para la conversión! Para andar ligeros de equipaje, solo con lo necesario.

Y cómo hacer nuestra la acción de gracias del Salmista. Con este Dios Padre se puede vivir en confianza y entrega. Con Jesús en la barca echamos de nuevo la red. Con su espíritu el aire nos lleva a la Vida. Esto es motivo de gratitud; y tañer para el Padre por su misericordia y lealtad; y reconocer que nos envía y salva... Sí, nos postraremos, Señor, hacia tu santuario que es el mundo, donde viven y cuántos malviven, nuestros hermanos. A ellos queremos mirar y servir: **¡Aquí estoy, Señor, mándame!**



## **DOMINGO VI DE TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Jeremías, 17, 5-8): *Bendito quien confía en el Señor.*

Salmo (1, 1-4.6): *«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios, 15, 12.16-20): *Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia.*

Evangelio (Lucas 6, 17.20-26): *Alegraos y saltad de gozo.*

Hay personas que cuando llegan a una reunión atraen hacia sí las miradas de todos, son recibidas y saludadas con agrado y deferencia, hacen girar las cabezas de los circunstantes, suscitan comentarios aprobatorios en voz baja y no parecen nunca sentirse fuera de lugar. Son famosos por su posición económica, por su belleza, por su influencia social o política, por sus logros deportivos o artísticos, por sus conocimientos o por su status... Y pensamos: *“¡Qué felices han de ser esas personas!”*.

Otras parecen tener siempre la sonrisa en los labios. No hace falta mucho para que suelten la carcajada. Parece que todo les va bien, que nunca hay ni un asomo de tristeza, que el mal no les roza en ninguna de sus formas. Y cuando acaso la desgracia se ceba en alguien de su entorno, saben mirar pronto a otro lado, para que la risa no se congele en sus labios... Y pensamos: *“¡Qué alegre transcurre su vida!”*.

Hay quienes parecen estar en permanente festín. No hay celebración o banquete en el que no participen. Los vemos en todas las reuniones sociales y frecuentan restaurantes especiales, deleitándose con platillos poco ordinarios. Nunca faltan a sitios exclusivos para regalar el paladar con comidas exóticas, y ni qué decir de las costosas bebidas con las que humedecen sus gargantas. No saben lo que es el hambre, y nunca lo sabrán, a no ser de manera temporal, cuando requieran una dieta inoportuna por razones de salud. Y pensamos: *“¡Qué bien lo pasan!”*.

Y qué decir de aquellos que no carecen de nada. Los que nacieron ricos o se hicieron ricos. Los que no tienen que pensar en cuanto cuesta un producto, pues no tendrán ningún problema en adquirirlo, cueste lo que cueste. Los que no tienen problemas para obtener un crédito, porque nunca han tenido dificultad para pagar. Los que necesitan contratar a alguien que lleve la cuenta de sus inversiones y las haga más productivas, porque ellos mismos ya no saben cuánto poseen. Los que ya acumularon para sí, para sus hijos, nietos y, quizás, para varias generaciones más. Y pensamos: *“¡Qué felices han de vivir!”*.

Y de pronto escuchamos a Jesús, que nos dirige unas palabras muy diferentes, que no pueden menos que dejarnos extrañados. **¿Dichosos?** Los verdaderos dichosos no son ellos. Hay unos mucho más dichosos, pero no por la situación en la que viven, sino por Aquel que los respalda: *«Dichosos ustedes, los pobres...». «Dichosos ustedes, los que ahora tienen hambre...». «Dichosos ustedes, los que lloran ahora...». «Dichosos ustedes cuando los aborrezcan y los expulsen, los insulten y los maldigan...»*. Es obvio que la dicha no procede de la pobreza, ni del hambre, ni del llanto, ni del odio de sus adversarios. La dicha procede de Aquel que se pone de su lado en esas adversidades que tienen que enfrentar.

Las palabras de Jesús –las bienaventuranzas– resultan tan enigmáticas como impresionantes, tan desconcertantes como esperanzadoras, tan contradictorias como llenas de sentido. Depende de quién las lea: el incrédulo o el creyente, el satisfecho o el necesitado, el indolente o aquel que siente las injusticias que le rodean. Las bienaventuranzas evangélicas nos colocan en la cuerda floja, nos cuestionan, nos invitan a pensar.

Hoy, como siempre, la búsqueda de la felicidad es el afán de todo aquel que tiene la oportunidad de plantearse qué hacer con su propia vida. Vivimos en la época del bienestar, donde el hiperconsumo en el hipermercado ocupa los fines de semana, el fitness las tardes después del trabajo, y las vacaciones las pasamos en una casa rural en contacto con una naturaleza hecha a la medida del visitante, preferentemente con spa y curso de mindfulness. El afán de felicidad pasa por la autosatisfacción, y por una forma refinada de cultura y culto de lo individual.

Al otro lado de la esfera de cristal que envuelve este mundo de individuos satisfechos se encuentra su mundo al revés, donde la gente es pobre, tiene hambre, llora, y es excluida del progreso económico, social y cultural. Solo tenemos que abrir los ojos, como hacía Jesús, para ver un mundo invertido a *“como debería ser”*: allí donde la injusticia es el verdadero orden de la realidad.

Lo más impresionante, esperanzador y significativo de las bienaventuranzas es lo que contienen de enigma, desconcierto y contradicción: Jesús no está hablando de *“otro mundo”*, sino del nuestro: en el que para que unos sean ricos otros se están empobreciendo, unos se sacian a costa del hambre de otros, y aquellos ríen mientras lloran estos. ¿Cómo podemos afanarnos por ser felices a costa del olvido de la infelicidad ajena? Quien no siente la injusticia no puede comprender que las bienaventuranzas no sirven para consolar, sino para dar la vuelta al mundo.

La bienaventuranza evangélica no tiene que ver con una recompensa por haber sufrido estoicamente, sino con la confianza y el afán en pos de una felicidad común, compartida, no individualista, donde la vida buena y justa sea para todos la misma. Los bienaventurados, como profetas del presente, saben de la injusticia y también creen en la nueva vida prometida y hecha real con Jesús, cuya Resurrección rompió la última injusticia, la de la muerte, y así dio completamente la vuelta al mundo.

**DOMINGO VII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Samuel, 26, 2.7-9.12-13.22-23): *Dios pone hoy al enemigo en tu mano.*

**Salmo** (102, 1b-4.8.10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 15, 45-49): *Primero fue lo material y después lo espiritual.*

**Evangelio** (Lucas 6, 27-38): *Amad a vuestros enemigos.*

Hay personas de corazón generoso, magnánimas por naturaleza, a quienes les cuesta poco pasar por encima de las ofensas y repartir un perdón abundante a su alrededor. Pero creo que son muy pocas. Para la mayoría de nosotros, por diversas circunstancias, el rencor nos suele visitar y se instala pronto en el corazón, mientras que el perdón requiere un trabajo especial.

No nos cuesta identificar al enemigo, al que nos aborrece, a quienes nos han maldecido o difamado. No nos resulta difícil recordar a los que nos golpearon, a los que nos despojaron de algo, a los que nos trataron con injusticia. Sus rostros vienen rápidamente a la memoria, y muchas veces volvemos a sentir reavivarse los sentimientos negativos que en su momento nos causaron. Y es peor todavía cuando sabemos que esa persona está cerca de nosotros, a veces demasiado cerca. “*¡El enemigo en casa!*”.

Puede ser que la clave del mensaje de la Palabra de este domingo sea el versículo del salmo responsorial: *«El Señor es compasivo y misericordioso»*. Hoy la Palabra nos habla de perdón, compasión, misericordia y amor. Pero si confesamos que Dios es misericordioso, que es un Dios que perdona los pecados, esto implica que también nosotros tenemos que ser misericordiosos y saber perdonarnos los unos a los otros. Veámos en la primera lectura que David sorprende indefenso a Saúl que le está persiguiendo, pero David no se aprovecha de la situación para ejercer su venganza, sino que no quiere levantar la mano contra el Ungido del Señor.

De acuerdo con esto, Jesús de Nazaret que es la manifestación plena del amor de Dios, establecerá como mandamiento principal de la Nueva Alianza, la exigencia del amor al prójimo. Pero sorprende cuando esta exigencia es llevada al extremo porque es una exigencia radical, tan radical que va más allá de toda medida humana, ya se intentó regular en códigos antiguos con la llamada “*Ley del talión: ojo por ojo y diente por diente*”, con esta ley se aseguraba que la respuesta no fuera mayor que la ofensa.

Pero Jesús va mucho más allá y nos plantea renunciar a la violencia y nos dice *«al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra»*, esto desborda la fuerza humana normal pues el hombre siempre tiende a responder a las ofensas y requiere una grandeza de ánimo y un dominio de sí, tanto humano como cristiano, capaz de romper la circulación del mal y el círculo vicioso de violencia y contraviolencia para conseguir restablecer la paz. El mandamiento del amor a los enemigos que nos presenta hoy el evangelio supone el punto álgido de la misericordia y el amor exigidos por Jesús en el mandamiento supremo de la nueva ley: *«Amaos los unos a los otros como yo os he amado»*.

Esto exige practicar el perdón de una manera sincera y veraz, como veíamos que hizo David ante Saúl en la primera lectura, donde renuncia a vengarse de aquel que lo persigue. Por eso Jesús nos dice que en la oración digamos: *«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. Deberíamos pensar si somos sinceros cuando decimos “*como perdonamos*”. No cabe duda de que, desde un punto de vista humano, este mandato del perdón y del amor a los enemigos es, quizá la exigencia más difícil de Jesús, pero, al mismo tiempo, uno de los principales mandamientos cristianos, enraizado en la misma esencia del misterio de Cristo y, por ello, el distintivo más claro de la conducta cristiana.

Que Dios es misericordioso lo sabía cualquier buen judío, pues esa declaración aparece una y otra vez en el Antiguo Testamento cuando se trata de describir a Dios. Sin duda, los discípulos lo sabían, lo oían en las lecturas de uno u otro libro sagrado, lo recitaban en el salmo que hoy proclamamos y en muchos más. Pero aún no hacían el paso del reconocimiento al seguimiento.

Del discípulo se espera que sea extraordinario, que vaya mucho más allá. Porque, a fin de cuentas, su comportamiento no se apoya en lo que hace cualquier persona, ni la calidad de su conducta se mide comparándose con otros seres humanos. El discípulo aprende de su Maestro, Jesús, a mantener los ojos en el Padre y aprende de Él a ser bueno, “*hasta con los malos e ingratos que nos hacen mal*”.

Si somos hijos de ese Padre misericordioso, tenemos que actuar con el corazón y los sentimientos de ese Padre, así como su Hijo, Jesucristo, lo hacía constantemente. No se espera de los discípulos del Reino un comportamiento ordinario, sino “*extraordinario*”. **¿Amar a los que nos aman?**, eso es ordinario; lo hacen cualquier ser humano. **¿Hacer el bien a los que nos hacen el bien?**, eso es ordinario. Hasta los pecadores actúan así, advierte Jesús. Para asemejarnos a ese Padre misericordioso, se nos marca un camino en cuatro etapas: no juzgar, no condenar, perdonar y dar. No juzguen, no condenen: dos acciones que hay que evitar. Y dos acciones que hay que realizar: perdonar y dar. **¡Qué sencillo y qué difícil!**

## **DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico, 27, 4-7): *Cuando la persona habla, descubre sus defectos.*

**Salmo** (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 15, 54-58): *¿Dónde está, muerte, tu victoria?*

**Evangelio** (Lucas 6, 39-45): *No hay árbol bueno que dé fruto malo.*

La vida te va enseñando que ser “*inteligente*” no es lo mismo que ser “*listo*”; hoy en día se distinguen las inteligencias múltiples. Nuestros mayores lo decían de otra forma: “*se le dan muy bien los estudios, pero no se sabe mover en la vida*”; o también “*es un ratón de biblioteca, pero le engañan hasta los más críos*”. Existe una “*sabiduría popular*” que no nace de la memorización de logros ajenos, sino del saber estar, del saber vivir, del saber mirar la vida con ojos avezados.

El libro del Eclesiástico habla sobre la prudencia en el hablar: «*no elogies a nadie antes de escucharlo, porque ahí es donde se conoce a la persona*». Jesús sentencia: «*de la abundancia del corazón, habla la boca*». La prudencia es un don que se extiende a nuestros comportamientos sociales. Palabra y gesto van unidos; el hablador que no puede confirmar con sus gestos sus palabras es un charlatán; el que habla sin medida, corre el riesgo real de caer en contradicciones, de pronunciar medias verdades, o de tener que desmentirse a sí mismo.

Quizá la finura sapiencial del mensaje de Jesús esté menos presente en nuestra exposición del evangelio que otros. Insistimos más en el Jesús que denuncia de forma profética a los que se aprovechan de los pobres o en el Jesús que lleva adelante su condición de Mesías que entrega su vida por amor. Pero no hacemos ninguna injusticia a la Palabra de Dios si presentamos también a Jesús como aquel que nos enseña a ser prudentes a la vez que agudos; valientes a la vez que claros; humildes a la vez que avezados.

- El discípulo de Jesús, en medio del mundo, escucha y aprende de los demás, sin ponerse como modelo de referencia; la necedad te lleva a despreciar los consejos ajenos.
- El discípulo de Jesús no puede caer en la soberbia de creerse superior a los demás (¡atención a la soberbia intelectual!) que corrige con altivez a quienes considera necios.
- El discípulo de Jesús no se conoce por lo bien que habla, o la buena imagen que transmite, sino por sus frutos. Puede ser que no sean vistosos, pero son “*buenos*” en el sentido más extenso de esta palabra.
- El discípulo de Jesús no engaña, porque no es mentiroso y porque no sabe engañar. Esta “*transparencia evangélica*” hace de él que en sus palabras y en sus obras refleje el sentido último de lo que cree, en quien espera, y el motor de su vida.

No es difícil reconocer que de la misma manera que estamos orgullosos de algunas cosas que hemos dicho, también son muchas las palabras que han salido de nuestra boca y que quisiéramos no haberlas pronunciado nunca: burlas, insultos, mentiras, chismes, calumnias, regaños, vulgaridades, palabras ociosas u ofensivas, críticas, falsos elogios y tantas cosas más...

La mente y el corazón de donde brotaron pueden sentir arrepentimiento, pero, una vez proferida la palabra, no hay modo de retirarla. Tal vez reconocemos que hemos dicho algo que no sentíamos de verdad, que no pensábamos con claridad; sabemos que deberíamos haber ido con calma, haber seguido el consejo de “*contar hasta diez*”, antes de hablar, pero no lo hicimos.

Lo que comenzó por una queja, se convirtió en grito; el volumen de la voz creció a medida que los argumentos se debilitaron y se convirtió casi en “*batalla campal*”. Y después, cuando la mente se aclara y el corazón comienza a sangrar, qué difícil resulta pedir perdón y qué difícil resulta otorgarlo. No cabe duda: “*en la discusión aparecen los defectos del hombre*”. Jesús nos enseña que el hombre que dice cosas buenas es porque está bien en su corazón, mientras que quien dice cosas malas está mal en su corazón. Pensemos no en lo que dijimos o en aquel a quien se lo dijimos, sino pensemos en nosotros mismos.

Nuestra humanidad es estridente, es capaz de lo mejor y de lo peor. Basta ver el inmenso depósito de palabras que es internet. Ahí podemos encontrar ciencia y sabiduría, información y técnica, pero también podemos hallar mentira y dolo, desinformación y mentira: “*Lo mejor y lo peor*”.

Y lo mismo vale para todo ese mundo que solemos llamar de las redes sociales. Inventos maravillosos de la ciencia humana, espacios de aprendizaje y entrenamiento, de comunicación y diversión, pero, al mismo tiempo, vehículos de la más abyecta propaganda, de amenazas y calumnias, de ideas deshumanizadoras y de degradante pornografía.

No podemos decidir qué es lo que viaja por nuestras redes, pero sí podemos seleccionar aquello con lo que nuestra mente y nuestro corazón se alimentan, también podemos decidir qué uso le damos y con qué ideas lo hacemos crecer. No solo hay que educar para el uso de la palabra o para el uso de la tecnología. Es preciso educar el corazón.

## **MIÉRCOLES DE CENIZA**

**1ª lectura** (Joel, 2, 12-18): *Convertíos a mí de todo corazón.*

**Salmo** (50, 3-6b.11-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

**2ª lectura** (2ª Corintios, 5, 20 - 6, 2): *Ahora es el día de la salvación.*

**Evangelio** (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.*

Los ídolos no son cosa del pasado, ni sólo del ámbito religioso. La idolatría puede convivir tanto con el teísmo como con el ateísmo. La idolatría es muy peligrosa, pervierte el sentido de Dios, multiplica el pecado social, lo legitima y da buena conciencia al opresor, la característica de este revestimiento de la divinidad es la autojustificación (nadie puede pedir cuentas); y la intocabilidad (no puede ser cuestionada), además, tiene una gran fuerza de seducción, prometiendo toda clase de felicidad a sus seguidores. Nos ha convencido de que el mercado es la felicidad; los centros comerciales, nuestras iglesias; el beneficio, nuestro salvador; las compras “on-line” y el consumo, nuestros sacramentos.

El Concilio Vaticano II nos hizo recobrar el sentido y espíritu tradicional, devolviendo a la Cuaresma su significado sacramental, místico, como participación en el misterio pascual mediante el Bautismo y la Penitencia. Así, el camino, el modelo de la conversión nos lo marca el Misterio Pascual, que lo revivimos mediante las renunciaciones y promesas bautismales. Desde la perspectiva de la Pascua, dos aspectos, incluye el camino de la conversión: *Un abandonar el camino de los ídolos y un volver al auténtico camino de Dios.*

El primer paso en el camino de la conversión es tomar conciencia de nuestra realidad social y hasta qué punto somos solidarios y cómplices de ella. Nuestra sociedad mundial está seriamente enferma. Síntoma de esta enfermedad son los enormes sufrimientos y la inhumana justicia que alberga nuestro mundo. Nuestro planeta se ha convertido en un planeta de naufragos. Nuestra fe en Dios revelado nos ayuda a percibir que la raíz de todo este sufrimiento no es sólo una ideología, la del sistema del mercado, sino una idolatría.

Iniciamos hoy la Cuaresma con el rito de la imposición de la ceniza, y nos da la clave al colocar la ceniza a cada uno que se acerca: *«Convertíos y creed el evangelio»*. El gran símbolo bíblico de la conversión es el “*éxodo*”: salir de nuestro Egipto, romper con los actuales faraones que tienen esclavizado al pueblo, emprender el camino del desierto y así recuperar la libertad, condición necesaria para renovar la alianza con Dios y con los demás, y entrar en la “*tierra prometida*”. Esto es, la ciudad de los hijos de Dios y de los hermanos, en igualdad y sin privilegios. Es necesario hoy más que nunca no claudicar ni perder la utopía del Reino de Dios.

La Cuaresma es un tiempo propicio para renovar la exigencia y la necesidad siempre permanente de la conversión, pues como nos dice Jesús: *«Si no os convertís, todos pereceréis»*. Nuestra sociedad está seriamente enferma y necesitamos ser curados, sanados. Por eso la mirada compasiva y misericordiosa de Dios nos envió a su Hijo no para condenar al mundo, sino para que el hombre se salve y tenga vida en abundancia. Convertirse pues, es recuperar la salud, la vitalidad perdida. De aquí, que la Cuaresma sea una Buena Noticia: Anunciar, por parte de Dios, que nuestro mundo seriamente enfermo puede recuperar de nuevo su salud, su vitalidad.

Las tres prácticas que nos presenta el evangelio de Mateo al inicio de la Cuaresma no son exclusivas del judaísmo. Se encuentran presentes entre las prácticas de las grandes tradiciones religiosas. En tiempos de Jesús eran bien vistas y daban prestigio a quienes las realizaban, especialmente en público.

Jesús no niega el valor que tienen estas tres prácticas, sino que “*revela*” lo que los hipócritas esconden: la limosna, la oración y el ayuno tienen en común que hay que realizarlas en “*lo escondido*”. Lo principal de la vida, es el amor en lo discreto, nunca el pantalleo, el prestigio social y el querer dar buena imagen. La aparente imagen de ser buenos, es hipocresía.

La **limosna**, como el subsidio en la época actual, es fecunda si se realiza de forma escondida, anónima y sin esclavizar a quien pide. Compartir los bienes es fruto del amor por el prójimo necesitado de forma que pueda recuperar su dignidad y un trabajo.

El **ayuno** tiene como finalidad alimentar y reforzar el dominio de uno mismo, especialmente en lo que se refiere a la gratificación de los caprichos y deseos. No poner límites a esa gratificación nos hace cada vez más esclavos de nuestros deseos y el amor no es alimentado, más bien se transforma en egoísmo.

La **oración** ha sido colocada por Mateo en el centro de las tres, siendo literariamente y exegéticamente la práctica nuclear: la relación con Dios alimenta el dominio de sí y la comunicación cristiana de bienes.

Corazón transformado por un amor que nos sobrepasa. El amor rasga los corazones, no las vestiduras, cambiando nuestro narcisismo en disponibilidad amorosa para el que nos necesita. Y ese amor, escondido en el sufrimiento de la Cruz, es el que fundamenta una vida en la Gracia Salvadora <sup>(2ª lectura)</sup> proporcionándonos una Cuaresma alegre sin necesidad de carnavales. Estas prácticas, realizadas en lo escondido, nos ayudan a no desear una Iglesia de cristiandad, con influencia social. Más bien, una Iglesia de personas creyentes que son sal y luz para este mundo, desde el amor discreto.

## **DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Deuteronomio, 26, 4-10): *El Señor escuchó nuestros gritos.*

**Salmo (90, 1-2.10-15):** *«Quédate conmigo, Señor, en la tribulación»*

**2ª lectura** (Romanos, 10, 8-13): *Nadie que crea en él quedará confundido.*

**Evangelio** (Lucas 4, 1-13): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

El pasado miércoles con la imposición de la ceniza, iniciamos nuestro camino de preparación a la Pascua. Este tiempo recibe el nombre de Cuaresma, como bien sabemos. El tono predominante de la época es de penitencia: los colores litúrgicos, el cese del canto del “*aleluya*”, las prácticas de ayuno y abstinencia, las devociones populares y otras cosas más nos hablan de sobriedad, de sacrificio, de austeridad. Pero todo esto no tendría sentido si se pierde de vista que se trata del camino hacia la Pascua.

Jesús, con lo mejor de la tradición del pueblo judío, nos ha propuesto tres prácticas, que la Iglesia nos ha recordado en la liturgia del Miércoles de Ceniza: limosna, oración y ayuno. Estas prácticas nos ayudan a avanzar con paso seguro hacia nuestra meta pascual. Jesús nos pide llevar adelante estas acciones, pero nos insiste que nunca la hagamos para atraer el aplauso de los demás, sino la mirada de aquel que ve en lo secreto: nuestro Padre celestial.

En este primer Domingo de Cuaresma la liturgia nos anima a adentrarnos en el desierto, junto a Jesús. En la biblia, el desierto es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Al mismo tiempo, el desierto también es el lugar de la prueba, el lugar de la tentación. Hoy diríamos que el desierto, más que un lugar geográfico es la vida misma, llena de posibilidades y opciones, complejidades, oscuridades y tentaciones. El desierto, la vida, es el lugar donde se pone a prueba la autenticidad de la fe en el Dios de Jesús.

El relato evangélico nos muestra a Jesús solo frente a la prueba. Nos asombra su fortaleza y la firmeza de sus opciones. Lo tiene claro. En Él no hay espacio para la duda. La tentación por poseer no tiene cabida en su vida. Para cumplir con su misión liberadora no caerá en la tentación de acaparar bienes, buscar el poder o manipular a Dios. Su estilo es otro, bien distinto, y pasa por la desposesión, el servicio, la obediencia a la voluntad del Padre.

La primera tentación tiene que ver con el uso egoísta de las cosas. En el caso de Jesús, parte de las necesidades primarias de todo ser humano: *«Sintió hambre»*, dice el evangelista. Utilizar su relación con Dios: *«si eres el Hijo de Dios»*, para saciarse podría ser un camino aceptable. Para nosotros existe también la tentación de emplear los bienes a nuestro alcance para nuestra propia utilidad, y no solo en situaciones de urgencia. Pero al manipular las cosas para nuestro exclusivo provecho no solo trastornamos el orden de la creación, sino que muy probablemente hacemos que más gente “*sienta hambre*”. Pensemos en las consecuencias que tiene hoy la fiebre consumista, que nos encierra en el bienestar y nos vuelve ciegos e insensibles ante el drama de los pobres y de la tierra.

La segunda tentación es la del poder. El poder es seductor, y siempre nos excusamos para buscarlo, pensando en el bien que podemos hacer si tuviéramos más poder. Jesús sabe que la ambición de poder y de reconocimiento, la “*gloria*” según el texto, es una conducta idolátrica. El evangelista imagina muy bien la situación, pues la condición que le pone el tentador para obtener dicho poder es que se arrodille y lo adore. Prácticamente todos tenemos alguna forma de poder, poco o mucho, pensemos en el poder, tantas veces utilizado para someter personas y pueblos; pensemos, también, en las veces que los creyentes hemos utilizado la palabra “*Dios*” para imponernos a otros en su nombre.

La tercera tentación, en la narración de san Lucas, parece más sutil, hasta piadosa. Es presentada como un acto de confianza en Dios, pero a fin de cuentas se trata de acto temerario en busca de lo llamativo y espectacular. El maligno le presenta una opción atractiva. Llamar la atención de los demás a través de acciones sorprendentes. Ganar popularidad a través de lo milagroso. La búsqueda del aplauso sigue siendo muy fuerte, desde los personajes públicos que buscan ser populares de mil maneras hasta nuestras pequeñas artimañas para ser atractivos y del gusto de los demás. El diablo es muy astuto, hasta es capaz de citar la Biblia con tal de hacernos tropezar.

La tentación de poseer posesiones, o poder o al mismo Dios, acompañó a Jesús toda la vida. Es la misma tentación que nos acompaña a nosotros toda nuestra vida. Es la tentación que acecha a la humanidad a lo largo de su historia: el deseo insaciable de tener y acaparar; el afán por ostentar el poder y dominar; el deseo de crear un dios a la medida de nuestros intereses.

Las tentaciones de Jesús también son las tentaciones de nosotros sus seguidores. La tentación de la doble vida: la de llamarnos cristianos porque venimos a misa y cumplimos y con ello nos parece justificar una existencia donde no cabe el evangelio de la generosidad, de la solidaridad, de la justicia, del perdón. La tentación del poder: creernos mejores que los otros, poseedores de la verdad, deseosos de una Iglesia con poder social en vez de una Iglesia que sea comunidad de servidores. La tentación de manipular a Dios: cuando pensamos que con nuestros rezos Dios puede hacer lo que nosotros deseamos, en lugar de ponernos nosotros a la escucha y al servicio de Dios. Miremos a Jesús y aprendamos de él.

## **DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Génesis, 15, 5-12.17-18): *Mira al cielo, y cuenta las estrellas.*

**Salmo** (26, 1bcde.7-9d.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

**2ª lectura** (Filipenses, 3, 17 – 4, 1): *Somos ciudadanos del cielo.*

**Evangelio** (Lucas 9, 8b-36): *¡Qué bueno es que estemos aquí!*

**¿Qué ocurre cuando uno ora?** Algunos dirán que nada y es posible que no ocurra nada cuando la oración se reduce a mera recitación mecánica de fórmulas aprendidas de pequeño, mientras la mente y el corazón divagan sin sentido. Orar es “*hablar con Dios*”. Por eso, decir que no pasa nada cuando se ora suele ser la opinión de los que no han vivido esa familiaridad en el trato con Dios.

En la Biblia, la tradición judeocristiana, como en muchas otras tradiciones religiosas, encontramos múltiples testimonios de que a los “grandes orantes” sí les pasaba algo o, más bien mucho. Y, nada nos induce a pensar que eso no siga ocurriendo a los orantes de otras épocas, incluida la nuestra.

En tiempos de Abraham todavía no había iglesias, ni sinagogas, ni mezquitas; no había judíos, cristiano o musulmanes; tampoco había muchas otras personas de las que solemos pensar al hablar de oración. Pero, por lo visto, ya había hombres de oración. Y Abram era uno de ellos.

Un hombre sin fórmulas aprendidas, pero con una gran apertura al encuentro con Dios. «*Un hombre de fe*», dice el Génesis. Un Dios que le sacó de su casa en Ur de los Caldeos y lo puso en camino. Un Dios que le atrajo con promesas improbables (tierra propia y descendencia numerosa), cuando no tenía más tierra que la que llevaba encima ni esperanza alguna de descendientes, a causa de las entrañas estériles de Sara.

Abram no es más que el primero de una larga lista bíblica de hombres y mujeres de oración con experiencias muy variadas, objetivos muy diversos y vocaciones dispares con resultados imprevistos. Además de Abram y Sara, encontramos a Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel, José, Moisés, Josué, Gedeón, Jefté, Débora, Ana, Samuel, Rut, David, Salomón, Elías, Amos, Oseas, Isaías, Jeremías y un larguísimo etcétera. **¿Cómo se puede decir que no pasa nada cuando se ora?**

El proceso cuaresmal, que iniciábamos el Miércoles de Ceniza, no termina en la muerte ni encerrados en lo secreto ni en la limosna espléndida en favor de los necesitados sino en la Vida nueva de Jesús y en la de nosotros mismos.

Así lo vamos viviendo desde que nacemos en el seno de una familia que nos ayuda a descubrirnos como hijos en los cuidados que nos prestan las personas que nos quieren. Ellas nos contemplan, nos enseñan y nos muestran lo mejor que llevamos dentro de nosotros para poder desarrollarlo y compartirlo con otros hijos que son diferentes a nosotros.

Cuando empezamos a salir de casa a otras casas, a otros espacios públicos, a algún colegio vamos descubriendo que hay otros niños de nuestra misma edad, que hacen como nosotros: lloran, se ríen, se ensucian y juegan con otros; con el paso del tiempo nos alegramos por encontrarnos casi todos los días con ellos y preguntamos por ellos cuando algún día no acuden a la cita diaria.

Algunas personas hemos tenido la dicha de encontrar en la vida a un auténtico hermano entre todas las personas que vamos conociendo. Alguien con la que nos resulta enriquecedor compartir sueños, proyectos, vivencias, incluso opiniones diferentes. Para esto necesitamos salir de esas relaciones fraternas, las de casa y las de fuera, porque en ellas o nos acomodamos o estamos siempre peleando para estar por encima de los más pequeños o permanecer por debajo de los que se consideran superiores.

Jesús abandona su casa de Nazaret, primero, y posteriormente será abandonado por sus discípulos que quieren hacerlo rey, con ministros a su derecha y a su izquierda, y concluirá su vida siendo retirado por aquellos poderes que se sienten amenazados, no por alguien poderoso sino por alguien que hace una propuesta válida para todas las personas que quieren ser libres y felices y también lo quieren para todas las personas.

Jesús, solía retirarse a lugares solitarios para hacer oración. «*Jesús, subió a un monte a orar*». Sin duda, oraba en su casa y también en la sinagoga (como buen judío), pero es evidente que le gustaba el silencio de los lugares apartados, aislados del ruido cotidiano, para sumergirse en su encuentro con el Dios de la Alianza, su Padre. El Evangelista nos comenta lo que allí pasó “*mientras oraba*”. A veces, pensamos, no ocurre nada. Otras veces ocurren muchas cosas.

La «*nube*» que oculta lo que Jesús es, lo que nosotros llegaremos a ser (antes o después de la muerte) simboliza todo aquello que permanece oculto porque nos quedamos en etapas anteriores: nos da miedo ir más allá; o porque nadie nos ha comunicado que se puede traspasar el acomodo que nos tiene amodorrados y también porque alguien nos impide seguir caminando porque molestamos con nuestras hambres, nuestras cegueras, nuestras peticiones de asilo, de casa o de trabajo.

## **DOMINGO TERCERO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Éxodo, 3, 1-8a.13-15): *He visto la opresión de mi pueblo.*

**Salmo** (102, 1b-4.6-8.11): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 10, 1-6. 10-12): *El que se crea seguro, cuidado de no caer.*

**Evangelio** (Lucas 13, 1-9): *Si no os convertís, todos pereceréis.*

En nuestros tiempos, volvemos los ojos al firmamento para expresar la admiración por este universo, que vamos conociendo, con las nuevas tecnologías, en ese proceso maravilloso que resalta la unidad de todos los componentes del conjunto y la diversidad compleja de cada parte, en unas medidas de tiempo y espacio que no nos caben en la cabeza, pero que despiertan la admiración interrogadora que el cielo estrellado del desierto suscitó en Abrahán.

Aquel Dios de la grandeza natural, al que los antepasados de Abrahán se dirigían con ofrendas y sacrificios impregnados de religiosidad mágica, provocó en él un cambio religioso drástico. Dios era inmenso en sus obras, misterioso en nuestro intento de comprensión, pero merecedor de confianza en una vida llena de peligros, problemas, necesidades, dudas e inseguridades. Abrahán significa el descubrimiento de Dios como posibilidad de la esperanza humana.

Un día sucedió algo inesperado. El mismo Dios de aquellos antepasados, descubierto en la naturaleza, se manifiesta misteriosamente cercano dentro de la historia: Como un ser personal que escucha, mira y se fija. Características propias y previas para el conocimiento y la acción. Ve la opresión. Escucha el clamor. Se fija en el sufrimiento. Y decide actuar en un compromiso.

Cuando Moisés se desvió del camino no podía imaginar todo lo que iba a ocurrir después de que de la zarza ardiente saliera aquella voz que le invitaba a quitarse las sandalias. Aparece en el horizonte humano un sentido de Dios novedoso y original. Dios no se manifiesta solo en la creación. Se manifiesta, también, haciendo Historia. En la creación haciendo posible un mundo con sus leyes, su azar y su autonomía. En la Historia preocupándose de las consecuencias de nuestra libertad, tantas veces irresponsable, para animarnos a corregir nuestras decisiones y dirigirla hacia un horizonte de libertad y felicidad en el que todos puedan participar.

Es el Dios del Éxodo, decimos. Es el Dios que se manifiesta en aquella experiencia de hacer libres a los creyentes para poner en marcha una comunidad nueva con el encargo de ser la referencia de una humanidad empeñada en hacer una historia distinta a la determinada por el fatalismo o el desánimo.

La primera lectura de hoy es un himno que proclama la novedad de la historia religiosa de la humanidad. El Dios que está en el origen de todo, es el mismo Dios que está en el fondo de la historia humana. Esa historia de descubrimiento de Dios nos llevará hasta Jesús. En Él, Dios se manifiesta como el Señor de la ternura, de la comprensión compasiva que da nuevas oportunidades siempre, como a la viña, o que tira de pegamento para reconstruir el barro con el que está hecha la cerámica humana. Hemos tenido mucha suerte. Nos ha tocado la mejor noticia que sobre Dios ha escuchado la humanidad: **¡Dios nos quiere!**

También a nosotros algo nos desvió hoy de nuestro camino cotidiano y nos trajo hasta aquí, para celebrar la Eucaristía en esta tierra sagrada que estamos pisando, pero, ¿ya nos quitamos las sandalias? Ritualmente, sí, ya lo hicimos. Fuimos invitados al principio de nuestra celebración a reconocer nuestros pecados y ritualmente así lo hicimos. Juntos recitamos nuestras fórmulas y pedimos al Señor que tuviera piedad de nosotros.

Dejamos atrás nuestras sandalias para escuchar la voz de Dios. *«¡Tú eres, Señor, un Dios compasivo y misericordioso!»*. Un Dios que ha mirado, oído y conocido nuestras penas y desciende porque nos quiere liberar, un Dios que nos manifiesta su nombre y nos confía su misión para colaborar en esa obra de salvación para nosotros mismos y para el resto de su pueblo.

Ojalá que, más allá del rito, verdaderamente nos hayamos quitado las sandalias. Esas sandalias que nos mantienen atados a lo acostumbrado sin permitirnos ir más allá. Esas sandalias que nos mantienen metidos en un laberinto de ruido y voces que no nos dejan escuchar, que nos mantienen parpadeantes y cegados por tantas luces fugaces que no nos dejan ver, que nos mantienen confusos en tantas verdades a medias, mentiras completas, que nos impiden de verdad conocer y:

***Mirar con la mirada compasiva de Dios.***

***Escuchar con los oídos atentos de Dios.***

***Conocer con el corazón misericordioso de Dios.***

Solo así podemos colaborar efectivamente en la obra salvadora de un Dios que nos quiere libres de toda atadura y presión, libres para dejar atrás nuestras esclavitudes y avanzar a la tierra de la promesa.

## **DOMINGO CUARTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Josué, 5, 9a.10-12): *Celebraron allí la Pascua.*

**Salmo (33, 2-7):** *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

**2ª lectura** (2ª Corintios, 5, 17-21): *Ha comenzado lo nuevo.*

**Evangelio** (Lucas 15, 1-3.11-32): *He pecado contra el cielo y contra ti.*

La famosa parábola del hijo pródigo o más acertadamente deberíamos decir la del Padre misericordioso. Es un texto tan conocido que hasta los detalles del anillo en la mano o del ternero cebado están frescos en la memoria de todos. Pero ¿por qué cuenta Jesús esta parábola? ¿Cuál es el motivo que le impulsa a contar este precioso relato? Quizá esto nos pase más desapercibido y sin embargo es importante. La respuesta está en las primeras líneas del Evangelio.

A Jesús, sus oponentes, le critican porque acoge a los pecadores y come con ellos. ¡Ah!, entonces se trata de eso, de acoger al que se ha equivocado, de tratarlo como a un igual, de devolverle su dignidad, de misericordia y no de condena. Son muchos los detalles de este largo evangelio; fijemos nuestra atención solo en algunos de ellos.

*«Un hombre tenía dos hijos...»* y los quería a los dos... y los esperaba con alegría... y salía a su encuentro... y los quería a pesar de su tontería o de su obstinación... y deseaba que los dos vivieran con el alma en fiesta. Y nos sigue queriendo a los dos, a todos...

El soliloquio interior del hijo menor una vez que ha derrochado toda su fortuna y se ve en necesidad es muy interesante. Este hombre se ha parado y reflexiona sobre su vida, sobre sus obras y se da cuenta que se ha equivocado. Y no con un fallo sin importancia, sino que su error ha sido el peor: *“ha ofendido a su padre y a Dios mismo”*. En el pecado del hijo nos podremos encontrar todos, es decir, ninguno somos perfectos. Pero la capacidad de asumir honestamente el propio pecado, reconocerlo y pedir perdón, no siempre es fácil y quizá no siempre lo hemos sabido hacer bien. Así que aquí tenemos un examen de conciencia en toda regla.

Pensamos que no somos dignos de estar frente a Él, que no merecemos ser sus hijos, que tendríamos bastante con que nos deje entrar a su servicio. Preparamos nuestro pequeño discurso, buscamos las palabras adecuadas, disfrazamos nuestro vacío con un barniz de arrepentimiento, mientras Él nos aguarda con infinita paciencia, está ansioso de abrazarnos y llenarnos de besos... Nos avergonzamos de nuestra desnudez y pensamos en como cubrirla, mientras Él nos tiene preparada una túnica nueva, anillos para las manos y sandalias para los pies...

Y sentimos nuestra hambre, esa hambre terrible que no pudieron saciar ni los manjares de la abundancia ni las algarobas de la miseria, esa hambre insatisfecha que nos devora ante la huida de los falsos amigos, esa hambre que nos incita a regresar con la intención de ganar al menos algo si obtenemos su favor, mientras Él nos espera con el banquete a punto, sin necesidad de preguntas ni explicaciones. Porque somos la causa de su fiesta y quiere librarnos de nuestro oprobio y llenarnos de su alegría.

Otro de los personajes de esta parábola es el hermano mayor. Él representa los valores que un cristiano no debe encarnar. Viendo su actitud terca nos saldría decirle: *“No te enfades, perdónale, es tu hermano”*. ¿Quién no ha hecho una cosa mala en su vida y no se ha arrepentido? ¿Vamos a engrosar la lista de hermanos enfrentados por una afrenta que sucedió hace años? Y esto es muy actual, todos lo sabemos. Ojalá que las herencias y el dinero no destruyan más familias ni separen a más hermanos.

También para nosotros, los hijos mayores, los fieles, los que no nos vamos de casa, los que creemos que trabajamos siempre, pero a veces lo hacemos con una mente y un corazón de empleados, no de hijos. También para nosotros es la fiesta. Nuestro Padre nos quiere en el banquete. Nos quiere como hijos.

¿Y el trabajo? Sí importa, pero importa más el corazón, ese corazón que ya eliminó al hermano, porque fue él quien eligió irse; ese corazón que desconoce a *«ese hijo tuyo»* porque vivió disipadamente y malgastó todo... ese corazón también lo quiere el Padre. Y sale de la casa a nuestro encuentro, porque también quiere encendernos en el gozo de la fiesta, también quiere hacernos participar del gozo de recuperar *«a ese hermano tuyo»*, para librarnos de nuestro oprobio y llenarnos de su alegría.

El Padre, el padre de esta parábola encarna el amor infinito de Dios Padre. *«Era preciso alegrarse»*, le dice a su hijo mayor, es preciso celebrar que alguien que estaba perdido y lejos haya vuelto a casa. Esta alegría no quiere decir que la fidelidad del hijo mayor no sea también un valor en alza, para reconocer y agradecer. Claro que lo es, pero solo la fidelidad acompañada de misericordia y amor, no de rencor y desamor.

Dios ha quitado de encima de nosotros el oprobio del pecado y de la muerte. ¿Cómo no llenarse de alegría? ¿Cómo no cantar con el salmista: *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*? Nosotros, como el hijo menor, somos los que nos engolosinamos con nuestros bienes y nos alejamos de su casa, despilfarramos sus bienes y por eso pasando, a veces, hambre y desesperación mientras, Él nos espera... porque quiere librarnos de nuestro oprobio.



## **DOMINGO QUINTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Isaías, 43, 16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

**Salmo** (125, 1b-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»*

**2ª lectura** (2ª Tesalonicenses, 3, 8-14): *Corro hacia la meta.*

**Evangelio** (Juan 8, 1-11): *Anda, y en adelante no peques más.*

Comenzamos este domingo la última semana de la Cuaresma, llevamos, desde el Miércoles de Ceniza, preparándonos en un camino de conversión hacia la Pascua que es la novedad absoluta, el plan definitivo de Dios para la salvación del hombre. Este es el tiempo de abrir bien los ojos y los oídos, porque hay que notar que la vida de Cristo se encamina a su culminación, pasando por la muerte para desembocar en la resurrección y abrimos así el camino en la mar de la incertidumbre y un sendero en las aguas impetuosas del sinsentido y el desaliento, para llevarnos a la tierra prometida en la comunión y la libertad de los hijos de Dios. Que llegue el agua a nuestros desiertos, que corran los ríos por nuestros terrenos yermos, que el pueblo escogido pueda apagar su sed junto a la cruz de Jesús y junto a su tumba vacía. Dios está realizando algo nuevo. **¿No lo notáis?**

El profeta Isaías recuerda al pueblo, exiliado en Babilonia, su pronta liberación, el pueblo va a emprender un nuevo éxodo, donde el Señor, una vez más los conducirá a la tierra prometida. Por eso el profeta nos exhorta a no pensar en lo antiguo, a vivir la novedad de lo que se avecina: La liberación de la esclavitud. Recordar el pasado porque Dios vuelve a realizar maravillas en favor de su pueblo, como en el Éxodo, pero no añorar el pasado porque nos abrimos a la novedad de Dios, a la vuelta a la tierra. Recordar la pasada Cuaresma, las maravillas que Dios ha obrado en nosotros en este tiempo de conversión, pero sin olvidar que ha sido un camino hacia la Pascua que vamos a celebrar dentro de una semana, la muerte y resurrección de Cristo que es la novedad definitiva de Dios, la acción definitiva de Dios en favor de los hombres.

Pablo nos invita a mirar hacia adelante, a contemplar el Misterio salvador de Jesucristo, su muerte y su Resurrección y contemplando este Misterio caminar por este desierto de la vida, hacia la patria celeste. Para ello tendremos que compartir los sufrimientos de Cristo, participar de su cruz con la esperanza de compartir el Misterio de su Resurrección, a ello nos invita Pablo, a vivir la experiencia Pascual, la Muerte y Resurrección en nuestra propia experiencia de vida. Como Pablo tenemos que correr hacia la meta y esa meta es el encuentro con Cristo: **«Todo lo estimo pérdida, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor»**. Así nos marca Pablo cuál es realmente la meta de la salvación, buscar el encuentro con Cristo resucitado, esa es la auténtica meta del cristiano, el fundamento de nuestra fe y la razón de nuestra esperanza.

En este futuro de salvación, en este nuevo orden de cosas que se inauguran en la Pascua de Cristo, el Señor nos revela el rostro de un Dios que es clemente y rico en misericordia. Lo hace mediante este ejemplo que nos presenta el evangelio, donde vemos personajes que se consideraban los grandes cumplidores de la Ley, los escribas y fariseos que le presentan a Jesús a una pecadora, para poder acusarlo. Sin embargo, Jesús los enfrenta a su propio pecado: Nadie se atreve a tirar la primera piedra. El mandamiento de Dios no puede ir nunca contra el hombre. Jesús no aprueba nunca el pecado, pero siempre busca a los pecadores para que, si quieren convertirse, puedan agarrarse a la mano misericordiosa de Dios. Miremos hacia adelante y busquemos siempre el Reino de Dios y su justicia.

**«No recuerden lo pasado ni piensen en lo antiguo: yo voy a realizar algo nuevo. Ya está brotando. ¿No lo notáis?»**. Cuanto consuelo hay en estas palabras del Señor para quien las escucha en un tiempo difícil de la vida. Creo que con mucha frecuencia nos sorprendemos a nosotros mismos pensando en el pasado. A veces con alegría, a veces con pesar. Dios no se deja vencer por la monotonía que los seres humanos ponemos en su obra para sumirnos en nuestro propio aburrimiento. Si Dios hizo tanto por nuestros antepasados, posiblemente hará otro tanto por nosotros. Volver la mirada a ese pasado no es una invitación a la nostalgia, sino a la confianza, a la esperanza.

Porque a pesar de que algunas voces digan que la Iglesia ha envejecido, el Señor nos ayuda a ver que siempre está realizando algo nuevo por sus hijos y nos convoca en una comunidad joven y llena de vida. Porque, a pesar de que a veces nos olvidemos del Evangelio o pretendamos recortarlo o acomodarlo a nuestros gustos, el Señor nos envía a alguien que nos ayude a recuperarlo de nuevo y a volvernos a lo esencial.

Porque a pesar de que a veces los pastores no hayan sabido guiar al pueblo de Dios de manera eficaz, Él no ha dejado que se pierda, sino que se encarga de hacer de alguna manera presente a su Hijo, el buen pastor, en las figuras proféticas de hombres y mujeres que con su vida y su palabra iluminan nuestro caminar.

Él desenmascara nuestras hipocresías, que nos llevan a juzgar y condenar, sin mirarnos primero a nosotros mismos, y nos ofrece la oportunidad de abrir puños y dejar caer nuestras piedras para escabullirnos sigilosamente al reconocer que tenemos bastantes pecados propios como para pretender ser jueces de los pecados ajenos. Y eso es algo nuevo. Él manifiesta su fe en nosotros, cree en nosotros y en nuestra capacidad de rehacernos, por lo cual nos invita a vivir con un proyecto y no a la caza de aventuras: **«No vuelvas a pecar»**. Y eso es algo nuevo.

## «VIVIR CON PASIÓN, MORIR CON SENTIDO»

26/10 abril 2022

### DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19, 28-40): *Si estos callan, gritarán las piedras.*

1ª lectura (Isaías, 50, 4-7): *El Señor Dios me ayuda.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses, 2, 6-11): *Cristo, se despojó de sí mismo.*

Pasión (Lucas 22, 14 – 23, 56): *No encuentro culpa alguna en este hombre.*

*El ser humano dijo:*

*“Hagamos a Dios a nuestra imagen y semejanza;  
que actúe como actuamos nosotros,  
que piense como pensamos nosotros;  
que mate como nosotros matamos”.*

*El ser humano creó un Dios a su medida,  
y lo bendijo diciendo:*

*“Muéstrate a nosotros  
y pon la tierra a nuestros pies;  
no te faltará nada,  
si haces siempre nuestra voluntad”.*

*Y así fue.*

*El ser humano vio todo lo que había hecho  
y estaba muy satisfecho de ello.*

*Así fue el día anterior al fin.*

(Lectura del Anti-Génesis, de C.E.P. “fragmento”)

Los habitantes de Jerusalén, que vieron pasar al Maestro montado en un borriquillo, intuían que en esa persona había vida de la buena; además, pronunciaba palabras que salían de un corazón apasionado por los sencillos, por las mujeres, por los enfermos, por los niños, por... toda la gente que no era tenida en cuenta y salían de Él gestos sanadores que le llevarían a ser considerado el Mesías de Israel. Lo que les resultaría más complicado, como a nosotros, sería comprender que ese título no se lo iban a entregar las autoridades humanas, que tal honor correspondía al mismo Dios, que estaba disponiéndose a realizar la nueva y definitiva Alianza con toda la humanidad, no como la que había hecho con ellos en el pasado.

Cualquier colectivo humano, cuando tenemos por delante unos días de fiesta, nos hacemos la pregunta de qué podemos hacer juntos durante estos días. La tendencia actual, en el tiempo de ocio, es romper la rutina de la vida ordinaria. Para eso tenemos diferentes opciones: escapar del lugar en el que se reside; realizar actividades diferentes a las que se hacen habitualmente; juntarse con personas afines para compartir los proyectos de vida que estamos intentando sacar adelante o, simplemente, quedarse en casa a descansar.

A lo largo de esta semana, en muchos pueblos y ciudades de nuestro mundo, pasaremos las imágenes doloridas de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. En algunos lugares incluso se representará el drama de la pasión y otros rituales ancestrales que atraen visitantes y son calificados como de interés turístico nacional, internacional y hasta vacacional. En España, más concretamente en mi ciudad, los cortejos pasionales son acompañados por cofrades que, mayoritariamente, son más tradicionalistas que religiosos.

Estas “procesiones”, medidas por el número de participantes activos y también pasivos, la gente que sale a la calle para ver pasar los pasos y las largas filas de “capirotes”, no tienen correspondencia con la participación en las celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias y otros templos de nuestra ciudad. Bien es verdad que, de unos años a esta parte, ha aumentado el número de personas y de grupos que en estos días se retiran a monasterios y otros lugares de descanso para celebrar, reflexionar y compartir la vivencia de este misterio central de nuestra fe: La Muerte y la Resurrección de Jesús.

Las comunidades cristianas, desde el comienzo de su existencia, trataron de celebrar este acontecimiento salvífico desde el acontecer de la vida cotidiana de cada creyente y de cada comunidad. De ahí la referencia bautismal que tiene esta semana todos los años; nuestra vida de personas creyentes está para siempre sumergida en la muerte-vida de Jesucristo, el Hijo de Dios.

La persona creyente, al modo de Jesús, aparece como diferente de todos los demás, porque vive siempre una vida que no es la suya, que no le pertenece; una vida “eterna” que nos ha sido regalada por el Padre-Madre-Dios en el Hijo, animada y acompañada, además, con la fuerza y la pasión del Espíritu Santo. Por eso, cuando los creyentes nos tomamos en serio y aceptamos con gozo este regalo, nos sentimos dispuestos a todo: a vivir nuestra vida a tope, a compartirla con cualquier persona que esté a nuestro lado y a entregarla, si fuera necesario, para que otros tengan la vida digna que merecen por ser hijos de Dios.

## **JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Éxodo 12, 1-8.11-14.): *La sangre será vuestra señal.*

**Salmo** (115, 12-13.15-16.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 11, 23-26): *Yo he recibido una tradición.*

**Evangelio** (Juan 13, 1-15): *¿Comprendéis lo que he hecho?, haced vosotros lo mismo.*

Es difícil entender el fondo de esta fiesta, tan importante para nosotros, si no se conoce la tradición de los pactos. En la antigüedad, los pactos se alcanzaban para bien de las dos partes, y la alternativa de su cumplimiento era la muerte, porque entre dos pueblos, dos grupos o dos familias enfrentadas, si no se establecía un pacto, las tensiones terminaban en violencia, en muerte, destrucción y derramamiento de sangre.

Por eso, en su celebración, la sangre era un elemento importante. Se recogía, al matar el animal que se sacrificaba, para firmar el pacto y señalar que esa sangre sustituía a la sangre humana que se hubiera derramado en caso de no alcanzarse el pacto, pero era, una llamada de atención y un aviso de lo que ocurriría si este pacto no era respetado, porque de nuevo correría la sangre.

El animal sacrificado tenía varias funciones: era la comida de celebración por el fin de la violencia, era la alegría de una etapa nueva de convivencia y de paz, era el sustituto de otras posibles víctimas humanas que morirían de no existir el pacto, era el recuerdo histórico y la invitación a mantener los lazos de relación pacífica que se había iniciado y cuyo fin sería catastrófico.

Entre los pactos y alianzas había sus diferencias en razón de su protección y significado vital. Un pacto con Dios, una alianza de ese nivel, era y es la máxima expresión de cobertura, garantía y seguridad. Era y es la alianza de la vida, el más de lo más.

Hoy, estamos celebrando, todavía, ese antiguo pacto. No hay sangre material ni cordero animal, pero hay una víctima que nos sustituye a todos. Jesús, en la cima de su madurez personal y su compromiso solidario con la humanidad, se coloca en lugar de todas las víctimas del mundo y de la historia para acompañarlas y dar sentido de transformación al sufrimiento, sentido de futuro de la vida, de esperanza a todos y la razón del amor.

En una tarde de primavera, como la de hoy. Jesús, un judío que practicaba sus tradiciones, se reúne en una sala alquilada para celebrar la cena que recordaba los comienzos de su pueblo cuando consiguió la libertad y tuvo que asumir la responsabilidad de organizar su propia convivencia, darse unas leyes y conseguir un sentido de respeto y de justicia para todos que les permitiera vivir. Lo celebran desde la convicción profunda de que, aunque ellos han tenido que luchar duro para conseguirlo, ha sido Dios quien ha hecho posible su realidad.

Ahora, en medio de aquella cena, Jesús convoca a sus amigos a realizar el mismo trayecto que hicieron sus antepasados para dar origen a un nuevo pueblo, comunidad, que quiera aportar una nueva forma de vivir uniendo libertad, justicia, amor y esperanza. El proyecto es *“apasionante”*, la tarea *“ardua”*, el plazo de ejecución *“tanto como la historia”*, la necesidad *“urgente”*. La base y el centro de este proyecto es el amor expresado en actitud de servicio.

Pero esto requiere una gran madurez personal, una gran libertad de ambiciones e intereses y una firme y convencida esperanza en las posibilidades de construir un mundo nuevo desde estos cimientos. En el nuevo proyecto van a ocupar un lugar central los menos válidos, los más sencillos y los más necesitados.

Todo eso va a tratar de responder a dos cosas: la primera es *“el deseo de dar gracias a Dios porque nos ha perdonado ya a todos”*. Somos la comunidad de los que se saben perdonados. La segunda es *“la necesidad de ocuparnos con seriedad, sencillez y constancia en la instauración de una convivencia más humana, más pacífica, más alegre”*. Somos una comunidad de todos hermanos.

La celebración de este día es por tanto el recuerdo vivo de la última cena de Jesús y la celebración de un compromiso que hacemos con Él para hacer posible, entre todos, este proyecto suyo. Comiendo el pan evocamos a todas las víctimas de la historia, hechas presentes en Jesús, y nos ponemos a disposición de Dios y de los necesitados del mundo para evitar más víctimas y hacer posible la alegría, la libertad y la vida para todos sin distinción.

## **VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR**

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12.): *Él tomó el pecado de muchos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): *Mi reino no es de este mundo.*

Las autoridades han declarado culpable a Jesús y lo remiten a Pilato; lo acusan de ser uno de los caudillos nacionalistas. De aquí la pregunta de Pilato y la respuesta de Jesús. Jesús aclara su actuación: No le mueven criterios de poder social, económico, militar o político. *«Su única fuerza es el amor»*. Aclarado el tema y ahora que no hay ningún peligro de triunfalismo, no descarta ser rey, pero su realeza consiste en dar testimonio de la verdad.

Verdad, que en el evangelio de Juan está unida a Dios como amor, como vida y luz, y expresa autenticidad, fidelidad y lealtad. Jesús es veraz, porque es auténtico, leal y fiel a Dios Padre de amor, y esta es su autoridad: dar testimonio de esta verdad. Amar a las personas por encima de ideología, e institución, dar vida en abundancia, sobre todo a aquellos a quienes se les niega, y dar testimonio de esta verdad en un mundo cuyo motor es la ambición de poder y del dinero. Ambición, que crea una ideología contraria a la verdad de Dios y del hombre y que justifica un orden social y legal, que priva al hombre de libertad y de vida plena; pero dar testimonio de la verdad en medio de un mundo de mentira es muy arriesgado, como se demuestra en la condena de Jesús.

A la actual crisis de esperanza y a este ambiente de desencanto que padecemos, ha contribuido, entre otras cosas, el que la confianza, totalmente necesaria para la esperanza, está gravemente herida, y su causa principal es, porque la confianza debe tener como base la verdad, la veracidad y la coherencia, y uno no puede fiarse de alguien que suele engañar, no es honrado y no es fiel a sus promesas y declaraciones. Y lo serio es que ni el Estado, ni la técnica, ni la industrialización, ni el militarismo, ni los sistemas educativo, sanitario y jurídico, son capaces en la actualidad de generar esperanza y confianza.

Ante esta situación de incertidumbre y desencanto, la propuesta de abrirse camino y generar esperanza es recuperar unos valores, bastante marginados y olvidados, y, por otra parte, tan necesarios, como son el amor a la verdad, la veracidad, la honradez, la fidelidad, la coherencia, etc. Por eso, mientras existan hombres que intentan vivir como hijos de Dios y hermanos universales hay esperanza para la humanidad, ya que en ellos se puede apoyar uno, porque son verdaderos.

La cultura de nuestra sociedad del bienestar y de la satisfacción, llamada “*indolora*” por algunos analistas, nos invita a no ver ya la cruz. Debemos vivir de espaldas a todo lo que huela a dolor y sufrimiento y disfrutar de buena vida, modas, playas y lujos. La cruz se reduce, a lo sumo, a la categoría de un puro símbolo religioso dentro del ámbito de la Iglesia y que paseamos en procesión cuando llega la Semana Santa, acompañada con el ruido acompasado de los tambores.

Ahora bien, la cruz en su origen no es “*una cosa religiosa*”, sino una terrible realidad sangrienta. La cruz significa la violencia despiadada que unas personas ejercen sobre otras; los fuertes y poderosos sobre los débiles e impotentes. La cruz expresa una amarga realidad de la historia de la humanidad. Fue ideada para aterrar a las personas que gritaban por su liberación, torturando hasta la muerte a los rebeldes al sistema. El que haya leído algunos informes sobre torturas, asesinatos y genocidios, se dará cuenta de que no se trata de una cosa rara y extraña.

No es Dios quien alza la cruz, sino los amos de este mundo para tener controlado y sometido al pueblo. No es Dios quien hace sufrir. Pero, el amor a la vida y en favor de la vida, el amor a las personas pisoteadas, la solidaridad con los condenados al silencio, el favorecer que aflore la aflicción y las quejas de los excluidos, es un amor que tiene un precio y hay que pagarlo muy caro. El mundo de la mentira, de la ambición, de la codicia, no tolera a estas personas, las considera como una gran amenaza, y tratará de eliminarlas por todos los medios.

Por eso, persiguieron a los profetas, crucificaron a Cristo y siguen persiguiendo y crucificando a los que intentan seguir al Crucificado, que optan, como Él, por amar a todas las personas, sobre todo, saliendo en su defensa cuando son maltratadas, y oprimidas. Pero esta cruz se transformará en el árbol de la vida. En Cristo crucificado el madero seco del sufrimiento comienza a reverdecer.

Elegir la vida y el amor significa abrazar la cruz, ya que significa oponerse y resistir a la injusticia, al sistema opresor y creador de desigualdades inhumanas; por eso acepta y asume la cruz, porque ama la vida y la dicha para todos. Estas cruces unidas a la de Cristo son el árbol de la vida; su comprensión nos conduce a entender en profundidad la Resurrección.

# «ÉL ESTÁ VIVO»

29/17 abril 2022

## DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Pasó haciendo el bien.*

Salmo (117, 1-2.16-17.22-23): *«Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró en el sepulcro; vio y creyó.*

El viernes terminó rápido y sombrío. La muerte del Crucificado, acaecida unas horas antes de que cayera el día, al menos permitió conseguir su cadáver, prepararlo un poco de prisa y llevarlo al sepulcro nuevo, no muy distante del sitio de la ejecución. Todos habían regresado a sus casas, pues tan pronto como se ocultara el sol empezaría aquél sábado, y con él las fiestas y los ritos de Pascua.

El cuerpo de Jesús quedó en el sepulcro. Un sepulcro nuevo de uno de sus discípulos secretos. Él y otros habían preparado el cadáver con los perfumes y unguentos más caros. Pero ellas no habían podido hacer su pequeña parte, esa parte de los ritos funerarios que al menos deja la sensación de haber hecho todo lo que se podía.

No, no habían podido dormir, así que muy temprano, el primer día de la semana, tomaron los perfumes que habían preparado y, bajo la guía de María Magdalena, salieron rumbo al sepulcro. Ellas sabían dónde lo habían puesto, habían visto a los hombres que le dieron sepultura, así que la caminata fue casi a la carrera y en dirección precisa. *“El amor pone alas a los pies”*.

Estaban ya cerca del lugar cuando cayeron en la cuenta de que la piedra que sellaba el sepulcro era muy pesada y no podrían quitarla. ¿Quién nos ayudará a correrla?... Llegaron y vieron que la losa había sido retirada. ¿Quién lo había hecho? ¿Y para qué? Su desconcierto creció al no ver el cuerpo yacente de su Maestro.

Al pronto vieron unos varones de ropajes resplandecientes que las llenaron de miedo, oyeron: *«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?»*. Esas palabras parecían explicarlo todo y llenarlas de esperanza: *«No está aquí: ha resucitado»*. Los discípulos tenían que saber la noticia.

Hicieron el camino de regreso, con los perfumes intactos y el corazón en ascuas. Al llegar las palabras se amontonaban en la boca de cada una de ellas y los discípulos pensaron que desvariaban. Se sintieron molestas por la incredulidad de los hombres, pero si ellos les trajeran esa misma noticia, también les resultaría difícil de creer.

A mí no me sorprende que haya muchos que no nos crean. Me sorprende que durante veintiún siglos haya muchísimos que han creído y muchos que han soportado hasta la misma muerte porque no se puede dejar de proclamar lo que es la certeza más grande que abriga su mente y su corazón: *«¡Él está vivo!»*.

Detengámonos y reflexionemos sobre lo que estamos celebrando: Hace unos meses celebrábamos la noche santa en la que la luz del Señor envolvió a unos pastores para anunciar a todo el pueblo una buena noticia *«Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor»*. Aquel niño fue creciendo delante de Dios y de los hombres, a los que llamó hermanos. Pasó haciendo el bien, optó por los oprimidos y pecadores. De sus labios brotaron palabras de vida eterna.

Llamó bienaventurados a los pobres, a los que lloran y sufren; a los que luchan por la paz y la justicia y a los perseguidos por su causa. Las fuerzas del mal lo colgaron en una cruz, pero Dios lo resucitó y glorificó. Y hoy nosotros somos en el mundo testigos de su vida y de su Pascua. Jesús camina a nuestro lado, solidario con nuestras penas y alegrías. Está vivo, sobre todo en quienes hoy siguen siendo con Él crucificados.

La cruz y la muerte no tienen la última palabra. En Jesús han triunfado el amor y la vida, la entrega y el servicio. El dar la vida por los demás, han sido entrañablemente abrazados por Dios, nuestro Padre. Jesús es el primogénito de muchos hermanos en camino hacia la resurrección definitiva en Dios.

Jesús es la víctima que, por amor a todos los hombres, muere para que otros no mueran, para que todos tengan vida abundante. Él es el hijo de Dios, lo que acontece en su muerte y resurrección tiene alcance extrahistórico, vale para todos los hombres y todos los tiempos. Aquel morir es por todos. La voluntad homicida es superada y absorbida por un amor más grande que el pecado y la muerte, aquel que pende del madero es aquel que ha muerto y resucitado por nosotros.

La tumba está vacía, el muerto está vivo para siempre; su amor, su entrega y su perdón han sido acogidos por Dios resucitándole de entre los muertos. El hombre está frente al infinito de la misericordia y del perdón de Dios. La vida nueva que brota para nosotros de la entrega de Jesús, al resucitar con Él nos está llamando a perdonar también nosotros a todos, es una de las actitudes que el mundo espera de los cristianos.

**Hermanos: ¡Feliz y dichosa vida nueva en Cristo resucitado!**

## **DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos, 5, 12-16): *Todos se reunían con un mismo espíritu.*

Salmo (117, 2-4.22-24.25-27a): *«Dad gracias al Señor porque es bueno y eterna su misericordia»*

2ª lectura (Apocalipsis, 1, 9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el Primero y el Último.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Bienaventurados los que crean sin haber visto.*

Jesús Resucitado se presenta ante sus discípulos atravesando las puertas que tenían cerradas por miedo a los judíos. Ni para sus discípulos de entonces ni para nosotros ahora hay palabras de reproche por la cobardía o la negación; no hay regaños por el temor o las dudas: solo su deseo de paz. Una presencia y una paz que suscita alegría.

*«Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo».* Son palabras dirigidas a los discípulos de todos los tiempos: a esos discípulos que a veces nos encerramos por miedo, a los que enmudecemos por la experiencia de nuestra fragilidad, a los que nos sentimos desterrados por los que no quieren escucharnos, a los que nos acomodamos o pensamos más en nosotros mismos y preferimos no arriesgar.

Id, abrid las puertas, salid a llenar el mundo de salud, de vida, de perdón y de alegría. *«Recibid el Espíritu Santo».* Este es el gran regalo de la Pascua. No solo la certeza de que el que había muerto ahora vive, sino el hecho de que el viviente nos haga partícipes de su mismo Espíritu y solidarios con su misma encomienda. La misión es permanente, el horizonte es universal y el don del Espíritu es irrevocable.

Misericordia y perdón. Paz y comunión. Gracia y gozo. Si no hay reprimendas de parte de Jesús, ¿cómo no acoger ese mismo Espíritu?, que comienza a actuar ante todo dentro de la misma comunidad. Ocho días después, el deseo de paz de parte de Jesús sigue vigente. Ahora en la pequeña e incipiente comunidad ya se encuentra Tomás. Para él va también el deseo de paz. Y Tomás el dudoso se convierte en Tomás el creyente: *«Señor mío y Dios mío».* Sus titubeos, como los miedos de los otros, han sido sanados por pura misericordia.

*«Porque es ya hora de levantaros del sueño; que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz».* Con estas palabras exhortaba Pablo a los cristianos de Roma.

Ya se va alargando el día y, en consecuencia, las noches se hacen más cortas. Así nosotros, con la experiencia del crucificado resucitado, deberíamos morir a todo lo que hemos vivido en los años anteriores (acortar la noche), para comenzar a vivir esa vida nueva que nunca se va a terminar (iluminando las miserias del presente) podremos descubrir la forma de vivir “resucitados”.

Si no lo hemos descubierto en los ritos repetidos, aunque solemnes, dentro del templo tendremos que salir a la vida de los crucificados en la negación permanente, y ahora creciente, de los derechos elementales de la gente de nuestro mundo, para darles la vida que les corresponde y pertenece: Acompañando a estas gentes y a estos países con miles de desplazados a causa del hambre y la guerra. Acogiendo su experiencia global de vida, secuestrada y perseguida, y también sus formas de relación con la historia de su pueblo y compartir con ellos este trozo del camino. Seguro que esas experiencias nos enriquecen.

En solitario, cada uno por nuestra cuenta, es difícil hacer un camino de largo recorrido; es preciso proyectar con otras personas, distribuirnos los pasos que vamos a dar, contar con todos y tirar para adelante. Animar a los cansados, empujar más fuerte cuando los temas se ponen cuesta arriba, pedir ayuda, estar dispuestos echar una mano donde haga falta y, sobre todo, celebrar los pequeños pasos, las metas alcanzadas y el sentir cómo la vida late y crece donde se comparte, se ayuda y, así, llega para todos. Esta ha de ser siempre nuestra mayor preocupación y, sobre todo, nuestra ocupación.

El hacer compete a todas las personas, el ocuparse de las cosas de nuestro mundo también; pero el ser y sentirse comunidad es propio de los seguidores y seguidoras de Jesús. Él nos envía a nuestro mundo para mostrar en cualquier parte que estemos que nuestro ser se realiza siendo con los otros, *«sean de la nación que sean, sean libres o esclavos, sean hombres o mujeres»*, para todos ha resucitado (comenzado a vivir con una vida siempre nueva) Jesús, el Señor de todos.

El Viviente se hace presente en nuestras habitaciones cerradas por el miedo; el Viviente se hace presente en nuestras comunidades frágiles y pecadoras; el Viviente se hace presente también para los que dudan; el Viviente se hace presente en los ciudadanos del destierro y en las casas de los pueblos; el Viviente se hace presente en los refugiados y en los hambrientos; el Viviente se hizo presente a sus discípulos, está presente en nuestra comunidad y seguirá presente de muchas maneras a lo largo de nuestra historia. Su presencia siempre nos llena de alegría y sus palabras son siempre de paz: *«No tengas miedo».*

## **DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 5, 27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

**Salmo** (29, 2 y 4.5-6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

**2ª lectura** (Apocalipsis, 5, 11-14): *Al que está sentado en el trono y al Cordero la alabanza.*

**Evangelio** (Juan 21, 1-19): *Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*

Tanto en el domingo de Resurrección como en los domingos posteriores de este tiempo pascual, los evangelios concentran la atención en los encuentros del Resucitado con los discípulos Pedro y el Amado. Jerarquía y Amor, dos pilares sobre los que Cristo resucitado fundamenta su Comunidad Eclesial.

La relación afectiva teologal con Jesús descubre su autoridad, que está presente de principio a fin en la vida de Cristo Jesús. Aunque para mucha gente moderna esta autoridad resulta problemática, la manifiesta con su Palabra, su llamada, su mirada que penetra hasta lo profundo, con su iniciativa, con sus opciones... Se la puede percibir como una amenaza, como una autoridad psicológica, como autoridad moral, o como autoridad que se te impone desde la experiencia de su amor entregado hasta la muerte por nuestros pecados. Amor que pretende definir nuestra existencia: *«El que ame más a su padre que a mí, no es digno de mí»*. Esta es la autoridad de su señorío: *«Sígueme»*. Cuando le dejamos que Él tome la iniciativa en nuestra vida, es cuando damos paso a la nueva vida que nos ha sido regalada en el Misterio pascual.

En el diálogo entre Jesús y Pedro, en la orilla del lago después de la resurrección, Pedro reconoce que no puede amar a Jesús desde sí, sino solo desde Él. Es entonces cuando Jesús le dice: *«¡Sígueme!»*. Este es el amor del seguimiento. El diálogo concluye: *«Cuando eras joven ibas donde querías, cuando seas mayor otro te ceñirá y te llevará donde no quieras»*. Así le anunciaba de qué muerte iba a morir, pues el amor teologal del seguimiento tiene como forma de misión la cruz. El amor de misión está configurado por la cruz: *«Llamado a compartir los sufrimientos de Jesús para compartir su gloria»* (Filipenses, 3).

En Pedro constatamos los dos momentos del amor del seguimiento. Cuando es llamado por Jesús al inicio de su misión pública, Pedro ama a Jesús desde sus expectativas mesiánicas (fruto de las corrientes mesiánicas de su tiempo). En el encuentro del Resucitado con él y con el discípulo amado, Pedro ya puede seguir a Jesús desde un amor que purifica su fe en Cristo Jesús. Amor fundamentado en la vida nueva que toma la forma de amor entregado hasta la muerte. Pedro, representante de la jerarquía en la Iglesia, habrá de escuchar el testimonio del discípulo amado, ya que el amor siempre va por delante en el descubrimiento del Resucitado, pero no prescinde la jerarquía.

Cuando la existencia de Simón Pedro transcurría tranquila, entre las faenas de la pesca y su vida familiar. Cuando ya su vida transcurría de forma un tanto anodina; un amanecer, cuando volvían tras una infructuosa jornada de pesca, se les acerca un joven preguntando si tenían pescado. Al contestarle negativamente, dice: *«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis»*, y la pesca fue abundante. Juan dice: *«Es el Señor»*, Pedro cae al agua, se viste (porque estaba desnudo) y prepara el desayuno a Jesús.

*«¡Sígueme!»*. La invitación de Jesús debió de resonar fuertemente en los oídos de Simón Pedro recordándole todo cuanto había sucedido. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?... ¡Unos pocos meses! Una historia que arrancó intempestivamente, que se fue llenando de expectación. Un viaje a Jerusalén que no terminó como lo había soñado tras esa entrada mesiánica de Jesús en la ciudad santa que presagiaba el triunfo y la gloria; que había dado un vuelco inesperado con su confrontación con las autoridades de su pueblo y terminó en muerte de cruz con la connivencia de los odiados y temidos romanos.

Bien hubiera querido seguirle hasta la muerte, si era preciso, pero le flaquearon las rodillas, se le agitó el corazón, le tembló la voz y se sorprendió escuchándose a sí mismo decir: *«No lo conozco»*. ¡Qué vergüenza! ¡Cuánta cobardía! Y, al mismo tiempo ¡cuánta verdad! *«No lo conozco»*. Lo conocía junto al lago, lo conocía al mirarlo, lo conocía en sus palabras, lo conocía en sus signos, lo conocía en su trato con los pobres... pero ahora atado como un criminal, empujado, humillado, débil, vencido..., así *«No lo conozco»*.

¿Quién iba a imaginar que era así como debía suceder? Es cierto que algo había dicho, pero no lo entendieron en ese momento... No. Cuando todo parece ir bien, nadie quiere abrir los oídos para escuchar hablar de sufrimiento, de dolor y de muerte.

Y ahora, en el lago, tratando de pescar a falta de más que hacer. Era de noche, la pesca deseada no llegó, las redes seguían vacías, los cuerpos desnudos y sudorosos por el trabajo, los músculos agotados. *«Muchachos, ¿han pescado algo?»*. «¡Echen las redes!». ¡Amanece! ¡Hay peces! ¡Hay alguien...! *«¡Es el Señor!»*.

*«¡Sígueme!»*, en el anuncio del Reino de Dios. *«¡Sígueme!»*, en la conducción de mi rebaño. *«¡Sígueme!»*, en la dedicación total de tu vida. *«¡Sígueme!»*, con valentía y entrega generosa. *«¡Sígueme!»*, hasta el final de tu vida. *«¡Sígueme!»*, después de la noche llega el amanecer. Después de la muerte hay resurrección. Más allá de nuestro cansancio nos espera el gozo de una comida compartida. A pesar de nuestra debilidad y nuestro pecado, al partir el pan de la Eucaristía resuena en nuestros oídos la palabra: *«¡Sígueme!»*.

## **DOMINGO CUARTO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 13, 14.43-52): *Yo te he puesto para que lleses la salvación.*

**Salmo** (99, 1b-3.5): *«Nosotros somos su pueblo»*

**2ª lectura** (Apocalipsis, 7, 9.14b-17): *Estos son los que vienen de la tribulación.*

**Evangelio** (Juan 10, 27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz.*

La primera lectura de hoy es una expresión, muy bien sintetizada, del conjunto de tensiones que fueron apareciendo entre los primeros cristianos y los judíos, todos ellos procedentes de la comunidad judía. Unos y otros creyentes en el Dios del Antiguo Testamento, pero unos entusiasmados por la predicación que de Dios hacía Jesús de Nazaret, mientras los otros ya habían rechazado a Jesús.

Bien pronto, el judío radical Pablo, convertido a la nueva fe, abre la puerta a la entrada de no judíos en la sinagoga, es decir, a poder ser considerados como miembros de pleno derecho del pueblo de Dios. Y en eso, los que son herederos históricos, genéticos y religiosos de la fe de Israel no están dispuestos a ceder.

Todavía hoy resuena con frecuencia esta misma cuestión. Para unos son cristianos los bautizados e inscritos en los libros parroquiales. Para otros son los que practican los sacramentos. Para otros, son los que cumplen la moral cristiana que sería tener sensibilidad social y ayudar al prójimo o cumplir los mandamientos. Todo eso nos hace pensar.

Para los teólogos de aquella segunda generación de cristianos que se plantearon la cuestión y tuvieron que dar respuesta al problema de la relación con otras religiones o de los mismos cristianos entre sí, no son las diferencias externas, ni el cumplimiento moral, ni la sensibilidad social, ni la pertenencia a un partido u otro. Tampoco lo son las relaciones jurídicas con la institución correspondiente, ni la pertenencia a grupos de tradición bien contrastada y de costumbres muy implantadas. Lo decisivo para marcar el ser cristiano en sentido original y profundo es la actitud que se adopta ante Jesús y su Palabra, que es la que marca la diferencia con cualquier otra religión.

Al cristiano le corresponde la expresión “Padre” para referirse a Dios. Jesús tuvo ese título en su boca continuamente como clara forma de distinguirlo frente a las denominaciones que otros podían utilizar para referirse a Él, pero no evocaban las mismas cosas que ese nombre tan familiar y bueno, tan lleno de ternura, compasión y preocupación.

Si hay quien dice que la infancia y la relación con los progenitores conforman el patrimonio psicológico y social de la personalidad, habrá que darles la razón a quienes, como Pablo, vieron enseguida que este Dios no es igual ni el mismo que el de los fariseos, al que ellos consideraban Juez.

Vivir la alegría de un Dios como el de Jesús es lo propio de un tiempo como el de Pascua que nos invita a ver, poco a poco, todas las consecuencias que tuvo la Resurrección para nosotros.

Tal vez, en algún momento de mi pasado, pensé que la vida eterna era para los que se morían, y, como entonces yo era muy joven, pensaba que eso tardaría un buen rato. Pero, al pasar los años, fui cayendo en la cuenta de que la vida eterna no es algo para después, ya que desde el bautismo fuimos sumergidos en la vida de Jesús, y Él tiene vida eterna. Jesús, en el texto del evangelio que leemos hoy nos dice: *«Yo les doy vida eterna»*. No dice: “Les daré”, sino “les doy”. Mi vida como cristiano es ya vida eterna, si acojo ese don de Dios y escucho su voz.

**¡Vida eterna!** No quiere decir “vida larga”, “muchos años”, “años colmados de bienes” o “años rodeado de gente amable”; es más que todo eso: es la vida de Dios, vida divina, vida eterna. El Buen Pastor, el Resucitado, nos ofrece que no pereceremos jamás y que nadie nos arrebatará de su mano, porque somos sus ovejas, las que escuchan su voz.

Son tantas las voces que reclaman nuestra atención hoy en día que es necesario aguzar el oído para poder distinguir la voz de Jesús: *«Mis ovejas escuchan mi voz»*. Es demasiado lo que está en juego como para perdernos la voz de Buen Pastor entre nuestros ruidos cotidianos, los que nos imponen y los que nos procuramos. Sin embargo, son las ovejas que escuchan y reconocen su voz las que a su vez son conocidas por el Pastor, las que le siguen.

Con lo fácil que hubiera sido para Pablo y Bernabé, quedarse en casa, entre los suyos, atendiendo sus negocios y viviendo tranquilamente hasta su venerable ancianidad, dejaron sus casas, su gente, sus bienes, y se pusieron en camino... ¡miles y miles de kilómetros a pie!, yendo de pueblo en pueblo, exhortando a todos a permanecer fieles a la gracia de Dios. Entraron en sinagogas que no conocían, se sentaron a hablar con gente extraña, arriesgándose a ser malinterpretados, rechazados, insultados y perseguidos... ¿Y todo para qué? Para que todos pudieran escuchar la voz del Buen Pastor a través de su predicación y se mantuvieran fieles a esa gracia.

Pero no nos equivoquemos. Los protagonistas en la Iglesia no son los discípulos Bernabé, María Magdalena, Lucas o Priscila, ni tampoco los apóstoles Andrés, Juan, Santiago o Tadeo, tampoco los gigantes de la fe, Pedro y Pablo. La protagonista es la **Palabra de Dios**.



## **DOMINGO QUINTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos, 14, 21b-27): *Hay que pasar muchas tribulaciones para entrar en el Reino.*

Salmo (144, 8-13b): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey»*

2ª lectura (Apocalipsis, 21, 1.5a): *He aquí la morada de Dios entre los hombres.*

Evangelio (Juan 13, 31-33a.34-35): *Amaos unos a otros, como yo os he amado.*

La liturgia del día de hoy nos recuerda el carácter, esencialmente misionero de la Iglesia. Estamos en la recta final del tiempo de Pascua y está ya muy cerca la festividad de la Ascensión del Señor a los cielos, y en este acontecimiento de la Ascensión, Jesús promete a sus discípulos el envío del Espíritu para ser sus testigos hasta los confines de la tierra.

Por ello, la palabra de Dios nos presenta hoy, el primer viaje de Pablo y Bernabé a las ciudades del Asia Menor, para anunciar al Resucitado y esto nos muestra que el anuncio del Reino no se limita a Jerusalén ni siquiera a Israel, sino que abarca hasta los confines de la tierra y es Cristo resucitado quien acompaña, guía y conduce la evangelización de la Iglesia; y evangelizadores, animan a aquellos primeros discípulos de entre los gentiles y los **«exhortan a perseverar en la fe diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios»**. Con ello están recordando las palabras del Maestro que anunciaba a los discípulos que el camino hacia la Gloria pasa por la pasión y la muerte.

Por ello, la Iglesia debe recorrer en este mundo el camino de la cruz que es una parte del camino total, cuyo final es la gloria sin fin. Cristo resucitado acompaña a su Iglesia en el camino de la cruz, pero conduciéndola hacia el final de luz y de gloria que son los cielos nuevos y la tierra nueva, será un universo nuevo donde **«Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque el primer mundo ha pasado»**. Por esto, el camino de la cruz que debe recorrer la Iglesia, desemboca en este universo nuevo, que supone el triunfo definitivo de Cristo, la implantación definitiva del Reino de Dios.

Pero la espera de este universo nuevo no puede ser una excusa para dejar de actuar en este mundo, nos recuerda el último Concilio en la constitución sobre la Iglesia en el mundo: **«La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»** (Gaudium et spes, 39). Lo que significa que tenemos que ser en este mundo testigos de la Resurrección y, para ello, mostrar que hemos sabido morir al hombre viejo y resucitar con Cristo, y esta resurrección implica vivir en el amor, porque, nos decía el evangelio que la señal del discípulo de Cristo es vivir en el amor. Solo amándonos los unos a los otros podremos ser en este mundo testigos del Resucitado y constructores de los cielos nuevos y la tierra nueva, ya en este cielo y en esta tierra.

Pablo y Bernabé no eran turistas ni viajaban por placer. Algo les inquietaba por dentro y no les dejaba asentarse en un solo lugar durante mucho tiempo. El Espíritu de Dios les hacía sentir la urgencia de evangelizar y de animar a los discípulos de aquellas nacientes comunidades. Decidirse a ser cristiano, entrar en el Reino de Dios, vivir al modo de Jesús, exige perseverancia en la fe, y eso es lo que querían lograr esos grandes evangelizadores.

Esos evangelizadores nunca hubieran admitido el refrán que dice *“Más vale malo conocido que bueno por conocer”*. No, el Espíritu siempre los animó a ir encontrando lo bueno por conocer en muchos pueblos, razas y culturas y a ofrecerles lo más bueno y lo más nuevo, el Evangelio.

**«Amaos unos a otros»**. Muchos de nosotros, llevamos el corazón cargado de resentimientos y rencores que hacen pesadísimo nuestro caminar; no nos atrevemos a dejarlos, nos aferramos a ellos y nos cuesta intentar vivir en la libertad, mediante un nuevo comienzo basado en el perdón y la reconciliación. Muchos de nosotros hemos optado por ser más bien *“repetitivos”* negándonos a posibles cambios, preferimos la rutina: los descuidos de siempre, los errores de siempre, los vicios de siempre, los olvidos de siempre, las agresiones de siempre, las burlas de siempre, los chismes de siempre, las improvisaciones de siempre...

Soportamos el lastre de una historia en la que privilegiamos la memoria de los momentos fallidos y las experiencias amargas, y, si acaso, recordamos los otros momentos, los de felicidad y plenitud, es casi siempre con nostalgia, más que con un afán verdadero de recordarlos para cambiar aquello que nos parece que podría ser mejor.

Es verdad que hoy admiramos a las personas *“creativas”*, aquellas que siempre pueden aportar algo nuevo a algún aspecto de nuestra existencia para enriquecerla. Gracias al Espíritu Santo algunas personas, que gozan de ese talento, son las que se han reunido para reflexionar y preparar el Sínodo para la Renovación de la Iglesia que, para estos tiempos, ha convocado el papa Francisco.

## **DOMINGO SEXTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos, 15, 1-2.22-29): *Haréis bien en apartaros de todo eso.*

Salmo (66, 2-3.5-6.8): *«Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Apocalipsis, 21, 10-14.22-23): *La ciudad santa que descendía del cielo.*

Evangelio (Juan 14, 23-29): *El que me ama guardará mi palabra.*

Conocemos la agri dulce sensación de ver que alguien se va para mejorar su situación, aumentar sus conocimientos, aprovechar una buena oportunidad laboral, incluso para casarse y formar un nuevo hogar. Nos da gusto y nos alegramos por esa persona, porque de alguna manera va a mejorar o a cumplir su vocación en la vida, pero queda el resabio amargo de la despedida, de la distancia, de la separación.

¿Será verdaderamente posible alegrarse por la partida de alguien a quien se ama? Jesús no titubea al decirlo: **«Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre»**. No podríamos alegrarnos de tu partida si antes no nos hubieses asegurado que tu Padre y tú, y el Espíritu de ambos, harían en nosotros tu morada.

Antes estabas con tus discípulos, te veían y tocaban, te escuchaban y te sentían cerca, compartían contigo sus alimentos. No nos alegra que te vayas; nos alegra que, yéndote de un modo, te quedes de una nueva manera en lo más íntimo de cada uno de los creyentes. Nos alegra porque ya no solo habitas “entre nosotros”, sino “en nosotros”. Ahora, tu existencia resucitada ha roto todos los límites y te permite vivir en cada uno de los que te amamos y, amándote nos esforzamos en ir cumpliendo tu palabra.

Es con la certeza de esa presencia divina en nuestras vidas: **«Haremos en él nuestra morada»**, con la certeza de que somos morada de Dios, con la certeza de que el Espíritu nos va enseñando y recordando todo cuanto Jesús nos dijo, es con esa certeza con la que podemos animarnos unos a otros a vivir como hoy nos exhortas a hacerlo: **«No pierdan la paz ni se acobarden»**.

Hermanos, no somos huéspedes en la casa de la Iglesia, esa a la que a veces equivocadamente llamamos “*casa de Dios*”. ¡Nosotros somos la casa de Dios! Es en nosotros en donde habitan el Padre, el Hijo y el Espíritu de Amor. La divina presencia nos acompaña en todas partes. Dios habita en cada bautizado y hace de él su morada para siempre.

No perdamos la paz ni siquiera cuando algunos de entre nosotros nos alarmen y nos inquieten, como bien advirtieron los apóstoles a las primeras comunidades. Hay causas de esa inquietud que nos llegan desde fuera, pero también hay otras, más nocivas a veces, por ser más sutiles, que brotan desde dentro, de dentro de la comunidad o de dentro del mismo creyente: **«Nos hemos enterado de que algunos de entre nosotros los han alarmado...»**. En esas circunstancias busquemos la voz interior del Espíritu y escuchémosla con atención. El Señor es nuestra paz. Él es nuestra fortaleza.

Nuestras vidas están trabadas por palabras. Ellas dicen lo que las cosas significan, confiriendo sentido a la realidad. La palabra es poderosa, y por eso Juan al comenzar su evangelio llama Palabra al Hijo de Dios. Jesús es la acción más poderosa y amorosa de Dios sobre el mundo, la que le confirió su sentido primero y último. Hoy Juan también habla de las palabras de Jesús, de lo que él decía como Palabra de Dios. Nosotros somos los destinatarios de estas preciosas palabras: ¿Qué hacemos con ellas? ¿Para qué las usamos? ¿Cómo las guardamos? En ello nos la jugamos como cristianos.

Vivimos en tiempos convulsos para la experiencia religiosa: cuestionada y puesta en evidencia; hasta su carácter humanizador está en entredicho. Ante ello se levantan muchas veces en la Iglesia las voces de una “*religiosidad a la defensiva*”, donde las palabras de Jesús sirven para protegerse de los ataques de fuera y para distinguirse hacia dentro. Pero tomar la palabra cristiana como un mero signo de identidad “*a la defensiva*” la convierte, como ocurría en las primeras comunidades, en una nueva Ley, que separa a los auténticos cristianos de quienes no lo son.

En el polo opuesto, en cierta medida, se da la actitud religiosa que no da ningún otro uso a las palabras evangélicas que aquel que poseen para la experiencia interior del creyente. Las palabras de Jesús confortan la vida del cristiano, elevan su espíritu y lo llevan a Dios, para reconocer su gloria, como cuenta el Apocalipsis. El hombre y la mujer de fe saborean la Palabra de Dios, y así rinden culto. Pero este uso espiritual de las palabras de Jesús se puede quedar encerrado en sí mismo o recluso en el Templo: una “*religiosidad del confort*”.

El poder transformador de las palabras de Jesús no puede recluirse, sino que se abre al cambio de la realidad según el proyecto de Dios. Las palabras cristianas hablan de valores como la generosidad, la solidaridad o la paz y, sin embargo, si se usan para acomodarse a ellos, el creyente de una religiosidad que “*queda bien*” con la mentalidad actual puede olvidar el origen y la meta de las palabras de Jesús, pues Él no da la paz como la da el Mundo.

Jesús, en el evangelio de hoy, nos invita a que guardemos sus palabras, pero no para defendernos, ni para estar confortables, ni tampoco para acomodarnos en buenos valores, sino para hacer sitio a Dios en nuestras vidas, para que él more en nosotros y así poco a poco, transformándonos a nosotros mismos, seamos la voz de sus palabras.

## **DOMINGO DE LA ASCENSIÓN**

1ª lectura (Hechos, 1, 1-11): *Aguardad que se cumpla la promesa del Padre.*

Salmo (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Hebreos, 9, 24-28; 10, 19-23): *Cristo se ofreció para quitar los pecados de todos.*

Evangelio (Lucas 24, 46-53): *Vosotros sois testigos.*

Hay sectores en que existe cierta fascinación por la monarquía. Que está al tanto de lo que ocurre en las escasas dinastías reales que sobreviven en este siglo XXI: quién es quién, quién se casó con quién, quién abdicó y quién no se decide a hacerlo, quién es el heredero o si se permite que sea heredera, que boda fue más vistosa y en cuál hubo más asistentes, cuantos reyes y reinas andan por ahí vagando a ver quién le reconoce sus derechos, etc.

Pero hay todavía más que se dedican a la fabricación de sus propios monarcas populares: la reina de la moda, el rey de la canción, la emperatriz de las novelas, el príncipe de la música o el rey del fútbol. También tenemos la reina de la feria o del festival, las princesas del colegio o del barrio y toda suerte de emperadores, reinas, reyes, príncipes, princesa y demás.

Nuestro mundo occidental ha buscado a través de muchos medios constituirse en una sociedad verdaderamente democrática: “*El pueblo manda y sus votos son los que deciden*”. Pero en muchos lugares eso no ha sido fácil. Por un ansia de ser más grandes, poseer más y tener más poder se subyuga al pueblo, se invaden territorios y se originan guerras. Parece que pasamos por una época en que se ha establecido una lucha por ascender coartando el respeto a la libertad de los individuos y sus opciones políticas. ¿Cómo convencernos de que la auténtica grandeza se mide por la capacidad de hacer felices a los que nos rodean?

Los cristinos nos reunimos para celebrar a alguien que también ascendió, pero no precisamente por su popularidad ni por pertenecer a alguna dinastía hereditaria:

- *¿Sangre real?* Si la tenía, pero la escondió muy bien. Él nació en una familia muy humilde, creció en un pueblito sin mayor interés, no hizo nada memorable en sus años juveniles y, cuando al fin se decidió a dar un paso hacia el mundo, lo hizo como predicador itinerante del Reino de Dios.
- *¿Popularidad?* La suya era más bien escasa. No alcanzó siquiera que algunos votaran por Él a la hora de librarlo de la cárcel y de la muerte. Completamente extraño para los círculos de poder político, militar o religioso, rechazados por todos los que cuentan fue condenado a una muerte ignominiosa de cruz.

Aunque Jesús no había sido un “*tipo popular*”, recibió un voto de calidad, el voto que en definitivamente cuenta, el de su Padre, el Dios de la vida, resucitándolo de entre los muertos y llevándolo junto a sí. **¡Jesús entra en el mismo cielo!** Es llamado a participar en la misma vida de Dios Padre para siempre. Y a falta de mejores palabras, a eso le llamamos «*Ascensión*», la fiesta del señorío de Jesús que hoy celebramos. A nosotros nos deja fortalecidos por su Espíritu y nos da su bendición para que la compartamos por todos los rincones de la tierra.

Los discípulos de Jesús se sentían bendecidos por Él, que los había llamado a seguir sus pasos. Él les había regalado su bendición, infinidad de veces, en su palabra con mensajes de vida. Había curado enfermos, perdonado a pecadores, resucitado muertos, acogido a extranjeros... **¡Toda una bendición!** Y en su último encuentro con los suyos se despidió bendiciéndolos... Hoy también lo sigue haciendo, Él nos bendice y nos acompaña en el camino de la vida, en medio de las alegrías y dificultades el Señor sale a nuestro encuentro.

Pero la confianza de los discípulos en Jesús quedó debilitada en la cruz del Gólgota. Los suyos no entendían por qué tuvo que morir en una cruz. No era lo esperado y no lograban hacerse a la idea. Pensaron que todo había acabado hasta que, primero unas mujeres, y luego, progresivamente, el grupo de los discípulos experimentaron la presencia viva y real del Señor resucitado. ¡No les había dejado solos! ¡Estaba vivo y seguía con ellos! En ocasiones también nosotros podemos pensar que él nos ha abandonado. Son los momentos de oscuridad y de cruz, las situaciones inciertas y las ocasiones de dolor. Sin embargo, es entonces cuando está más cerca de nosotros.

Jesús insiste en su compromiso de presencia. Su Espíritu es quien alienta la vida de la comunidad y protagoniza la edificación de la Iglesia. El Espíritu nos revitaliza para seguir con la misión. Celebrar la ascensión del Señor es profesar que Él sigue con nosotros, para siempre y que nos capacita para seguir sus pasos. Jesucristo nunca abandonó a los suyos ni tampoco a su Iglesia. Es nuestra certeza y nuestra confianza. Aunque, en ocasiones, la barca de la Iglesia sea zarandeada y pensemos que el Señor se ha dormido, Él sigue siendo quien lleva el timón, aglutina la comunidad y alienta nuestro testimonio.

«*¿Qué hacéis mirando al cielo?*». El Señor nos quiere con los pies en la tierra, cerca de los que sufren y están solos, al lado de aquellos que no encuentran un horizonte de vida, junto a los débiles y desorientados. Nuestro corazón y nuestra vida se apoyan, sin duda, en Dios, pero nuestras manos deben estar tendidas a todos, nuestros ojos atentos a la realidad, nuestros oídos abiertos a quien nos llame y nuestro tiempo... dedicado a la misión que Jesús nos ha encomendado. La vocación de la Iglesia y de cada cristiano es ser testigos del Señor en todas las circunstancias de nuestra vida. Jesucristo nos acompañará siempre. Él nos bendice.

## **DOMINGO DE PENTECOSTÉS**

**1ª lectura** (Hechos, 2, 1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

**Salmo** (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

**2ª lectura** (Romanos, 8, 8-17): *Somos hijos de Dios.*

**Evangelio** (Juan 14, 15-16.23b-26): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

Dicen que el sol brilla para todos, aunque nos hemos ingeniado para evitarlo cuando no deseamos que brille más de la cuenta. Basta pensar en los techos, puertas, ventanas, cortinas y otros artilugios domésticos con los que intentamos recibir solo la luz que deseamos. O pensemos en los sombreros, gorras, lentes oscuros, lociones protectoras y demás medios que empleamos cuando no nos queda sino estar expuestos a la intemperie y a un brillo solar que puede ser demasiado para nuestros ojos o para nuestra piel. O sea, que el sol brilla para todos, pero a veces preferimos un poco de sombra.

El aire resulta indispensable, a pesar de su obstinación en traernos junto al necesario oxígeno, otra cantidad de cosas, algunas deseadas, como los diversos aromas de las flores y otras indeseables, como el polvo y toda suerte de contaminantes. Por supuesto, ya hay aparatos para contar las veces que respiramos por minuto, por día o por año y estadísticas que nos aportan la cantidad que respiramos durante una vida. Se ha calculado los litros de oxígeno que nuestros pulmones requieren para funcionar adecuadamente a lo largo de nuestra existencia.

A nosotros vivientes y creyentes, Dios nos hace llegar otro Aliento, su Espíritu, Señor y dador de vida, que todo lo renueva. Necesitamos ese Don de Dios, porque a veces cerramos las puertas y ventanas de nuestra morada, nos aislamos porque queremos nuestro espacio. Necesitamos al Espíritu Santo, porque a veces aun estando con otros en el mismo lugar nos aferramos a nuestra individualidad y no sabemos o no queremos crear comunidad. Necesitamos al Espíritu Santo, porque se multiplican a nuestro alrededor los ruidos de esta tierra, a veces tenues, a veces armoniosos, a veces ensordecedores e intolerables, pero no nos llega el ruido del cielo, el rumor de Dios.

Necesitamos al Espíritu Santo porque los vientos soplan en todas direcciones y nos agitan y nos zarandean, y a veces incluso les permitimos que nos lleven sin rumbo ni meta. Necesitamos al Espíritu Santo porque hay demasiados fuegos que nos queman, nos consumen, nos abrasan sin dejarnos nada a cambio. Necesitamos al Espíritu Santo porque, a fuerza de querer que los demás sean como nosotros, hemos ido produciendo una monotonía humana en la que no se distinguen ni se aprecian los diferentes dones.

Celebramos Pentecostés. Dios Padre es una Comunidad de Personas. Nos había dado a Jesús. Y ahora nos entrega el Espíritu Santo, su Fuerza permanente, que hace Su Morada en cada persona que quiere vivir abierta a este Amor. *Ven dulce huésped del alma. / Descanso de nuestro esfuerzo. / Entra en el fondo del alma y enriquécenos. / Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro. / Riega la tierra en sequía, infunde calor en el hielo. / Salva al que busca salvarse, y danos tu gozo eterno.*

El Espíritu es capaz de hacernos nuevos, de transformar la vida. La lectura de Hechos nos lo hace ver. Aquellos seguidores de Jesús estaban encerrados, llenos de miedo; estaban juntos, pero solo uno al lado del otro; sentados, sin ánimo para hacer nada. Y llegó el Espíritu y lo cambió todo. Dios tomó la iniciativa, recibieron el empuje y la Fuerza que necesitaban. Y hablaron lenguas nuevas. Ya no había puertas cerradas, sino tarea y misión por todo el mundo, testigos de Dios en una Comunidad llena de misericordia, samaritana atenta a las necesidades de cada hermano. Testigos creíbles del Padre que se da a todos sus hijos, sin ninguna reserva.

Queremos responder a este Don del Padre y de Jesús. Nuestra vida ha de ser agradecimiento a esta grandeza. Es Jesús Quien pide al Padre un Defensor, Alguien que esté siempre con nosotros, que habite y haga Morada en nosotros, que nunca nos deja solos, que nos conduce hasta la Verdad. ¡Cómo no hacer nuestro este ruego!: *«Envía tu Espíritu y repuebla la faz de la tierra»*, haznos un Pueblo, que en el mundo manifieste tu gloria, que es la vida de las personas.

Y si el Espíritu habita en nosotros, como nos dice Pablo, esto es algo permanente. Irrumpe en la existencia. Y esto se tiene que notar, es la Vida nueva que transforma. Está en cada uno, y está en la Iglesia. Estamos llamados a responder, a vivir en el Amor llevando Amor. Somos hijos libres, herederos y coherederos con Jesús. Todas las grandezas se caen ante la unidad con que Dios nos quiere. Y con total “*garantía*”: es el mismo Espíritu que resucitó Jesús. Nadie puede dar más, ni ahora ni nunca.

Este Espíritu se ha manifestado para que seamos capaces de vivir como personas nuevas, en apertura y cercanía a Dios y a los demás. La vida de Jesús la tenemos que actualizar, y ha de ser significativa para todos. Porque todos estamos llamados a la Vida. Es decir, todos invitados a movernos y a actuar en bien de los demás. Este Don que recibimos conlleva hacer que crezcan los “*talentos*” para que en la entrega muchos puedan descubrir hoy a Jesús. Esta es hoy nuestra tarea para crear una Iglesia comunidad, de puertas abiertas, misericordiosa, que no juegue al descarte de los necesitados y marginados.

## **DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

1ª lectura (Proverbios, 8, 22-31): *Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo.*

Salmo (8, 4-9): *«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»*

2ª lectura (Romanos, 5, 1-5): *Estamos en paz con Dios.*

Evangelio (Juan 16, 12-15): *El Espíritu os guiará hasta la verdad.*

El domingo pasado, con la fiesta de Pentecostés, concluimos el tiempo pascual y regresamos al tiempo ordinario de la Iglesia; sin embargo, la liturgia nos sorprende hoy con esta fiesta, la Santísima Trinidad: **Padre**, el Amor que engendra (el que habla); **Hijo**, el Amor engendrado (su Palabra); **Espíritu Santo**, el Amor unitivo (su Hálito divino). La teología y la predicación balbuceaban ante el misterio de Dios. Dios es siempre más grande que cualquier cosa que podamos decir de Él. Dios se hizo carne en Jesús, su Hijo y dejó ver la gloria divina a los discípulos. A ellos los llenó de su Espíritu y aunque sin haber siquiera intentado dar nombre a este Misterio que se les revelaba, hablaron con fe acerca del Hijo de Dios y de su Espíritu Santo, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles.

No sé exactamente a qué se refería Jesús cuando dijo, en su despedida, a sus discípulos: *«Aún tengo muchas cosas que decirles, pero todavía no las pueden comprender»* (Jn 16,12). Sin duda, veía la escasa preparación de aquellos hombres sencillos que constituían sus discípulos. También para nosotros es difícil entender. Jesús podría hablarnos más de Dios, su Padre, *pero no lo podemos comprender*. Podría decirnos más de la vida que nos aguarda junto a Él, *pero no lo podemos comprender*. Podría intentar que vislumbráramos mejor lo que es la eternidad, *pero no lo podemos comprender*. Quizás algo más podría decir de su santo Espíritu, *pero no lo podemos comprender*.

Pero es con ese don de su Espíritu y bajo su guía como hemos podido dar algunos pequeños pasos hacia la verdad plena. Y, al menos, algo de esa verdad es lo que hemos ido comprendiendo de lo que Él nos ha venido comunicando, y no al margen de Jesús, sino en Él y con Él: *«Todo lo que tiene el Padre es también mío, por eso os he dicho que “todo lo que el Espíritu os dé a conocer, lo recibirá de mí»* (Jn 16,15).

Estas estrechas relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu nos pueden evocar (con las debidas reservas) la imagen de una familia humana. En una verdadera familia los lazos son estrechísimos y están basados en el amor. La Trinidad es también un misterio de amor. Por amor Dios Padre creó el mundo, la naturaleza y el hombre. Por amor, Dios redimió a la humanidad a través de su Hijo Jesucristo. Por amor, Dios continúa asistiéndonos con la fuerza de su Espíritu Santo. A lo mejor, lo realmente importante no es explicar tanto la Trinidad, sino intentar vivir cómo ella, siempre desde el amor.

El evangelio de hoy forma parte de un discurso más amplio pronunciado después de la Última Cena (Jn 16,1-15), en el que Jesús instruye a los suyos sobre la necesidad de la venida del Espíritu Santo. En pocos versículos el autor del cuarto evangelio nos presenta y nos pone en estrecha relación a las tres personas de la Trinidad. El evangelista describe con detalle las relaciones estrechas que unen a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu. Desde el texto de hoy aprendemos que la Revelación de Jesús (y por tanto de Dios) no quedará completa hasta que no llegue Él, el Espíritu Santo. Así el Espíritu no se presenta como algo poco importante, sino todo lo contrario, solo gracias a Él llegaremos a la comprensión plena de la verdad.

El Espíritu Santo cumplirá, cuando Jesús no esté, la misión de hacerlo presente. Será como el garante de su memoria para que los hombres nunca olvidemos ni su mensaje ni su persona. Y teniendo a Jesús presente en nuestras vidas, tenemos asegurado el acceso al Padre: *«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»* (Jn 14,9). La relación entre Jesús y el Padre es sumamente estrecha: *«El Padre y yo somos uno»* (Jn 10,30). A Jesús le hemos escuchado igualmente decir en otro momento: *«Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»* (Jn 14,11).

Por eso, el Espíritu solo nos puede transmitir a Dios. Lo que escucha, lo que aprende, lo que oye al lado del Padre y del Hijo, esto es lo que nos ha de comunicar. Esto es lo mismo que Jesús hizo en su ministerio terrestre, Él solo hizo y dijo lo que había oído y visto hacer a Dios Padre: *«Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí»* (Jn 12,50).

En una fiesta como esta, no nos queda sino abrirnos a esa Verdad plena que el Espíritu intenta comunicarnos. No nos queda sino disfrutar del amor que Dios ha infundido en nuestros corazones por medio de su Espíritu Santo, que Él mismo nos ha dado. Creaturas en el tiempo y en el espacio, seres finitos, pero objetos del amor singular de Dios, que nos ama y nos elige y nos adopta como sus hijos: *“estamos en relación con el Padre”*. Buscadores de la verdad, siempre insatisfechos con lo que ya sabemos y siempre en camino para seguir aprendiendo. Ansiosos de encontrar el sentido de nuestra vida y menesterosos del amor que nos pone en comunión: *“estamos en relación con el Hijo que se hizo carne”*. Necesitados de profundidad en la vida, del amor que une, que sana, que reconcilia. Deseosos de vencer nuestro aislamiento, para compartir lo que hemos recibido, impulsados a vencer todas nuestras fronteras: *“estamos en relación con el Espíritu de Dios”*. **¡Gloria a la Santísima Trinidad!** Aunque no lo podamos comprender.

**DOMINGO: CUERPO Y SANGRE DE CRISTO**

1ª lectura (Génesis, 14, 18-20): *Sacó pan y vino, y lo bendijo.*

Salmo (109, 1b-4): *«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros.*

Evangelio (Lucas 9, 11b-17): *Dadles vosotros de comer.*

Recuerdo desde niño haber visto el pan en la mesa familiar. Al inicio de la comida, mi padre o mi madre lo partía en trozos y lo repartía entre todos mis hermanos. Era un gesto sencillo y cotidiano. Pasado el tiempo, al recordar y dar sentido a lo vivido, he comprendido que aquel gesto de partir el pan y repartirlo tenía una significación profunda. En aquel hecho aparentemente ordinario, había escondido un secreto.

El secreto, el sentido profundo, es que en aquel pan también se daba la vida de la madre y la vida del padre. Aquel pan había sido ganado con trabajo y sudor, con dedicación y entrega. Y, ahora, al partirlo y ponerlo en las manos de los hijos los padres se daban así mismos. Todo el cuidado, todo el amor se concretaba en aquel trozo de pan. Era como, sin palabras, los padres nos dijeran: *“comed este pan, fruto de nuestro trabajo y de nuestro amor por vosotros, comedlo pues en él va nuestra vida”*.

A los discípulos de Jesús les sucedió algo parecido. En el tiempo de duelo que vivieron tras la desaparición del Maestro y al abrigo del amor que sentían por él, fueron recordando su vida y sus palabras y, lentamente, fueron comprendiendo el sentido profundo de todo lo acontecido en su vida. Y las palabras que Jesús había pronunciado en la Última Cena comenzaron a adquirir una fuerza y una luminosidad desconocida hasta entonces para ellos. El corazón les ardía de emoción. Era verdad. En aquellas palabras: *«Tomad y comed», «Tomad y bebed»,* se concentraba toda su vida de amor entregado.

En palabras de san Pablo: *«Que el Señor Jesús, la noche que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía”*».» Para nosotros, esa cena del Señor se ha vuelto la parte más conocida de nuestro culto, y la vemos con toda naturalidad, a pesar de que ni siquiera el vocabulario ha sido constante en todas las épocas: al mismo rito que llamamos *“la cena del Señor”*, se le ha denominado mesa del Señor. Fracción del pan, sinaxis, eología, misa, eucaristía... y otros nombres más.

Jesús encuentra en ese alimento cotidiano el mejor símbolo de su propia existencia. El pan es el fruto de la tierra y del trabajo de la gente. Un fruto que cumple su misión cuando pierde su propia existencia mientras da vida a quienes lo consumen. Y ante la inminencia de su muerte, Jesús toma ese símbolo de su vida en sus propias manos. **¡No le arrebatan la vida, sino que Él la quiere entregar!**

Es emocionante pensar que Jesús, bien consciente de lo que va a ocurrir, no tiene palabras de queja, sino oración de agradecimiento. **¡Da gracias!** Él, que va a ser entregado a una muerte prematura e injusta, tiene el corazón rebosante de gratitud.

**«Haced esto en memoria mía»,** les había dicho. Ya no lo olvidarían jamás. Desde entonces, sus palabras y el gesto de volver a comer el pan y beber el vino se convirtió en el acontecimiento que sostendría la vida de las comunidades cristianas. Hasta hoy. Pasados los siglos, el lugar privilegiado donde entrar en comunión con Jesús, donde escuchar sus palabras, donde comulgar con su vida hecha pan y vino es la cena del Señor, la Eucaristía. Es el Corpus Christi.

Ese pan partido hay que repartirlo entre los comensales de la cena y los comensales de la vida, como nos indica el relato de la multiplicación de los panes. Jesús les dio los trozos de pan *“para que se los sirvieran a la gente”*. Por eso, cada vez que con nuestras palabras y acciones contribuimos a que en este mundo haya menos hambre de pan, de justicia y de sentido; cada vez que compartimos el vino de la alegría para que en la mesa de la vida haya menos soledad y menos tristeza, hacemos posible la cena del Señor. **«Haced esto en memoria mía»,** nos dice cada vez que celebramos la Eucaristía.

**¿Qué es lo que hemos recibido y, a su vez, debemos transmitir?** No se trata solo de celebrar la eucaristía; se trata de aprender a vivir eucarísticamente. Y así, *“cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, proclamamos la muerte del Señor, hasta que vuelva”*. Nuestras celebraciones nos ayudan a mantener la tensión entre la vida diaria y ese final que anhelamos y, *“hasta que Él vuelva”*, tenemos el privilegio de colaborar con el Señor para que a todos les llegue el pan que necesitan: **«Denles ustedes de comer»**.

Más, ¿cómo hacerlo, Señor?, si no ponemos en tus manos nuestros cinco panes y dos pescados. ¿Cómo ayudar, en nuestras familias?, a que cada uno vaya descubriendo la necesidad de que solo vale la pena una vida que se parte y se entrega. Si tú, Señor, no bendices nuestros panes para poder darles de comer.

**DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (1ª Reyes 19, 16b.19-21): *Unge profeta sucesor tuyo.*

Salmo (15, 1-2a. y 5.7-8.9-10.11): *«Tú eres, Señor, el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5, 1.13-18): *Para la libertad nos ha liberado Cristo.*

Evangelio (Lucas 9, 51-62): *Te seguiré adondequiera que vayas.*

Si la palabra “*libertad*” fuera un verbo, se tendría que conjugar siempre en futuro. No es que la libertad no tenga historia, pero se trata de una historia inconclusa. “*¡libertad!*” ha sido el grito de guerra de los hombres y los pueblos que buscaron sacudir la opresión que otros hombres u otros pueblos ejercieron sobre ellos. Ha sido el sueño de esclavos, siervos, campesinos, obreros y muchos hombres que en épocas diversas han sido sometidos de una u otra manera a condiciones inhumanas. Ha sido y sigue siendo el anhelo de quienes se encuentran en cautividad, justa o injustamente.

Como podemos advertir, la libertad entra de lleno en la trama de la historia humana, pero es un asunto que parece no acabar de resolverse satisfactoriamente. Hasta en nuestras pequeñas historias personales seguramente hay más de un episodio en el que pensamos, dijimos o gritamos: “*¡Quiero ser libre!*”. Nos libramos de una u otra forma de opresión para caer en otra. Nos sacudimos de unos dominadores para caer con frecuencia en manos de otros iguales o peores. Rompemos unas cadenas y descubrimos otras nuevas, más pesadas o más ligeras, pero que imposibilitan la libertad completa.

«*Cristo nos ha liberado para que disfrutemos de libertad*». Cuánta emoción hay contenida en este grito de Pablo. Él ha experimentado la libertad que da Cristo y la ha anunciado con pasión, para enterarse de que, apenas ha dejado una pequeña comunidad en busca de formar otra en alguna otra ciudad o región, la que quedó atrás se olvidó de la libertad y se echó encima de nuevo el yugo de la esclavitud. Tenemos miedo a la libertad, pero las palabras de Pablo conservan toda su vigencia: «*Su vocación, hermanos, es la libertad*».

El que utiliza la palabra “*libertad*” como pretexto para darle vuelo a su egoísmo no es libre. Es libre el que ama a su prójimo como a sí mismo. Es libre el que se deja guiar por el Espíritu de Dios. Es libre el que permite que el Espíritu lo saque de su desorden interior. Es libre el que no se contenta con cumplir la Ley, sino que va por la vida haciendo el bien impulsado por el Espíritu.

En el pasaje evangélico de este domingo Jesús se muestra muy exigente. A la primera de las personas que se acerca a él, ilusionada en poder iniciar un camino de seguimiento, Jesús le dice: «*Las zorras tienen madrigueras y las aves nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza*». Parece que lo estuviera desanimando diciéndole algo así como esto: “*Yo me lo pensaría un poco más porque esto no es fácil*”. Jesús no quiere engañar a nadie. En los dos siguientes encuentros es Jesús quien toma la iniciativa y llama: «*Sígueme*». Ninguna de aquellas personas le dice que no, pero ambos le piden un poco de tiempo: el primero para enterrar a su padre y el segundo para despedirse de la familia. Las respuestas de Jesús son duras y nos pueden sonar demasiado exigentes, incluso inhumanas. «*Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios*», le contesta al primero. «*El que echa la mano en el arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios*», le dice al segundo.

¿Por qué Jesús, al que hemos conocido tan humano, tan cercano y sensible a la vida de la gente, se expresa ahora de este modo tan exigente? ¿Acaso está en contra de enterrar a los muertos y despedirse de los seres queridos? Claro que no. Con estas imágenes, tan claras y contundentes, Jesús desea situar a sus discípulos en la novedad y en la radicalidad del Reino. Cuando Jesús llama y le decimos que sí, la vida ya no puede volver a ser la misma que antes de conocerlo. Cuando Jesús llama y le decimos que sí, ya no podemos vivir la vida con otros intereses y valores que no sean los del reino, que no sean los de Jesús.

La palabra “*sígueme*” en labios de Jesús es exigente. Los apóstoles fueron los primeros en escuchar aquella llamada. El evangelio dice que, aquellos hombres, al escucharla «*dejaron las redes y lo siguieron*» (Mt 4,20). «*Sígueme*», sigue diciendo Jesús todos los días. ¡Hoy también! Es una llamada a los cristianos de este momento, a nosotros y a todas las personas que, buscando una luz, una fe, un sentido, un mundo más humano, un amor infinito, desean encontrarse con Él y seguirlo por los caminos del Reino.

¿Tendremos hoy la valentía, cada cristiano, cada uno de nosotros, cada comunidad cristiana y el conjunto de la Iglesia de escuchar su voz y decir “*si*”, de poner la mano en el arado y no mirar para atrás? En cada época, su llamada suena con un tono peculiar y en esta época nuestra, la llamada suena a que hemos de despertar en cada uno de nosotros la luz de la fe en Él, de la confianza en Él, de atrevernos a vivir con un estilo que se parezca al de Él.

**DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías 66, 10-14c): *Alegraos de su alegría.*

**Salmo** (65, 1-3a. 4-5.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

**2ª lectura** (Gálatas 6, 14-18): *Dios me libre de gloriarme.*

**Evangelio** (Lucas 10, 1-12.17-20): *La mies es abundante y los obreros pocos.*

Jesús, ungido con el Espíritu Santo para anunciar la Buena Nueva, tan pronto como comienza su misión empieza a llamar a discípulos. ¿Qué necesidad tenía él de colaboradores? Y si quería alguna forma de ayuda, ¿por qué buscar gente tan poco preparada, humanamente, para la tarea? ¿Por qué no dedicarles más años a un entrenamiento más serio y a un aprendizaje más profundo? ¿Por qué no, mejor, hacerlo él solo? Los datos son unánimes. Desde el principio de su misión, llamó a discípulos, escogió a los Doce e invitó a otros a que le acompañaran más o menos permanentemente. Lucas nos recuerda hoy, que *«designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante»*. Y nos narra los inicios de la aventura evangelizadora de aquellos primeros misioneros. Son muchas las cosas que nosotros discípulos misioneros del siglo XXI, podemos aprender de un pasaje que, a primera vista, parece tan sencillo.

Jesús confiere a los suyos una nueva identidad. El cambio de nombre de Simón a Pedro, el nuevo oficio a los pescadores y cobradores de impuestos, así como la nueva vida a los pecadores... son expresiones de la nueva vida del discípulo. La nueva identidad es participar del proyecto de amor de Dios al mundo y ser testigo de la buena nueva del Señor. Nosotros también somos enviados a anunciar el Evangelio y a mostrarlo con nuestra vida, nuestros sentimientos, y nuestras acciones. El discípulo siempre sigue los pasos del Maestro. La Iglesia entera continúa la misión de Jesús, es su razón de ser.

La auténtica seguridad del seguidor de Cristo es el mismo Dios. En ocasiones nosotros, nuestras comunidades cristianas (y hasta la misma Iglesia) estamos tentados de pensar que las influencias, los bienes o la historia garantizan la misión. Nada más lejos de la realidad. El único garante es el mismo que nos envía y que ha dado su vida por nosotros: Jesucristo. Él envía su Espíritu que nos fortalece. Cuando ponemos la confianza en nuestras fuerzas nos alejamos del Señor. Solo Él es quien puede, por medio de nosotros, contagiar su mensaje en la vida de las personas hoy.

El amplio grupo de los setenta y dos vuelven felices expresando que *«hasta los demonios se nos sometían»*. Su triunfo es en el nombre del Señor. Esa es la medida del éxito. ¿Vivimos y actuamos en el nombre del Señor? La acción eclesial y el compromiso del cristiano están siempre referidos a Jesucristo. Solo así puede ser fecunda la misión de la Iglesia. Hoy dudamos del éxito de nuestra acción misionera. Nos fijamos mucho en los números, pero el Evangelio nos recuerda que la ganancia es el encuentro con el Señor. El motivo de alegría es que nuestros nombres estén *«escritos en el cielo»*, y que, en todo momento, vivamos y actuemos *«en el Señor»*.

La Iglesia realiza la misión que Jesús le encargó y todo en ella busca el anuncio del Evangelio. Los cristianos estamos llamados a ser *“discípulos misioneros”* que, en comunión con otros, mostremos a Jesucristo hoy. El primer paso es el encuentro con el Señor, pero es imprescindible nuestra confianza en Él. La oración para que no falten *«obreros»* en esta gran tarea de contagiar el Evangelio empieza por pedir fuerza, ilusión y alegría para quienes ya estamos enrolados con esta misión y continúa con nuestro compromiso de convocar a otros para que, puestos los ojos en el Señor, sean testigos del Evangelio en toda situación.

El evangelizador no se autoenvía. Es elegido y enviado por Jesús. No se trata de una falta de iniciativa, que buena falta le hará en el desempeño de su misión; se trata del reconocimiento de su calidad de colaborador en una misión que le rebasa completamente. Su libertad es respetada, pero la elección para la misión la hace el Señor. Pablo es el discípulo misionero a quien mejor conocemos en la Iglesia primitiva. Pero, por otro lado, no es sino un distinguido eslabón de una cadena que parte del mismo Jesús, el enviado del Padre, y que se extiende a través de hombres y mujeres que, a lo largo de la historia y, alentados por el mismo Espíritu, en las distintas épocas de la Iglesia hemos sido invitados a participar en su misión.

El evangelizador no va solo. Ante todo, va en *“nombre de Jesús”*. Pero, además, es enviado en pequeña comunidad, *«de dos en dos»*. ¡Parece que a la Santísima Trinidad no le gustan los individuos solitarios! En comunidad no hay espacio para protagonismos estériles; hay Iglesia; hay imagen de Dios-Trinidad. El trabajo puede parecer abrumador, pero el evangelizador no olvida que es solamente un colaborador de Dios en su obra; por eso no piensa en dobles turnos o en horas extras, sino en rogar al Señor de la mies que envíe más trabajadores a sus campos. Al evangelizador le toca hacer su parte, hacerla bien, muy bien, pero no es el dueño de la mies.

Además, el evangelizador, en su misión, debe ser consciente de que los demás tienen libertad para acoger o no su mensaje, por lo cual no se desanima ante el rechazo, sino que aprende a dejar atrás las experiencias amargas, *«sacude el polvo de sus pies»* y continúa anunciando el gozo del Reino de Dios que llega ya.



## **DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Deuteronomio 30, 10-14): *Escucha la voz del Señor, tu Dios.*

Salmo (68, 14 y 17.30-31.33-34.36ab y 37): *«Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón»*

2ª lectura (Colosenses 1, 15-20): *Cristo Jesús es imagen de Dios invisible.*

Evangelio (Lucas 10, 25-37): *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.*

«**Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?**». La pregunta que un maestro de la Ley le propone a Jesús no estaba exenta de dificultad. Podemos casi adivinar la mirada de complicidad que dirigiría a otros escribas, como insinuando burlonamente: “*A ver con qué nos sale este*”. Jesús no está ansioso por demostrar que conoce la Ley, por eso revierte la pregunta: «**¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?**». Es como si Jesús le dijera: “*El doctor eres tú, lúcete con tu respuesta*”. Y aquel experto contesta con toda su ciencia, en un tema que era ampliamente discutido.

No era ciencia lo que le faltaba a aquel doctor. Lo que parece que le faltaba era caridad, y quizás no poca humildad, le sobraba amor propio y soberbia. Conocía bien la Ley y sus tradiciones. Sin duda, habría escuchado a los mejores maestros de su tiempo y habría discutido ampliamente sobre los innumerables preceptos de la Ley. Él ya había llegado a sus conclusiones, y hemos de reconocer que había acertado al entresacar entre tantos preceptos y mandamientos aquellos que eran verdaderamente cruciales: «**Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu ser, y al prójimo como a ti mismo**».

Lo que no se esperaba aquel doctor es que Jesús no se pusiera a discutir, a buscar matices, o a leer la letra pequeña, sino que aceptara sin más su respuesta y le propusiera una parábola. En la misma formulación de la primera pregunta del doctor de la Ley está la raíz de sus propias dificultades. Él quería saber qué tenía que hacer para “*conseguir*” la vida eterna. Buscaba cómo iba a conseguirla, pero al responder que la Ley nos pide ante todo amar: **¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?**, cae en la cuenta de que no debe obtener o conseguir, sino dar, y eso es bastante más difícil.

«**Anda y haz tu lo mismo**». No se trataba de adquirir algo más, se trataba de entregarse completamente en el amor a Dios, como la Ley y el mismo lo ha atestiguado: «**con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas...**». Pues el que ama no adquiere, no consigue, sino que se entrega, se da. El camino a la vida eterna solo se recorre en la vivencia continua de esa gran paradoja: “*adquiero cuando doy, consigo en la medida que me entrego*”. No es sencillo amar a Dios, hacer de Él nuestra prioridad. No es sencillo, ciertamente, aunque es lógico y razonable. Amar al prójimo, pero... **¿quién es mi prójimo?**

El heroísmo, como actitud ante la vida y forma de generar modelos sociales, es una señal de identidad de la cultura occidental: desde el semidiós Aquiles hasta los admirables mortales como Alejandro, César, Carlomagno o Napoleón. Además de los heroísmos guerreros clásicos, los ideales religiosos de santidad o los profanos de desarrollo individual también marcan nuestra cultura en la cristiandad y en la modernidad.

Hoy y siempre los héroes han sido de cómic, es decir, que sirven para crear historias: destacando entre la masa, adquieren fama y marcan un modelo de comportamiento para todos los demás; pero un modelo inalcanzable si no se tienen superpoderes. Los héroes logran así una vida eterna en la memoria de los demás. También hay, un heroísmo más descafeinado, de cine y show televisivo, que crea historietas más banales de márketing y publicidad.

En el Evangelio no encontramos este tipo de heroicidades. El mismo Jesús aparece como el antihéroe que fracasa y logra la paz **«por la sangre de su cruz»**. Lo que encontramos es fundamentalmente un mensaje, cuyos principios son el amor a Dios y al prójimo, como una misma actitud ante el mundo, que habla de otro tipo de heroísmo, al que todos estamos empujados –por eso es un mandato– y que no excede nuestras capacidades, sino que conocemos atendiendo a nuestro corazón. Se trata del heroísmo que extiende el amor de Dios descubierto en uno mismo.

En las historias que nos cuenta el Evangelio, como la del buen samaritano, los héroes se llaman **«prójimos»**: los que se aproximan anónimamente al necesitado. Y los villanos no son intrínsecamente malvados sino aquellos – como el levita o el sacerdote de la parábola– que, a pesar de conocer los principios sagrados, prefieren dar un rodeo indiferente ante el objeto del amor: la persona que necesita ser amada, protegida, cuidada.

Etimológicamente la palabra “*héroe*” significa “*el que protege y cuida de otro*”. Jesús nos enseña que para ser un auténtico héroe uno ha de salir de sí mismo –alejándose del propio ego– para acercarse como **«próximo»** al que necesita que lo amen como ama Dios. La compasión es el valor fundamental del “*héroe anónimo*”. Es necesario reivindicar una cultura y una ética de la compasión, del auténtico heroísmo, sobre todo en tiempos donde se ha institucionalizado en las conciencias –y hasta en los programas políticos– la xenofobia, el rechazo al pobre, y la invisibilización de las personas apaleadas, machacadas y abandonadas en las cunetas.

## **DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Génesis 18, 1-10a): *Señor mío, no pases de largo junto a tu siervo.*

**Salmo** (14, 2-3ab.3cd-4ab.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

**2ª lectura** (Colosenses 1, 24-28): *Llevar a plenitud la Palabra de Dios.*

**Evangelio** (Lucas 10, 38-42): *Ha escogido la parte mejor.*

La primera lectura de hoy sorprendente para nosotros, personas que vivimos en una cultura occidental y que tenemos dificultades para “escuchar”, aunque “oigamos bien”. Abrahán nos enseña a ser acogedores con personas desconocidas. Se trata de una virtud que ha desaparecido casi por completo en nuestras sociedades que viven en la cultura de la desconfianza al forastero, al migrante, al extranjero, el extraño o diferente es alguien que inspira desconfianza; a veces es alguien a quien debemos temer, incluso alguien a quien podemos o debemos rechazar. Ciertamente, no parece haber ninguna regla vigente que nos diga que se trata de alguien a quien haya que respetar. Ninguna regla que diga “hay que amar”.

Además, Abrahán “escucha” el mensaje de aquellos personajes que vienen en nombre de Dios. ¿Nosotros escucharíamos a alguien que nos trae un mensaje sorpresa, que no esperamos? Más aún, si ese mensaje proviniera de Dios, ¿qué pensaríamos? Abrahán se nos presenta como alguien que “acoge y escucha” a aquellos personajes que entran en su vida, en su casa, para comunicarle que las promesas (el nacimiento de un hijo) se cumplirán.

El contrapersonaje de Abrahán es el de Sara. Su papel es el de la desconfianza. Hace lo que le pide su marido (hospedar a los viajeros); pero no va más allá. No es capaz de “escuchar” el mensaje de aquellos personajes, si bien los “oye” perfectamente. No es lo mismo “oír” (uno de los cinco sentidos), que “escuchar” (que presupone atender y acoger). Sara representa a tantas personas que no han desarrollado esa capacidad.

**«Por disposición de Dios, yo he sido constituido ministro de esta Iglesia para predicarles por entero su mensaje».** Con estas palabras, san Pablo da cuenta a los cristianos de Colosas la profunda conciencia que tenía de su propia misión. Era algo que no dependía de él, pues la iniciativa la había tomado Dios mismo. No se trata de escudarse tras la decisión de otro, pues Pablo ha asumido por completo esa disposición divina. Tampoco se trata de una prerrogativa que lo pone por encima de los demás, pues sabe de sobra que se trata de un “ministerio”, es decir, de un servicio que debe prestar a esa comunidad convocada por Dios.

Pablo ha sido llamado por Dios para servir, y ha aceptado de muy buena gana y con total libertad esa misión, y, puesto que la ha aceptado, sabe que debe llevarla a cabo bien, por lo cual debe predicar el mensaje “por entero”, sin añadiduras y sin descuentos. El anuncio que hace Pablo a los cristianos colosenses es **«el designio de Dios, oculto por muchos siglos y ahora revelado al pueblo santo».**

**¡Es de esperar algo inaudito, sorprendente, maravilloso!** Un designio divino que acaba de ser revelado y del que Pablo es portavoz. Esperaríamos una noticia de primera plana, a ocho columnas, la noticia del día. ¿qué digo? ¡La noticia del siglo! Una noticia que atañe no solo al pueblo de Israel, ni solo a los cristianos que leen la carta, sino que atañe al mundo entero. ¿Se dan cuenta, hermanos, de qué noticia se trata? Es posible que, en la escucha del texto de la carta que hoy hemos proclamado, esa gran noticia haya quedado diluida entre las demás palabras que escuchamos: **«Cristo vive en nosotros y es la esperanza de la gloria».**

Casi siempre, los viajeros tienen historias que contar. También las tienen los extranjeros y los migrantes, también las tienen los extraños y los peregrinos, y, por supuesto, las tiene Dios, que se hace samaritano, que se hace viajero, que se hace nuestro y diferente al mismo tiempo.

María podía haberse acomodado a la costumbre y, en la casa desempeñar el papel esperado y habitual de: **¡mujeres, a la cocina!** Era preciso acoger, pero María no es la perezosa que prefiere sentarse en vez de trabajar. María es la valiente que rompe los convencionalismos poniéndose a los pies de Jesús a escucharle. Qué escucha: ¿rumores, anécdotas, chascarrillos? No. Escucha las palabras de Jesús. Si leemos la Palabra de Dios desde su interior, desde el ser y sentir del pueblo judío, sabemos que es más que un simple detalle: el creyente se distingue por ser “escuchante”. El ejemplo a seguir, para todos los que se toman en serio la fe, es el de “María-que escucha la palabra”.

No es cuestión de poner ejemplos contrapuestos. Marta lo hace bien: se preocupa de que todo esté a punto. Pero falla en algo. Está agobiada y tiene el corazón “cerrado”. No hay que hacer una lectura maniquea de una hermana contra otra; que una sea la buena y otra la mala. Menos aún que los “espirituales” son más perfectos que los “pragmáticos”. Ahora bien, Marta, en su exceso de generosidad, no había dejado tiempo ni espacio para la escucha de la palabra de Jesús.

Podemos dar un paso más. La fe nace de la escucha atenta de la Palabra de Dios, de la Palabra de Jesús, que se acoge y se recibe con humildad y atención, y que transforma nuestro ser totalmente. Sin duda que podemos llegar a grandes metas en nuestra actividad, pero la fe, no lo olvidemos, nace de la “escucha que acoge”.

## **DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Génesis 18, 20-32): *¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable?*

**Salmo** (137, 1bcd-2a.2bcd-3.6-7ab.7c-8): *«Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor»*

**2ª lectura** (Colosenses 2, 12-14): *Poe el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y resucitado con Él.*

**Evangelio** (Lucas 11, 1-13): *Señor, enséñanos a orar.*

Esta es nuestra vida de cristianos, de hijos de Dios. La dignidad y grandeza nos viene dada, porque estamos llamados a vivir en la presencia del Padre. La Palabra de Dios nos acerca a esa relación de confianza y cercanía, de cada persona con Dios. Porque hemos sido creados por Amor y para el amor (a Dios y a los hermanos). Y porque nuestra oración-relación con este Padre lo llena todo; la oración no es un adorno, ni un añadido, a lo que ya somos y vivimos. Es ese clima y relación que ilumina toda realidad, en donde encontramos apoyo, sentido y fortaleza. “*Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste*”. La nuestra no ha de ser una relación como pidiendo razones o exigiendo comportamientos a Dios, sino algo natural, sencillo: la relación con un Padre del que esperamos en cada momento lo mejor que nos puede dar.

Abrahán, que vivió confiando en Dios, “*negocia*” y habla a su Señor, casi hasta el cansancio, desde la confianza total, pidiendo el perdón para los demás..., hasta conseguir la atención de Dios. Confianza e insistencia en mirar por los demás..., y apelar a la justicia de Dios que se manifiesta en favor de las personas. Dios no está lejos de su pueblo, de sus hijos, sino que mira y baja a ver las razones de su acusación. Aquí no hay ningún temor, sino total confianza en que, aunque exista razón para la condena, el amor del Padre se manifiesta en el perdón y la misericordia. No destruiré la ciudad, dirá Dios, sin encuentro en ella algún justo. Solo alguien de mucha confianza puede hablar a Dios como le habló Abraham. Pero él conoce a su Dios, él se sabe amigo de Dios y por eso pide, busca, insiste...

La relación-oración con Dios siempre es escuchada. No hablamos a una idea, sino a una presencia que nos guía por el camino de la vida, mostrándonos su Misericordia, porque el Padre nos ha dado su Vida y su perdón en Jesús. Llamados por el Bautismo, nos decía Pablo, por haber creído, vivimos en la Vida. No hay lugar para el abandono. Hay lugar para la Vida resucitada, porque todo mal quedó clavado en la Cruz de Jesús.

A veces seguimos preguntándonos cómo tiene que ser la oración. Que si solos o con los demás, que si en silencio o en medio de las tareas. Y Jesús, el Maestro de oración, también nos enseña. Sus amigos le dijeron: Señor, enséñanos a rezar, dínos Tú “*cómo*” se hace. Y Jesús se retira un poco, dedica tiempo, se abre a la relación y la escucha, y llama a Dios Padre nuestro. Ese es el modelo, que acompaña con la imagen de un amigo que insiste una y otra vez, y con la de un padre que nunca da nada malo a sus hijos. Jesús nos dice que el nuestro es un Padre/Madre con entrañas de amor y de misericordia que nos da lo mejor que tiene: su mismo Espíritu.

Jesús era un hombre de oración, pero, iba más allá de las oraciones de su pueblo. Sin duda habría aprendido las tradiciones de sus mayores y, entre ellas las referentes a las oraciones que se hacían en casa. Rezaría guiado por José, en agradecimiento por los alimentos de cada día. Repetiría el: “*Shemá Israel*” al entrar o salir de su casa. Asistiría, al llegar la edad adecuada, a las oraciones en la sinagoga, donde además escucharía y comentaría algunas palabras de la Ley o de los Profetas. Sin duda, podría recitar muchos salmos de memoria y se uniría así a la oración de su pueblo. Pero, además, buscaba momentos tranquilos y espacios solitarios para ponerse en oración. Y esto se le notaba.

«*Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos*». Cuando Jesús nos quiso enseñar a rezar, no nos puso delante del misterio de Dios haciéndonos reconocer nuestra insignificancia o pequeñez. No nos dijo que rezáramos diciendo: “*Dios todopoderoso*” o “*Augusta Trinidad*” o “*Señor mío*”, o cualquiera de las expresiones que a veces la liturgia o la devoción ponen en nuestros labios, y no sin razón. No, Jesús quiso que al rezar experimentáramos ante todo la gracia de un Dios que se nos hace cercano, “*familiarmente cercano*”, a quien nos invita a llamar «*Padre nuestro*».

El salmista también sabía estar con el Señor. El salmo 137 que recitamos hoy, nos ofrece un magnífico ejemplo de oración de gratitud: «*Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca*», repetimos como refrán entre los versos del salmo que nos recuerda que el Señor escucha nuestros ruegos, y por eso el salmista nos invita a cantar y a adorar al Señor. Y de una forma intensamente personal, concluían los versos que recitamos: «*Tu amor perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones*». Si lo entremezclamos con la oración de Jesús. Diríamos: “*Papá, soy tu hijo, soy tu obra; no me abandones, porque tu amor no conoce límites, tu amor perdura para siempre*”.

Jesús quiere que lo primero que aprendamos sus discípulos de todos los tiempos es que Dios está cerca, muy cerca, y que podemos decirle “*Padre nuestro*” porque somos su obra, hechura de sus manos, a quienes Él nunca quiere abandonar. Jesús quiere que aprendamos a estar con nuestro Padre, a quedarnos con Él. Y así, en esa comunión de vida poder vaciar ante Él, todo cuanto llevamos en nuestro corazón.

**DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23): *¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!*

**Salmo** (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación»*

**2ª lectura** (Colosenses 3, 1-5.9-11): *Buscad los bienes de arriba.*

**Evangelio** (Lucas 12, 13-21): *Guardaos de toda clase de codicia.*

Es muy difícil lograr que los herederos consideren justa, sea cual sea, la distribución de bienes. No faltará alguno que piense que a él o a ella debería tocarle algo más. Es casi seguro que habrá envidias y que en no pocas ocasiones, en lugar de recibir con gratitud lo que ni siquiera era suyo, comiencen a hablar mal de quien, en su opinión, no supo apreciar su valor, su dedicación, y dejarles todo lo que se merecen.

La primera lectura, comenzaba diciendo que “*todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión*”, o como dice la traducción más apegada al griego: **«Vanidad de vanidades, todo es vanidad»**. Lo peor es que, en opinión de Qohélet, esa no es la única vana ilusión. Vanidad, futilidad, carencia de sustancia, ilusión. Puede parecer una visión muy pesimista, pero en el fondo sabemos que en parte tiene razón. Qohélet, sin duda, comía, se vestía y se preocupaba del sostenimiento de su familia, aunque fuera austeramente.

La avaricia es una de las varias actitudes negativas que san Pablo ve que hay en nosotros y a las que pide les demos muerte. Él señala la avaricia como **«una forma de idolatría»**. El avaro, en realidad, no tiene dinero, es el dinero quien posee al avaro. San Juan de la Cruz, hombre de pequeña estatura, pero inmenso en santidad, escribió: **«En el ocaso de nuestra vida seremos juzgados en el amor»**. ¡En el amor! No en el éxito financiero. O en palabras de Jesús: **«La vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea»**.

No es fácil pensar y hablar sobre esto en una sociedad en la que muchos se dejan llevar por las apariencias y juzgan a los demás por la cantidad de bienes que poseen o por la cantidad de dígitos en sus cuentas corrientes. *“¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?”*. Jesús nos ayuda a poner las cosas en su lugar, con su invitación a no amontonar riquezas para uno mismo y a hacernos ricos de lo que vale ante Dios.

No estaría mal, si todavía no lo hemos hecho, que reflexionemos bien sobre nuestra herencia, esa que hemos recibido de nuestros antepasados... ¿Una carga genética?, ¿cierta educación?, ¿el aprecio de unos valores?, ¿quizás algunos bienes materiales, ¿algún recuerdo especialmente significativo?, ¿algo de sabiduría? Y que pensemos también en la herencia que estamos transmitiendo a los que llevas en tu corazón y a los que necesitan de ti. ¿Qué han recibido, que están recibiendo y que van a recibir de ti? No vaya a ser que, por nuestra insensatez, algunos amen nuestros bienes más que nuestra persona.

El seguimiento de Jesús genera radicalidad. La experiencia de la pobreza, lo mismo que la castidad y la obediencia, como fundamento de la existencia, brota de la sabiduría de la fe, será importante descubrir cuáles son nuestras resistencias a esta sabiduría de la fe. La respuesta que da Jesús a quien le cuesta gestionar los conflictos, a propósito de la codicia en concreto, forma parte de la radicalidad que Jesús pide a sus discípulos.

Pero la radicalidad con Jesús no brota del esfuerzo humano. Es posible que, cuando uno busca dentro de sí mismo de dónde le brota la necesidad de acumular, se dé cuenta de que tiene algunos miedos, tendencias a calcular o a controlar. Y uno experimenta una sensación de tibieza que no es la tibieza del cómodo. Es una auténtica prueba de fe. ¿Hay algún punto en vuestra vida en que notáis que tenéis que dar el paso hacia la sabiduría de la cruz? una mediación frecuente suele ser la obediencia a la voluntad de Dios. Pero pueden ser también heridas no curadas, personas a quienes he hecho daño... la sabiduría de la cruz nos lleva a perder la vida para ganarla.

La radicalidad evangélica es profundamente paradójica, lo puede todo, hasta el martirio y, sin embargo, no depende de ningún heroísmo. La mirada que Jesús ofrece sobre la codicia que busca acumular nos facilita un criterio para el discernimiento acerca de la fundamentación de la existencia, que es descubrir la dinámica de mi afectividad. Una afectividad que no depende de lazos naturales o de sangre, sino de la vinculación a la persona de Jesús. Y una afectividad así centrada en la persona de Jesús va haciéndose más libre desde dentro a la hora de vivir con libertad el tener y el modo de tener.

La radicalidad del seguimiento que fundamenta la libertad en el tener y el modo de tener tiene un carácter permanente, ya que es procesual y no brota de un orden de perfección. Carácter permanente significa que hay que cuidarlo, recrearlo y renovarlo continuamente. La radicalidad, además, brota del amor de Jesús y a Jesús en la vida ordinaria.

Toda radicalidad se concentra en el amor. Y recordemos la síntesis de Jesús: come con publicanos y con fariseos, sabe descansar y se deja devorar por la gente. El amor no es sistematizable. Conviene revisar si buscamos en nuestra vida la radicalidad en cosas especiales o, por el contrario, vamos entregándonos en las cosas sencillas, en el anonimato, en lo escondido; sabiendo escuchar, perdiendo el tiempo por otros y con otros, desprendiéndose de uno mismo.

## **DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Sabiduría 18, 6-9): *Tu pueblo esperaba la salvación.*

Salmo (32, 1 y 12.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Hebreos 11, 1-2.8-19): *La fe es fundamento de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12, 32-48): *Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.*

La Palabra de Dios nos sitúa en el mismo contexto estos últimos domingos: Jesús está subiendo a Jerusalén y está instruyendo a sus discípulos. Nos recuerda que somos el rebaño de Dios que *«ha tenido a bien darnos el reino»*. Pero ser ciudadanos del Reino lleva consigo una exigencia, que hoy el Señor la centra en el desprendimiento, la vigilancia y la fidelidad.

El evangelista escribe a cristianos de ciudades como Corinto, dónde las riquezas contrastaban con la pobreza más absoluta, por eso recuerda que la actitud del discípulo no puede ser el seguir el ejemplo de los poderosos de este mundo, sino que el seguidor de Jesús debe buscar la justicia y la solidaridad y tener siempre en cuenta la Palabra del Señor: *«Donde está tu tesoro allí está tu corazón»*. Por ello la pregunta que tenemos que hacernos es ¿Dónde tenemos nuestro tesoro? Si nuestro tesoro es el ejercicio vivo de la caridad, sin seguir a los poderosos de este mundo, entonces tendremos ese *«tesoro inagotable en el cielo»*.

Esta actitud de solidaridad, de caridad para con los demás no puede ser solo para una temporada, sino que abarca toda la vida del discípulo, no podemos desfallecer en la misión, por ello tenemos que estar siempre vigilantes sin ceder a la tentación, por ello nos dice el Señor: *«Estad preparados, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre»*.

Esta expresión no la tenemos que entender como miedo o amenaza, sino advertencia para permanecer vigilantes en la espera del Señor, el evangelio nos pone el ejemplo de las lámparas encendidas para esperar al novio, recordándonos la parábola de las diez doncellas. El discípulo tiene que permanecer vigilante y *«con la cintura ceñida»*, o sea sin establecerse, dispuesto a marchar, a seguir a Jesús.

También nos recuerda el evangelio que somos ciudadanos del Reino, pero no dueños, simplemente administradores y al administrador lo que se le exige es fidelidad tenemos que permanecer fieles y la fidelidad se traduce en responsabilidad y el evangelista nos expresa diciendo: *«Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá»*.

Esta frase nos recuerda la parábola de los talentos y nos pide que reconozcamos los dones que el Espíritu de Dios nos ha dado y que estos dones los tenemos que poner al servicio de los demás, al servicio de la edificación del Reino de Dios. Pues que como los personajes del AT que nos presenta la carta a los Hebreos y tantos modelos de fe que, a lo largo de la historia, ha habido y hay en la Iglesia, sepamos vivir de verdad, como discípulos, en desprendimiento, vigilancia y fidelidad.

Se dice que una de las expresiones más frecuentes en la Sagrada Escritura, cuando Dios entra en comunicación con alguien o cuando le encomienda alguna misión particular, comienza con la invitación a dejar de lado el temor: *«No temas María»*. *«José, no temas recibir a tu esposa...»*. *«¿Por qué tienes miedo?»*. *«No temas; soy yo»*. *«No tengas miedo, yo he vencido al mundo»* ... Muchas veces la Palabra de Dios nos invita a no tener miedo. Hoy, es Jesús el que nos invita a nosotros, que somos su *«pequeño rebaño»*, a que no tengamos miedo y, la razón que nos ofrece para dejar de lado nuestros temores es extraordinaria: *«porque tu Padre ha tenido a bien darte el Reino»*. Dios está con nosotros, Dios está de nuestra parte; por lo tanto, no hay nada que temer.

Muchos factores son los elementos que condicionan nuestra forma de ser: nuestro nombre y el de nuestros familiares, empezando por el de nuestros padres, que nos dan sus apellidos; nuestro lugar de origen, nuestro lugar de residencia, los estudios realizados, nuestra experiencia profesional y muchas otras cosas más... Se dice que todo eso nos da identidad. Para un creyente, su identidad también está constituida por la certeza de saberse hijo de Dios, de que Dios le ha hecho parte de su Reino, de que es alguien que forma parte, por pura gracia, de eso que Jesús hoy denomina *«rebaño mío»*. Y esta identidad, fruto de nuestra fe, nos hace capaces de superar nuestros temores, aunque no nos exima de nuestro trabajo.

Solo así se entiende la invitación a poner nuestro corazón donde de verdad está nuestro tesoro. Todo es prescindible, mientras Dios esté de nuestra parte. Por eso, no sirve de nada atesorar muchas cosas en la tierra si al mismo tiempo no estamos tratando de hacernos un tesoro donde todo es permanente y no transitorio.

¿Cuál es tu tesoro? Tu cónyuge, tus hijos, tus conocimientos, tus relaciones, tu trabajo, tus logros, tu salud, tu tranquilidad, tus recursos, tus posesiones... Eso y mucho más forma parte de tu tesoro, pero es preciso estar en vela, mantenernos alerta, estar vigilantes, para guardarlo allí donde no llega el ladrón ni carcome la polilla. Todo eso lo hemos recibido como don de nuestro Padre y, además nos da su Reino. Por eso nos debemos decir unos a otros: *“Mantente firme en la Fe. Mantente atento en la Esperanza. Mantente eficaz en el Amor”*. Y, cuando sea necesario recordemos juntos las palabras de Jesús: *«No temas, rebaño mío»*.

## **DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jeremías 38, 4-6.8-10): *Ese hombre no busca el bien del pueblo.*

**Salmo** (39, 2.3.4.18): *«Señor, date prisa en socorrerme»*

**2ª lectura** (Hebreos 12, 1-4): *No os canséis ni perdáis el ánimo.*

**Evangelio** (Lucas 12, 49-53): *He venido a prender fuego a la tierra.*

Es muy difícil tomar decisiones. La mayoría de las personas estamos acostumbradas a seguir el camino que nos marcan los más mayores de entre nosotros. Ellos, a su vez, lo hicieron con el que les marcaron sus antepasados; por eso, seguramente, la historia de la humanidad va tan despacio. Parece que estamos siempre dando vueltas a lo mismo.

Es más difícil asumir las consecuencias de nuestras decisiones y, es mucho más difícil respetar las decisiones de los demás. En todo tipo de relaciones humanas se producen situaciones que nos distancian, que obstaculizan los canales de comunicación, que nos llevan a caminar cada una de las personas por un lado diferente y, a veces, opuestos. Esto es lo que llamamos conflicto. Pero cuando una de las opciones fundamentales de nuestra vida es caminar juntos, buscar objetivos mayores que nosotros mismos, trataremos de afrontar esos conflictos que aparecen en el camino producidos por alguna de las personas que caminan juntas. Intentaremos ponernos de acuerdo, curaremos las heridas que se hayan ocasionado y celebraremos en reencuentro.

Cuanto antes solucionemos el conflicto, antes volveremos a caminar juntos, más juntas las personas del grupo, de la pareja o de la comunidad. Caeremos en la cuenta que no siempre somos nosotros los que hemos de ceder y pedir perdón; que también cada uno somos a veces la causa del conflicto por nuestra cerrazón, por querer tener siempre la razón. Por eso es bueno andar con los más pequeños, acomodarnos a su paso, darles la mano y agradecer su compañía. Sus sonrisas, sus sentencias, sus preguntas y, sobre todo, sus caras llenas de felicidad son el verdadero anticipo de lo que debe ser una vida en plenitud cuyos momentos nos gustaría que se prolongaran para siempre.

Las personas, necesitamos reconocimiento de lo que somos. Este reconocimiento se hace a base de caer en la cuenta de que hay personas adultas a nuestro alrededor que nos conocen mejor que nosotros mismos. Y, a partir de ese conocimiento, cuando estamos comenzando nuestro desarrollo nos exigen todo aquello que somos capaces de desarrollar con un poco de esfuerzo por nuestra parte. En esto entra nuestra capacidad de resolver los pequeños conflictos que se van presentando en los primeros años de cualquier persona, a la vez que descubrimos la capacidad que tenemos de provocarlos.

Debemos afrontar los conflictos, aunque cueste. En el camino del desarrollo personal y estructural de las personas y de los colectivos hay quien va por delante y quien va por detrás. Lo importante es que nadie debe quedar parado. Al igual que Juan Bautista respecto de Jesús, debemos de señalar las referencias que son seguras y apropiadas para cada persona y para el momento de su crecimiento personal.

En la sociedad contemporánea nos gustaría vivir desde la falsa premisa de que todo vale, de que todo es correcto con tal de que no me lastime, de que cada uno pueda hacer lo que se le antoje al amparo de una publicitada tolerancia. Si a eso se le puede llamar un “*valor social*”, ciertamente no es un valor del Reino. En el Reino tenemos un solo precepto, y es el de amarnos los unos a los otros al modo de Jesús, o sea, hasta dar la vida unos por otros.

**¿Quién dijo que tomar una decisión es cosa fácil?** Jesús sabe que el Reinado de Dios que él anuncia exige decisiones muy valerosas y que trae, para él y para los discípulos del Reino, serias consecuencias. ¡Su mensaje es fuego! Los discípulos de todos los tiempos lo han entendido bien. Solo en la imaginación de los pintores, poetas y otros artistas existe un “*dulce*” Jesús inofensivo. El Jesús de los evangelios exige una decisión.

Ponerse del lado de Jesús, ponerse del lado del Reino de Dios, conlleva la oposición frente a aquellos que quieren vivir desde una lógica diferente, incluso en el seno de la misma familia. No es lo mismo la fidelidad que la infidelidad; no es lo mismo la verdad que la mentira; no es lo mismo la justicia que la injusticia; no es lo mismo la honestidad que la corrupción; no es lo mismo el amor que el egoísmo; no es lo mismo la generosidad que la avaricia, y tantas otras cosas.

Tal vez no somos de los que hacen cosas muy graves, pero dejamos que estas cosas ocurran, pensando que los responsables son otros, que los culpables son otros. ¡No nos engañemos! Navegamos en la mediocridad de posiciones ambiguas y nos ponemos a temblar cuando escuchamos a ese Jesús que viene a traer fuego y que desea que ya esté ardiendo; a traer división entre las familias, entre padres e hijos, entre hermanos...

El amor a mi hermano no me vuelve ciego, indiferente o tolerante cuando decide vivir desde una lógica equivocada. Precisamente porque lo amo, lo confronto. Y esa confrontación a veces genera divisiones. El Reino de Dios no se puede construir sobre una paz fruto de la indiferencia, sino sobre una paz acrisolada por el fuego del Evangelio.

## **LA ASUNCIÓN DE MARÍA**

**1ª lectura** (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

**Salmo** (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 15, 20-27a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

**Evangelio** (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

Siempre me llama la atención la gente con un corazón sencillo; gente no complicada, ni retorcida, sino transparente; gente que cuando habla, convence, llega al corazón y uno se siente atraído. ¡Da ganas de sentarse a conversar con esa gente! Ellos no buscan complejidades, no desconfían, ven en la gente lo bueno. Su sencillez de corazón se opone a esa otra postura, la de buscar siempre motivos para no creer, la de dudar de todo, la de complicar las cosas, la de plantear siempre dificultades, la de encontrar algo que nos dé la excusa para descalificar.

Esa actitud frente a la vida, la de hacer de lo complejo algo sencillo, la de creer, confiar, de poner una sonrisa y un deseo de hacerse comprender y querer por el prójimo, es una parte importante del amor. Porque el amor es sencillo y humilde; por eso Dios es simple, humilde y pobre. Él hace las cosas de su Reino sencillas para nosotros y se las revela a los sencillos. Pero, a la vez, se pone una nube entre su misterio y nuestra razón. Es por este motivo no querer ver y saber más allá de lo que somos capaces de ver. ¡Sólo creer en Él!

Esta actitud, la de creer, proviene de un corazón sencillo. Creer, con un espíritu abierto a las cosas del Reino, más allá de que la mente, nuestro intelecto, no alcance a comprender lo que percibe. Es muy difícil tener fe en Dios, si queremos procesar todo a través de nuestra razón. La soberbia, origen de todo pecado porque proviene de quien quiso ser como Dios en los inicios de los tiempos, nos arrastra a querer ver donde no debemos, a querer comprender donde no podemos, y finalmente a creer sólo si nuestra razón comprende. ¡Sólo Dios puede comprender sus cosas!

Cuando veo tanta gente sencilla en los lugares donde se expresa la fe en Jesús y María, no puedo dejar de admirarme de la sencillez de esos corazones que creen, no preguntan, no se hacen planteamientos más allá de la fe o las enseñanzas que Jesús nos dejó a través de su Palabra. ¡Benditos esos corazones plenos de sencillez y de fe!, ¡bienaventurados los sencillos y humildes de corazón!

Es por este motivo que da gran alegría ver gentes con dones intelectuales y buena educación, que también tienen un corazón sencillo, y creen en las cosas de Dios sin preguntarse. Esos hermanos han pasado una prueba importante, han llegado a rozar la verdadera sabiduría, la de hacerse pequeños y aceptar con corazón agradecido el misterio de Dios revelado en Jesús de Nazaret sin preguntarse, ni querer encontrar razones, ni demostraciones para legitimar el modo de actuar de Dios. Sólo aceptar, orar, adorar al Señor, y disfrutar de los pequeños detalles que Él nos permite ver de su maravilloso Reino.

### **¿Cómo queremos que actúe Dios?**

Cuando los pobres quieren expresar algo que les ha significado mucho en su vida y ha cambiado su condición, han recurrido siempre a la exageración (literatura épica) y a describir lo que ha ocurrido como hechos portentosos que superan las posibilidades humanas y, por lo tanto, han dejado KO a los ricos y poderosos en un abrir y cerrar de ojos. Quieren significar que algo sobrehumano está de su lado y que Dios, al final, es la esperanza del necesitado y del marginal. La Biblia está llena de este tipo de literatura desde sus comienzos históricos. Todos conocemos la gran epopeya del Éxodo con las plagas, el paso del mar Rojo, la victoria sobre un ejército tan fuerte y temible como el del Faraón, el derrumbe de las murallas de Jericó, las victorias de unos pocos sobre varios miles... Estas descripciones no responden a la realidad de las crónicas, son la narración entusiasta del creyente que trata de decir que lo ocurrido era imposible si Dios no hubiera intervenido, porque en pura lógica era imposible, pero ocurrió y la sorpresa entró en la historia. La situación histórica puede ser catastrófica y, aparentemente, imposible de cambiar, pero Dios puede actuar. Más aún, Dios actúa. Por lo tanto, lo hará. Así es cómo queremos que actúe Dios.

### **¿Cómo actúa Dios?**

La literatura épica nos ha acostumbrado a esperar que Dios ponga en marcha todos los mecanismos de poder que tiene a su alcance y comience a barrer a diestro y siniestro, al estilo de Santiago matamoros para restablecer el derecho, fortalecer la justicia y proteger al débil y humillado. Hasta los profetas describían así la acción de Dios en la historia. Sin embargo, no es así. Dios no actúa nunca de esa manera. Es cierto que Dios interviene y actúa entre nosotros. Es cierto que Dios quiere que haya derecho, que la justicia sea fuerte, que el débil no sea avasallado, que el pobre tenga lo necesario. Pero lo hace a la chita callando, sin alardes y sin grandiosidades, de una manera tan sencilla y natural que no se nota si no tienes costumbre de mirar la vida con los ojos de la fe. Es lo que hace con María, su Madre. Con Isabel, su tía, anciana y achacosa. Con nosotros, seres necesitados. Con los pobres del mundo y con la historia humana. Actúa, interviene, hace cosas, pero de tal manera que pasan desapercibidas porque parecen tan normales que parecen obras nuestras. Y Dios necesita que nos pongamos a su disposición como intermediarios para que la historia cambie y tengamos esperanza.

## **DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 66, 18-21): *Ellos anunciarán mi gloria a las naciones.*

Salmo (116, 1-2): *«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio»*

2ª lectura (Hebreos 12, 5-7.11-13): *Dios os trata como a hijos.*

Evangelio (Lucas 13, 22-30): *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha.*

Desde un punto de vista humano nos gustan las puertas grandes, anchas, espectaculares. En la antigüedad eran puertas para poder entrar a caballo, o con carruajes. Hoy son puertas para entrar con el coche más llamativo del mercado. Una buena casa, o palacio, se mide también por la calidad de sus puertas. Hay otro tipo de puertas, que hoy han pasado a la opinión pública con sentido peyorativo: las “puertas giratorias”. No me refiero a esas puertas que nos encontramos en aeropuertos, hospitales, centros públicos, para facilitar la entrada gradual de la gente. Las “puertas giratorias” se pueden referir también a aquellos que pasan de un cargo a otro, todos bien remunerados, sin pasar el frío de la calle (precariedad, paro, incertidumbre).

Jesús recoge el anuncio de la salvación abierta a las naciones, tal como lo presenta Isaías: Dios es siempre más grande que nosotros; la fe nos lleva a tener un espíritu amplio, abierto, generoso. Pero a su vez, Jesús nos hace caer en la cuenta de que nos podemos llevar muchas sorpresas en lo que se refiere a nuestro “logro/salvación/plenitud”. La fe nos abre el camino, pero la vida debe ir en consonancia con lo que creemos. Los necios, los que piensan que la “puerta es espaciosa”, sin condicionantes de ningún tipo, son torpes, yerran en lo más importante: su vida.

El evangelio de hoy es sorprendente por la imagen fuerte y clara que usa. Jesús nos dice: «**Entrad por la puerta estrecha**». Parece como si Jesús cayera en una contradicción: por una parte, el profeta Isaías habla de todos los pueblos del mundo que confluirán en Jerusalén, monte de la salvación. Por otra habla de “estrechar” la entrada. Dios no se contradice: toda la humanidad está llamada a gozar de Dios; la salvación no es “propiedad particular” de una raza o de un pueblo. Isaías nos enseña a mirar alto, lejos y con espíritu grande.

Jesús, sin embargo, hace una seria advertencia contra las falsas seguridades, amonestando a quienes piensan que “tienen derechos adquiridos”. ¡Nadie puede comprar la salvación! Jesús conoce bien el corazón humano y sabe que esta tentación no es de entonces, ni de ahora, sino de siempre. La pregunta, «¿serán muchos los que se salven?», se puede formular también de la siguiente forma: ¿Yo no tendré problemas para salvarme, porque yo soy de los tuyos? Si vale el chascarrillo, podríamos recordar a aquella persona que decía: “Al cielo iremos los de siempre”.

La respuesta de Jesús es tajante: nadie tiene influencias suficientes para entrar al banquete del Reino, ni por su raza, ni por su religión, ni por sus conocimientos, ni por su posición social, ni por su familiaridad aparente con el Señor, con quien dicen haber comido y bebido. Si eso es todo lo que tenemos que ofrecer, nos arriesgamos a una respuesta increíblemente dura: «**No se quienes sois**».

La fe no consiste en estar inscritos en un registro religioso, ni en cumplir con ciertos ritos y oraciones en la comunidad eclesial. La fe requiere una respuesta en obras. La fe nos lleva a esforzarnos por hacer el bien y nos compromete en un camino de corresponsabilidad social, que se recorre haciendo el bien y amándonos unos a otros. La puerta es estrecha, pero el paso no es imposible, basta con que nos esforcemos por hacer el bien, en congruencia con la invitación que hemos recibido para participar del banquete del Reino.

No hay que esperar a que se cierre la puerta, pues no habrá entonces insistencia suficiente para hacerla abrir. Los que no pasaron por la puerta estrecha son aquellos que hicieron el mal, por lo que escucharán decir: «**Apartaos de mí**». Hacer el mal impide pasar por esa puerta; hacer el mal acaba por cerrarnos la puerta; hacer el mal lleva a aducir influencias inútiles mediante insistencias estériles. Al llanto por verse desconocidos y rechazados, los obradores del mal deberán añadir la sorpresa de ver que muchos vendrán de todos los confines de la tierra a tomar parte en el banquete del Reino de Dios, la salvación anhelada, la vida deseada.

Dado que el Dios del Reino extiende su invitación mucho más allá de lo que imaginamos, no hay nadie que nazca excluido, ni en oriente ni en occidente, ni en el norte ni en el sur. Tal vez, algunos de nosotros seamos mezzquinos a la hora de pensar en la bondad de Dios. Nos gustaría asegurarnos un lugar, al tiempo que nos adelantamos a cerrar la puerta a otras personas que consideramos menos dignas que nosotros de estar definitivamente en la casa del Padre. Pero Él es el Padre de todos, y lo único que no parece tolerar es nuestro deseo de excluir y nuestras argucias para intentar pasar por hijos suyos al tiempo que nos desentendemos de hacer todo el bien que podamos a nuestros hermanos.

Dios nos trata como hijos, ¿y qué padre hay que no corrija a sus hijos? Como dice la Carta a los Hebreos, quizás la corrección no nos cause alegría de momento, pero en los que la reciban «**producirá frutos de paz y de santidad**». La aceptación en la fe de la invitación que el Señor Jesús nos ha hecho para participar en su banquete requiere caminar por sendas angostas y nos hace pasar por la “puerta estrecha”, camino y paso que se sortea haciendo el bien a los demás.



## **DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Eclesiástico 3, 17-18.20.28-29): *Actúa con humildad en tus quehaceres.*

Salmo (67, 4-5ac.6-7ab.10-11): *«Tu bondad, oh, Dios, preparó una casa para los pobres»*

2ª lectura (Hebreos 12, 18-19.22-24a): *Vosotros os habéis acercado al monte Sion.*

Evangelio (Lucas 14, 1.7-14): *El que se humilla será enaltecido.*

Si los signos espectaculares de la primera alianza llevaron a los israelitas al temor y a una distancia prudente con relación a lo sagrado, a nosotros la sencillez y la humildad del Mediador de la nueva alianza no nos ha llevado a alejarnos, sino a acercarnos a Él. Y aquí, queridos hermanos, se anuncia el gozo de esta nueva alianza. Es una cuestión de cercanías. Podemos acercarnos a Dios porque Él se acercó primero a nosotros en su Hijo amado.

Los seres humanos establecemos nuestras distancias y buscamos nuestras cercanías desde muy pequeños. Vemos al bebé que descansa seguro entre los brazos de su madre, que lo estrechan en íntima cercanía, y vemos también al bebé que se resiste a ser acariciado por aquellos a quienes desconoce y marca distancia girando la cabeza o llorando desconsolado. Lejos de unos y cerca de otros, vamos aprendiendo a alejarnos y a acercarnos a las demás personas y también a las cosas.

Jesús quiso entrar a comer a la casa de uno de los principales fariseos y seguro que no le sería fácil porque algunos de los fariseos siempre estaban acechándolo. La intención de Jesús sería –como siempre– sana y sin doblez. Querría estar con ellos, comer con ellos, dialogar con ellos y anunciarles, eso sí, la Buena Noticia de Dios. Sin embargo, esta intención buena de Jesús a esos fariseos la convierten en sus corazones en algo malo, pues están espionando a Jesús, buscando ver el resquicio, la equivocación que Jesús pueda cometer para reprochársela enseguida. No se puede vivir siempre sospechando del otro, al final quien así actúa él mismo determina cómo va a ser su corazón: frío y desconfiado.

Jesús ve cómo algunos escogen los sitios de importancia en el banquete en el que se encuentran como invitados, y el Maestro nos regala una parábola que tendría que hacernos pensar mucho. Hay quienes, en su ambición, o en su exceso de autoestima, prefieren acercarse a los lugares principales y acaban siendo públicamente avergonzados cuando alguien importante llega y ellos tienen que resignarse a ocupar los últimos sitios. En cambio, nos dice Jesús, el que se va al último lugar es muy posible que acabe siendo invitado a acercarse a la cabecera y se vea así honrado en público.

Jesús no pierde detalle, enseguida observa que esos comensales ocupan los primeros puestos en la mesa. Sabrán mucho de leyes y de interpretar la Torá estos fariseos, pero de humildad saben poco. Por eso Jesús, con gran paciencia, les cuenta esta parábola de los invitados a la boda. Parábola que como tantas veces sucede no hay que explicar, se explica por sí misma. En este caso lo difícil es cumplir el mensaje que nos ofrece. No se trata tanto de elegir una silla u otra, sino de que cada uno pensemos cuál es nuestro lugar en el mundo, en nuestra familia, en nuestra parroquia, con nuestros amigos... y desde ahí, desde el lugar que cada uno vivimos, qué actitud tomamos ante la vida. Básicamente son dos las actitudes: el orgullo o la humildad. El creerse y/o querer ser más que los demás o aceptar con sencillez y alegría quien soy, lo que tengo y todo lo que Dios me ha dado. La humildad no hace de menos a la persona ni la denigra. Es una forma de vivir, una actitud ante la vida que nos propone Jesús.

Después de la parábola de la boda Jesús se dirige a su anfitrión, su enseñanza aún no ha acabado. Ahora ya no solo se trata de ser humilde sino de subir otro peldaño más en la perfección: no buscar correspondencias. No hagas el bien pensando o desando que te devuelvan el mismo bien que tú has hecho. Por eso Jesús, siguiendo el mismo hilo temático de las comidas, cenas y banquetes, pide a su anfitrión que no invite a todos aquellos que le puedan devolver la invitación. Hacer el bien siempre es loable, pero si la actitud con la que lo hacemos es desinteresada y gratuita al cien por cien, este buen hecho tendrá un valor mayor.

Las costumbres han cambiado mucho, pero las ambiciones humanas, muy poco. La búsqueda de prestigio, de poder, de subir, de “*trepar*”, sigue siendo muy común y evidente. «*No hay remedio para el hombre orgulloso*», nos dice hoy el Eclesiástico. La característica más notable de esas personas es que no saben reflexionar ni se dan tiempo para escuchar. Piensan que ya llegaron, cuando aún no comienzan el verdadero camino. Hay que acercarse al “*humus*”, a la tierra; es decir, hay que aprender el camino de la humildad: “*Hazte tanto más pequeño cuanto más grande seas*”. Aquellos que se afanan en encontrar a Dios en la grandeza y la espectacularidad, les espera una búsqueda infructuosa.

Quiera Dios que verdaderamente podamos ser sabios, que entendamos que solo podemos acercarnos a Sion, a la Jerusalén celestial, a la reunión de los santos, a Dios mismo, acercándonos al mediador de la nueva alianza, a Jesús. Y que entendamos también que solo nos acercamos a Jesús cuando nos hacemos capaces de buscarlo en los últimos de este mundo. Y cuando te ubiques de verdad ahí, en esos últimos lugares, seguro que oirás al divino Anfitrión decirte: «*Amigo, acércate a la cabecera.*»

## **DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Sabiduría 9, 13-18): *Nuestros pensamientos son frágiles.*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación a generación»*

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): *Recíbelo a él como a mí.*

Evangelio (Lucas 14, 25-33): *Quien no cargue con su cruz, no puede ser discípulo mío.*

Jesús es un hombre joven, en la plenitud de su vida, pero lleva en su corazón un deseo que le consume: anunciar e instaurar el reinado de Dios, su Padre; reino de vida, de amor, de justicia y de paz. No dediquemos ni un instante a la idea de que Jesús va subiendo a Jerusalén en busca de la muerte. Todo lo contrario, Jesús va avanzando en su camino a Jerusalén y, en esta ocasión, Lucas nos dice que una gran muchedumbre iba caminando con Él. Jesús ya les ha dejado claramente a sus discípulos que en Jerusalén no le esperan aplausos, sino el rechazo; no va allá en busca del triunfo popular, sino para cumplir fielmente la voluntad del Padre, que le invita a ser testigo del Reino en el corazón religioso y político de su pueblo.

El Evangelio nos presenta las “exigencias” del seguidor de Jesús. Los deberes del discípulo se apoyan en la experiencia de encuentro con el Señor y en la relación intensa con Él. Sin esta relación, difícilmente podremos estar a la altura de la vocación a la que hemos sido convocados: caminar con Jesús y anunciar su mensaje, o, en palabras del papa Francisco ser «discípulos misioneros». Para hacerlo posible es necesario posponer todo, cargar con la propia cruz y renunciar a las seguridades en las que tantas veces ponemos nuestra esperanza.

Jesús, nos dice: «*Si alguno quiere seguirme...*», casi parece decir: “*pero si alguno no quiere, tiene libertad para no hacerlo, yo no lo voy a forzar*”. La propuesta es como una invitación y no como una imposición. Es algo que hay que ponderar, sopesar, pensar muy bien. Por eso, las parábolas que se nos cuentan a continuación insisten no en lo arduo de la tarea, sino en la necesidad de calcular bien, de considerar bien antes de tomar una u otra decisión: ¿Sigo a Jesús o no lo sigo...? ¿Lo sigo a Él o sigo a otro? ¿Y a quién más podría seguir?

Quien más, quien menos, todos buscamos salirnos con nuestras ideas y no dejamos pasar la oportunidad de tratar de imponerlas a los demás. Quizás con la mejor de las intenciones, pero no me queda duda de que la mayoría de nosotros, no somos muy respetuosos con las decisiones que hacen los demás. Por eso, me maravilla el infinito respeto que Jesús tiene y muestra por nuestra libertad.

¿No seguir a nadie?, ¿empeñarme en perseguir solo mis propias ideas?, ¿caminar en la vida atendido solo a mis capacidades y talentos?, ¿hacer nada más que mis antojos y caprichos? Tal vez parezca muy orgulloso, pero a mí me suena insuficiente, aunque reconozco que hay muchos que toman esa decisión, y no me queda sino respetarla. Si desconfío de mí mismo, desconfío mucho más de que otros decidan por mí y tomen las riendas de mi vida.

Escucho de nuevo a Jesús: «*Si alguno quiere seguirme...*» En otra ocasión, cuando muchos abandonan a Jesús tras el discurso del pan de vida (Juan 6), pregunta: «*¿También ustedes quieren irse?*». Es Pedro el apóstol impulsivo pero generoso, quien responde: «*¿Y a quién íbamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna.*»

Las palabras de Jesús son muy claras y nos resultan muy duras y radicales. ¿Podemos vivir sin seguridades? ¿Qué significa que tenemos que renunciar a todo? Sabemos que Él lo hizo. Abandonó la seguridad de su entorno familiar y puso, en primer lugar, su misión de anunciar el Reino de Dios. Jesucristo nos invita a vivir libres de las ataduras que nos impiden seguirlo y a comprometernos con su mensaje. Él nos recuerda que no hay mayor seguridad que la confianza en Dios. Esta es la experiencia de mayor libertad, puesto que toda nuestra vida pasa a estar iluminada y orientada por su voluntad. ¡Él es la mayor verdad!

«*Si alguno quiere seguirme...*» Sin miedo a las dificultades. ellas son nuestras cruces y limitaciones. La mayor dificultad para seguir a Jesús es el pecado y la falta de coraje para seguirlo. Pero en nuestros cálculos para vivir la fe no podemos olvidar que Dios mismo “*tira*” de nosotros, que su Palabra nos orienta, su gracia nos fortalece y la comunidad cristiana nos ayuda. Naturalmente que tenemos que poner de nuestra parte..., sin nuestro compromiso y voluntad no sería posible. Para seguir los pasos de Jesús hay que experimentar su llamada..., pero también responderle con convicción: ¡Señor quiero vivir tu Evangelio!

«*Si alguno quiere seguirme...*» Así lo hizo María, la madre del Señor y su primera discípula, vivió la confianza de la fe y el riesgo de seguirlo. Ella fue la primera que renunció a todas las seguridades y puso toda su confianza en Dios. Supo aceptar su voluntad y le dijo que sí, asumiendo un futuro incierto. ¿Qué significaba ser la madre de Dios? Ella sabía que iba a ser un camino diferente, único y lleno de dificultades e incomprendimientos... Sin embargo, no lo dudó, se fío de Dios y recorrió el camino de la fe en el que se unen la seguridad de Dios y la certeza de la cruz. Que su ejemplo y su intercesión nos ayuden a nosotros a seguir los pasos de Jesús.

Hay quien como cristiano habla de la sabiduría de la cruz; que hay que entregar totalmente la vida para recibir la Vida plena de Dios, perderlo todo para ganarlo todo. Yo quiero hacerlo, pero, necesito de la sabiduría para discernir y no equivocarme el camino. «*Si alguno quiere seguirme...*» Sí, quiero, Señor, pero necesito tu ayuda.

## **DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Éxodo 32, 7-11.13-14): *Este es un pueblo de dura cerviz.*

Salmo (50, 3-4.12-13.17.19): *«Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre»*

2ª lectura (1ª Timoteo 1, 12-15): *Dios tuvo compasión de mí.*

Evangelio (Lucas 15, 1-32): *Ese acoge a los pecadores y come con ellos.*

El misterio de Dios, misterio de salvación, no “problema teórico”, vuelve una y otra vez al corazón humano. Primero, porque cada persona debe solucionarlo; también porque es misterio vital, no se puede vivir sin afrontar esta certeza o duda (según los casos). Cualquier persona que sea medianamente sensible, medianamente observadora, con capacidad para hacerse las preguntas fundamentales sobre él y el mundo que le rodea, debe afrontar la “gran cuestión”.

No solo si Dios existe, sino quién es Dios para mí; más aún: quién soy yo para Dios. Si Dios me importa a mí y si yo le importo a Dios. Es verdad que algunos realizan su búsqueda como si de un problema escolar se tratara y dicen: ¡Ya está!, ¡Ya lo tengo! Cuando esto pasa, cuando “acotamos” a Dios, se nos escapa de las manos: eso que hemos delimitado, no es Dios.

Por otra parte, los humanos solo sabemos pensar con nuestros criterios, con nuestras imágenes. Decimos: “Dios es como un...”, o también “Dios es semejante a...”. El ser humano, lo sabemos bien, quiere ser bueno y justo, pero también es rencoroso, irascible, violento. ¿Cómo es Dios? Lo más fácil es que recurramos a cómo somos nosotros: decimos que es bueno y justo, pero también que lleva las cuentas, que se irrita o que es violento, como si perdiera los papeles, o como si se sintiera ofendido porque no le hacemos caso.

La primera lectura de la Palabra de Dios de hoy nos presenta primero a un Dios muy enfadado con su pueblo, con toda razón, en las faldas del monte Sinaí. ¡Su pueblo le ha abandonado a las primeras de cambio! Su pueblo debe desaparecer porque él lo ha querido. La figura del mediador, Moisés, es decisiva. Recuerda a Dios sus promesas, como que ha sido él quien le ha liberado de Egipto. ¿Un Dios blando y débil, fácil de convencer? ¿Un Dios que en su santidad sabe arrepentirse? Así es, Dios se arrepiente porque es santo y ama al ser humano. Ahí está nuestra salvación.

En la segunda lectura, Dios salió al encuentro de Pablo cuando era «un blasfemo que perseguía a la Iglesia», según su propia descripción. Dios salió a su encuentro y lo encontró en el camino a Damasco, le llenó de su gracia y lo fortaleció, lo llamó a dar testimonio de la propia fe y del mismo amor del que él había sido objeto. Por haber experimentado personalmente la misericordia de Dios. Pablo se siente agradecido, gozoso, da gloria a Dios e invita a su discípulo Timoteo a que haga otro tanto, porque «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero».

La experiencia creyente, en general, y la cristiana en particular, nos enseña que no proyectemos nuestro “pequeño mundo de ideas, imágenes y criterios en Dios”, y nos dejemos sorprender por él. Jesús, el Hijo de Dios, nos revela un Dios sorprendente, que nosotros nunca hubiéramos imaginado. Con frecuencia pensamos que somos los seres humanos los que siempre estamos en búsqueda, pero no nos imaginamos de quien lo heredamos.

Dios busca y sabe la alegría que causa el encontrar, y apela a esa experiencia tan humana para que podamos comprender por qué su Hijo puede estar en compañía de gente que parece muy poco digna, los publicanos y pecadores están en búsqueda

Buscamos muchas cosas: buscamos felicidad, buscamos prestigio, buscamos riquezas, buscamos poder, buscamos salud, buscamos a otras personas, buscamos amor y sí, al menos a veces, buscamos a Dios. No condicionemos a Dios. ¡Es Dios quien nos busca y sale a nuestro encuentro! Las parábolas de este domingo así nos lo presentan: como el pastor que busca a una sola oveja, solo porque se ha perdido; a una mujer que pone todo su empeño en buscar una moneda; a un padre que sale todos los días a ver si su hijo regresa a casa.

No es lógico dejar a noventa y nueve ovejas en la pradera, expuestas a peligros, por buscar a una sola perdida, lo consideramos francamente injusto. Pero si pensáramos que ¿esa oveja perdida, sola y desamparada, oveja número cien fuésemos tú o yo, cambiaría nuestra opinión? Todos tenemos el privilegio de creer en un Dios que no se cansa de buscarnos y que, cuando nos halla, no nos manda al “infierno”, sino que nos carga sobre sus hombros y se va lleno de alegría a compartir esa buena noticia.

El problema, porque siempre hay un problema, es que no somos una oveja, ni siquiera una moneda, por muy valiosa que parezca; somos seres humanos que gozamos de libertad y tomamos nuestras propias decisiones. Por eso nos regaló la tercera parábola. Nosotros somos hijos que se alejan libremente de la casa paterna, llevándonos incluso lo que no era nuestro y Dios, nuestro Padre, nos espera impaciente porque Él es bueno y nos ama.

Dios busca, no se cansa de buscar; busca a su pueblo, busca a su apóstol, busca su oveja, busca su moneda, busca a su hijo menor y a su hijo mayor; te busca a ti y me busca a mí... ¡Nos busca a todos! No le busquemos los tres pies al gato y “**Dejemos a Dios ser Dios**”.

## **DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Amós 8, 4-7): *No olvidaré jamás ninguna de sus acciones.*

Salmo (112, 1b-2.4-8): *«Alabad al Señor, que alza al pobre»*

2ª lectura (1ª Timoteo 2, 1-8): *Quiero que los hombres oren en todo lugar.*

Evangelio (Lucas 16, 1-13): *Ningún siervo puede servir a dos señores.*

Acabamos de escuchar una de las parábolas más extrañas de Jesús. No es frecuente que Él aborde temas de naturaleza administrativa o económica. Nos sorprende, además, la manera como concluye su breve relato: **«Y el amo alabó al administrador injusto»**. Esta frase de la parábola puede resonar en nosotros al acabar la lectura de este evangelio, y a partir de aquí empieza la confusión: ¿cómo es posible que se alabe a este administrador ladrón, mentiroso y defraudador? Y si encima identificamos al amo de este administrador con nuestro propio Dios entonces el desconcierto podría ser total. ¿Es que Dios está de parte de la injusticia? Sin embargo, nada más lejos, Dios no alaba la mentira ni está de parte de la injusticia. Vayamos por partes.

No estamos ante un discurso doctrinal de Jesús sino ante el relato de una parábola. Esta solo nos la relata Lucas y no debemos olvidar el carácter peculiar de estos relatos. Con las imágenes y hechos narrados Jesús busca atraer la atención de sus oyentes y transmitir, eso sí, un mensaje claro y diáfano. En nuestro caso dicho mensaje lo podríamos resumir así: ser astutos para el bien. Y como enseñanza complementaria: amar a Dios y hacer un uso recto del dinero.

Si hay un personaje que centra la atención en la parábola es este administrador. Fijémonos en él. Su amo había puesto la confianza en él, él la había traicionado malgastando sus bienes y, una vez descubierto, nuestro personaje estuvo muy hábil y muy rápido para buscar una solución airosa para su vida. De nuevo recurrió a la treta del engaño y el fraude, pensando solo en sí mismo. Jesús ha dibujado con maestría este personaje. El veredicto que se espera sobre él es el peor. Sin embargo, Jesús acaba poniendo en labios del amo unas palabras de alabanza porque había actuado con astucia. Hasta aquí la parábola, a continuación –esto también hay que leerlo– vienen las palabras claves de Jesús: los hijos de la luz (los cristianos) tenemos que ser igual de astutos que los hijos de este mundo. Astutos, pero astutos y rápidos siempre para el bien, nunca para el mal o el engaño.

Este segundo mensaje está muy presente en la obra de Lucas. Del dinero nos tenemos que servir, no hacerlo nuestro Dios. Son conocidos los casos en los que alguna persona ha arruinado su vida por buscar solo tener más dinero, acumular más, ganar más. Es un círculo vicioso que puede deshumanizar a la persona. Que nuestra fidelidad sea siempre para el Señor y nunca para ese afán de tener. Nuestro amor a Dios, a nuestros seres queridos debe estar por encima del dinero. Y nuestro amor debe tener consecuencias prácticas, debe estar despierto, ser rápido, actuar. Repetimos: astutos siempre para el bien.

No podemos dejar de ver aquí una invitación muy clara para aplicar toda nuestra inteligencia y nuestras mejores habilidades para comprender, vivir, celebrar y transmitir nuestra fe. Hay algunos que confunden sencillez con complicidad o que se hacen pasar por humildes cuando lo que les falta es agudeza intelectual: **«Los que pertenecen a este mundo son más hábiles en sus negocios que los que pertenecen a la luz»**. Lo que Jesús pretende enseñarnos con esta parábola es que debemos ser hábiles, astutos y sagaces en los asuntos del Reino.

Algunos producen lo que nadie necesita y, sin embargo, se las ingenian para vendérselo; otros utilizan el lenguaje adecuado para convencernos de sus ideas; algunos nos entretienen y divierten para distraernos de nuestros problemas, en lugar de permitirnos enfrentarlos... Hay gente muy hábil en lo suyo, y Jesús nos reta a que sepamos también ser hábiles en lo nuestro. ¡Nosotros, los hijos de la luz, no podemos navegar en la penumbra de la incompetencia!

Después de leer esta parábola, si se quiere podemos darle enfoques diferentes: Primero, hay que utilizar el dinero de manera que podamos contar con amigos cuando nos presentemos a las puertas del cielo. Ahí no se entra por poderío económico; se entra por el amor que hayamos compartido en esta vida, el amor que se disfruta en las relaciones familiares, el amor que se nutre en la amistad y el amor generoso que se regala no por la bondad del otro, sino por la bondad de nuestro corazón: *“Con dinero ganemos amigos que nos reciban en el cielo”*.

Un segundo enfoque es la *“fidelidad”*, una virtud que en ciertos ambientes no tiene muy buen cartel. Muchos refranes de nuestro acervo popular nos invitan a ser infieles, deshonestos y tramposos. Nos llevan a *“hacer trampas”*, a *“trepar como sea; pisando lo que sea y a quien sea”*. Las excusas se multiplican: desde *“solo así se avanza”* hasta *“al fin y al cabo, todos lo hacen”*.

Y, un tercer enfoque; el administrador infiel tiene que ver la imposibilidad de estar al servicio de dos amos. Esta ambigüedad en el servicio acaba poniendo al siervo en aprietos: **«No podemos servir a dos amos»**. Fijémonos de nuevo en nuestro refranero popular: *“No se puede estar en misa y repicando”*, o *“no podemos estar a bien con Dios y con el diablo”*. En resumen: **«No podemos servir a Dios y al dinero»**.

## **DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Amós 6, 1a.4-7): *¡Ay de aquellos que se sienten seguros!*

**Salmo** (145, 6c-10): *«Alaba, alma mía, al Señor»*

**2ª lectura** (1ª Timoteo 6, 11-16): *Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor.*

**Evangelio** (Lucas 16, 19-31): *Recibiste tus bienes en vida.*

Cuando nacemos no sabemos hablar, ni andar, ni comer por nuestra cuenta. Hasta que al abandonar el “nido” de la seguridad de vivir a costa de otras personas, aprendemos a saber prescindir de cosas y hacernos con nuestra propia personalidad, con nuestra propia manera de ser, de entender la vida con un estilo propio; para saber las cosas necesarias, es preciso recorrer unas etapas de aprendizaje antes de llegar a ser personas adultas.

Las personas, desde que nacemos, llevamos incorporado todo lo que somos; pero, la dificultad estriba en que desde muy pequeños nos presentan con más facilidad las cosas que tenemos, las que tienen los otros y lo que deseamos de los demás. Todo esto está en el exterior de nuestra persona y en el exterior de los demás. Lo que realmente necesitamos para vivir es muy poco y nos lo regalan generosamente porque es propiedad de las personas que nos quieren.

A la hora de acercarnos a la realidad lo primero que deberíamos hacer es discernir si esa parte de la realidad a la que nos enfrentamos es algo de lo que hemos perdido y lo estábamos buscando. Esto nos lleva a buscarlo primero en casa propia, limpiando a fondo todos los recovecos que tenemos, abandonando lo que nos sobra y saliendo (ligeros de equipaje), al encuentro de lo que se nos había perdido. Poco a poco lo vamos descubriendo y poniéndolo, con más o menos acierto, en lo que vamos viviendo.

La primera mirada que hacemos a los diferentes es una mirada externa y superficial. Al mirar con el corazón aprendemos a personalizar; y así, cada persona la percibimos diferente a nosotros y diferentes entre sí. Todos somos personas distintas, con nuestra forma de entender y de vivir la vida. Sí, aprendemos a mirar, pero, **¿hemos aprendido a ver?**

Después de leer el evangelio de hoy, nos preguntamos: ¿Hacia dónde dirigía su mirada ese hombre rico? ¿A los cielos, quizás, para agradecer y bendecir a Dios por su riqueza? ¿O hacia adentro de sí mismo, imaginando tal vez los lujosos vestidos que se pondría esa noche para el banquete? ¿O miraba tal vez alrededor, para ver quiénes le saludaban, quiénes le aplaudían o quiénes le felicitaban?

Desde luego, no hacía abajo, no hacia el lugar donde Lázaro yacía. Después de todo, ¿para qué detener la mirada en el mendigo que yace a las puertas de la casa? O tal vez sí lo hacía, pero viendo no entendía, o entendiendo no sentía, o sintiendo no compadecía, o compadeciendo, no llegaba a la acción.

No fue sino hasta que dejó esta vida y pasó por las puertas de la muerte cuando, ya sumido en el dolor **«levantó los ojos y vio...»**. Entonces sí vio... Vio a Lázaro, y vio a Abraham, y se vio a sí mismo. Entonces vio la inutilidad de haber gastado su dinero egoístamente, y vio a sus hermanos, y vio el estilo de vida que llevaban, y vio que acabarían tan mal como él... Entonces sí vio, pero ya era tarde. Y es que cuesta mucho **“aprender a ver”**.

Ser cristiano no es aprender unas oraciones o los diálogos de la misa; tampoco es aprender de memoria algunos pasajes de la Biblia o el catecismo entero; ni es cumplir los mandamientos con las menos faltas posibles. Ser cristiano es ir dejando que el Espíritu de Dios vaya iluminando los ojos de cada uno de nosotros con la mirada de Jesús; es permitirle que transforme nuestro corazón con los sentimientos de Jesús, que fortalezca nuestra voluntad con la fuerza de Jesús. Ser cristiano es **“aprender a ver”** al modo de Jesús.

Sabemos a dónde se dirigía la mirada de Jesús: Primero hacía arriba, hacia su Padre, porque en el encuentro con Él comprendía mejor el sentido de su vida y de su misión y en Él hallaba la fuerza para realizarla; sin duda, dirigía su mirada hacia adentro, para constatar que su voluntad y sus sentimientos se fueran ajustando a la voluntad de Dios.

Pero Jesús también dirigía su mirada hacia afuera, hacia los demás, y no para juzgarlos o condenarlos, sino para hacerles llegar su misericordia y su perdón. Y también dirigía su mirada hacia abajo, hacia los oprimidos... Sí, hacia aquellos que yacíamos llagados a las puertas de su casa y estábamos ávidos de llenarnos de la abundancia de su mesa.

Dios nos mira por fuera: ve lo que pasa, lo que hacemos, lo que decimos..., y también mira nuestro interior: lo que sentimos, lo que sufrimos y lo que gozamos y, desde ahí, ilumina el camino que podemos recorrer con otras personas. Por eso no podemos abandonar a ningún hermano en la calle, a la puerta de nuestra casa y recogiendo las migajas de lo que nos sobra. Es necesario que todas las personas y todos los países puedan disponer de lo necesario para vivir, para desarrollarse como personas. Así ama el Padre Madre Dios a cada persona. Ve lo propio de cada uno, lo singulariza y le ofrece la posibilidad de hacer camino, los unos con los otros, y así poder vivir y construir un mundo de hermanos.

**DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4): *¿Hasta cuándo, Señor?*

Salmo (94, 1-2.6-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 6-8.13-14): *Reaviva el don de Dios que hay en ti.*

Evangelio (Lucas 17, 5-10): *Somos siervos inútiles.*

Hay un tema común en las lecturas de hoy: la fe. Desde ahí se inician o ahí concluyen los textos que se nos han propuesto para nuestra liturgia dominical, pues cada uno presenta una aproximación propia al mismo tema. El libro del profeta Habacuc comienza con el grito de un profeta hastiado de lo que ve y de lo que vive. Sus preguntas a Dios son las mismas que muchos de nosotros nos hemos hecho o nos hacemos a lo largo de la historia.

Las quejas de que habla el profeta, me parece que podemos suscribirlas hoy nosotros: la opresión, la injusticia, la corrupción, los asaltos, las rebeliones y los desórdenes de que hablaba el profeta siglos atrás, siguen siendo parte de nuestro escenario cotidiano. **¿Hasta Cuándo, Señor?** Eso preguntó Habacuc y, muy probablemente, eso mismo preguntamos nosotros también. Dios en su respuesta no ofrece ninguna indicación temporal, ni responde con una serie de razones, sin embargo, nos abre a la esperanza: *«El malvado sucumbirá sin remedio –dice el Señor–; el justo en cambio, vivirá por la fe»*, o lo que es lo mismo, para el malvado no hay futuro; en cambio, para el justo, para el hombre fiel, su fe le llevará a recibir y desarrollar el don de la vida que Dios le ofrece.

En la segunda lectura, escuchamos los consejos de un viejo misionero a su joven discípulo, que afronta graves responsabilidades. En la carta no se escucha la voz de Timoteo, pero sí deja ver la necesidad que tiene de ser guiado en la tarea que debe acometer. Pablo no apela a los conocimientos o experiencia de Timoteo, no saca a relucir sus dotes naturales o sus talentos, no se refiere a sus habilidades o destrezas, le dice lo que te puede ayudar es lo que recibiste: *«Reaviva el don de Dios»*. Es el Señor quien le ha dado el espíritu de fortaleza y de amor y le ha despojado de su temor. ¡Todo es don de Dios! No hay que sentirse avergonzado de reconocer al Mesías de Dios en un crucificado. No hay que sentirse avergonzado de tener a su maestro encarcelado por causa de la fe. No hay que acobardarse, sino saberse fortalecido por el Señor.

Jesús había estado hablando a sus discípulos sobre el perdón. Les había dicho: *«Si tu hermano te ofende, repréndele y si cambia de actitud, perdónale. Aunque te ofenda siete veces en un día, si siete veces viene a decirte “me arrepiento”, perdónalo»* (Lc 17,3-4). Al escucharle, los discípulos se vieron tan pequeños, tan incapaces de vivir aquello que les proponía que le pidieron ayuda: *«Señor, auméntanos la fe»*.

En realidad, el asunto no es cuestión de tamaño: *«Si tuvierais fe como un granito de mostaza»*. Jesús quiere que sus discípulos miremos el asunto desde otro ángulo. No es cuestión de tamaño, sino de la vitalidad de la fe. Una fe que se vuelva actividad comprometida y desinteresada; una fe que nos impulse a ponernos a trabajar en todos los detalles de nuestro quehacer cotidiano y que no nos haga buscar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido. Sabiendo que no somos siervos, sino hijos queridos.

Las grandes causas necesitan de la fe, de la fe que se hace convencimiento de que aquello que es justo y bueno es posible alcanzarlo y merece la pena empeñar la vida en ello. ¡Cuántos avances sociales han sido posibles gracias a que algunas personas lo vieron claro y apostaron por ello, convencidas de que con su lucha hacían posible una sociedad mejor! Y trabajaron y lucharon por hacerlo realidad, aunque las dificultades parecieran insalvables.

Pero no es necesario ir tan lejos. También, aquí y ahora, la vida nos muestra a “pequeñas-grandes” personas que viven con fe en sí mismas, con fe en los demás, con fe en la humanidad. Padres y madres que se desvelan porque sus hijos no solo saquen una buena carrera, sino que sean, antes que nada, buenas personas; personas anónimas con fe en sí mismas, que se levantan cada mañana a pesar de los fracasos profesionales, de los desamores, de los abandonos, del peso de los años; ángeles anónimos que siempre regalan una sonrisa, comparten una soledad, aportan unos euros para una causa, etc.

“La fe es confianza, convencimiento, determinación”. Para vivir y luchar por una vida digna nos es necesaria la fe. Para amar y perdonar, como Jesús, necesitamos de la fe. Para trabajar junto a Él por el Reino de Dios necesitamos de la fe. Las opciones importantes en la vida solo las tomamos desde el convencimiento y únicamente permanecemos en ellas desde la determinación.

Jesús sentía admiración por las personas con fe. Recordemos cómo a la mujer con flujos de sangre le dijo: *«Ánimo, hija, por tu fe has quedado sanada»* (Mt 9,22); y cómo, al ciego Bartimeo le dijo: *«por tu fe has sido sanado»* (Mc 10,52). Jesús sintió admiración por la fe de aquellos hombres que descolgaron a un paralítico desde el tejado para que pudiera llegar hasta él (Lc 5,17-26); y admirado por la fe de un oficial romano dijo a la gente: *«Os aseguro que en Israel no he encontrado tanta fe como en este hombre»* (Lc 7,9). Hoy, Jesús podría decirnos: *«si tuvierais fe como un granito de mostaza»*: el mundo sería una casa más habitable para todos; la vida sería menos dura para mucha gente; la Iglesia sería más evangélica; vuestra vida sería una buena noticia, una noticia feliz para todos los que nos conocen y rodean.

## **DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (2º Reyes 5, 14-17): *Quedo limpio.*

Salmo (97, 1b-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (2ª Timoteo 2, 8-13): *Acuérdate de Jesucristo resucitado.*

Evangelio (Lucas 17, 11-19): *Maestro, ten compasión de nosotros.*

El territorio, según nos relata Lucas era fronterizo. Jesús pasa de Galilea a Samaria en su viaje a Jerusalén, cuando un grupo le sale al paso y, deteniéndose a lo lejos, pide compasión por parte del profeta cuya fama, sin duda, habría llegado hasta ellos en rumores y en las voces apagadas de quienes les dejarían algo de comida para ayudarles a subsistir.

Expulsados de sus pueblos o ciudades, alejados forzosamente de sus hogares, considerados impuros por la religión establecida, aquellos leproso habían perdido muchas de las señas de su identidad. Ya no eran “*fulano de tal*”, ya no era este o aquel su oficio, ya no se hablaba de su familia ni de sus ancestros, ya no había lugar para planes o proyectos. Cada uno era reducido simplemente a su enfermedad: **¡era un leproso!**

Tenía que ser muy deprimente la soledad a la que se enfrentaba cada uno de los leproso de nuestro relato evangélico. Tan deprimente que los llevó a formar un grupo que, en circunstancias normales, jamás se hubiesen reunido. Sin embargo, hemos escuchado que al menos uno de los diez leproso era samaritano. Solo así, desde esta situación de “*común infortunio*”, podemos explicarnos que anduvieran juntos judíos y samaritanos normalmente contrarios, solidarios en aquello que les era común: su humanidad desfigurada por la lepra.

Y es que, ante las necesidades más graves, los seres humanos aprendemos a saltarnos las barreras que nos separan y buscamos algo de sentido en la unión, aunque sea temporal, que nos fortalece. Por desgracia, en muchos casos el egoísmo ha hecho su nido tan profundamente en nuestro corazón que, tan pronto vemos una vía de escape, en lo primero que pensamos es en el propio yo: “*Sálveme primero yo y después sálvense los que puedan*”.

Hay solidaridad en el bien y también en la búsqueda del bien. Hay solidaridad en el sufrimiento y en la búsqueda de su alivio. En el mal, no; en el mal no hay solidaridad; lo que hay es complicidad. En este grupo nos encontramos con diez personas solidarias en su enfermedad, en su marginación, en su aislamiento, y también en la esperanza de curación y de reintegración a la vida que quizás durante mucho tiempo consideraron ordinaria. Hoy, sabemos, que un milagro es un fenómeno natural aún no investigado, que la lepra es una enfermedad crónica pero tratable, y que todo individuo está protegido por unos derechos inalienables, sea o no miembro de una sociedad concreta.

Los relatos de milagros y curaciones de Jesús, como el que hoy escuchamos, nos resultan difíciles de interpretar desde una concepción científica del mundo. «*Jesús, Maestro, ¡ten compasión de nosotros!*». El grito lastimero llega a sus oídos y, el milagro que realiza Jesús no es compadecerse meramente de su enfermedad, como le pedían los leproso, sino que “*se sintió con ellos*” y así los reconoció como personas puras, limpias, dignas. Es esto lo realmente admirable y milagroso. Ya no tenían que esconderse, sino que Jesús les enviaba a presentarse –ante los sacerdotes, representantes del pueblo ante Dios– con plena dignidad. Cuando sintieron el progreso de su salud los pasos se les volvieron más seguros y su caminar más decidido rumbo al templo para ver a los sacerdotes y poder cumplir los requisitos de la Ley antes de volver a sus casas, a sus pueblos, a sus trabajos y negocios, a la vida que pensaban haber perdido para siempre.

Los milagros de Jesús no son simples “*fenómenos naturales*” sino admirables fenómenos de la transformación espiritual, personal y social que provoca. Pero, como relata el evangelio de hoy, solo puede ser transformado quien además de tener fe –en la curación de una enfermedad, como los leproso judíos– vive de la fe. El leproso samaritano, al que le queda solo la fe en Jesús para vivir, no se deja deslumbrar por una curación, sino que se admira del auténtico milagro que Jesús ha hecho en él, y por eso: «*Regresó alabando a Dios en voz alta, se postró a los pies de Jesús y le dio las gracias*». Conversión y alabanza, reconocimiento y gratitud.

Creo que Lucas nos ofrece aquí algo más que un simple relato de curación con resultados semejantes y reacciones diferentes. Creo que no se trata solamente de una enseñanza sobre la fuerza poderosa de Jesús ni sobre el debido agradecimiento por los dones recibidos. Después de todo, al final del relato, el Maestro despide al samaritano que ha vuelto alabando a Dios y dándole gracias con estas palabras: «*Tu fe te ha salvado*». Creo que está hablando de un camino espiritual para el creyente.

El creyente es una persona profundamente lastimada que ha sido sanada en su encuentro con Jesús. Esta es la condición de todos los seres humanos que tenemos la fortuna de encontrarnos con Jesús cuando pasa cerca de nosotros. El creyente se da cuenta que ha recuperado la salud y de que vive por pura gracia; que regresa para agradecer con humildad la causa de esa vida nueva; que mira al futuro pero no olvida su pasado. Que mira al pasado donde está “*su lepra*” que le humilla y destruye, que pide: “*Ten piedad de nosotros*” y, mira al futuro porque ha puesto su seguridad en Dios y en su enviado Jesucristo, el único salvador que le dice: «*Levántate, tu fe te ha salvado*».

## **DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Éxodo 17, 8-13): *Josué derrotó a Amalec y a su pueblo.*

Salmo (120, 1b-8): *«Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra»*

2ª lectura (2ª Timoteo 3, 14 – 4, 2): *Insiste a tiempo y a destiempo.*

Evangelio (Lucas 18, 1-8): *Os digo que les hará justicia sin tardar.*

En este domingo, la Palabra de Dios nos está hablando de la perseverancia en la oración, aunque de un modo un tanto extraño. El evangelio nos presenta esta parábola del juez y la viuda, en la que podemos ver las situaciones que se daban en el Israel de tiempos de Jesús: Una justicia corrupta, amplios sectores de la sociedad que eran víctimas de la injusticia que tenía como resultado la pobreza, la exclusión, la marginación, etc.

Sin embargo, Jesús predicó y actuó constantemente contra esta situación, desde la proclamación de: **«Bienaventurados los pobres»**, a buscar al débil, a curar a los enfermos, etc. También hoy hay muchas viudas desatendidas por la justicia de los hombres, también hoy hay situaciones de pobreza institucionalizada, de marginación, de exclusión, de violencia, de personas que, como las primeras comunidades cristianas, son ferozmente perseguidas, encarceladas y martirizadas, también hoy hay mártires que son degollados por ser cristianos, pensemos en lugares como Siria, Nigeria, Bogotá, Venezuela, Nicaragua, Sri Lanka, etc.

Ante estas situaciones, tenemos que orar, pero con una oración que tiene que surgir de la experiencia de fe, la fe de la viuda que le hace ser constante y perseverante. Por eso el evangelista concluye diciendo: **«Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»**. No podemos apresurarnos a responder a una pregunta que no solo nos concierne a nosotros, sino a todos los posibles creyentes de las generaciones venideras. Y, sin embargo, al menos tendemos a ser optimistas y, queremos descubrir una necesidad humana de confianza que es la base indispensable para abrirse a la fe, en sentido religioso.

Por eso, hoy, en nuestra oración tenemos que volver la vista a estas situaciones de injusticia que tenemos en nuestro tiempo, a orar y también a actuar denunciando estas situaciones, siendo conscientes de que, en pleno siglo XXI siguen existiendo guerras, violencias y, sobre todo, hambre, enfermedad, marginación..., la oración solo será posible desde una profunda experiencia de Dios, una experiencia de amor, por lo que Santa Teresa define la oración como ese **«trato de amistad con quien sabemos nos ama»**.

Cuando veo a un bebé dormir tranquilo y seguro en los brazos de su madre, pienso que cuando crezca va a seguir anhelando unos brazos que lo estrechen y le den la misma tranquilidad y la misma seguridad... e imagino los brazos maternos de Dios, que nos atraen hacia sí en nuestros cansancios, en nuestras zozobras y en nuestros miedos. **«Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»**.

Cuando veo a un grupo de amigos riendo y cuchicheando, compartiendo aventuras y haciendo alguna que otra travesura, pienso que esos muchachos van a crecer, pero que seguirán teniendo necesidad de saborear la amistad, simplemente por el gusto de sentirse acompañados... e imagino a Dios, amigo y compañero que ríe y llora con nosotros toda la vida, que se hace solidario en nuestras aventuras y un poco cómplice de nuestras travesuras, porque, después de todo, es un amigo para siempre. **«Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»**.

Cuando veo una pareja de novios que se miran y se abrazan, que ríen y sueñan juntos, que anhelan un mañana de intimidad sin límites y de dicha compartida, pienso que van a crecer y que la vida se va a tornar seria y que tendrán menos tiempo para estar juntos de lo que deseaban, pero que no dejarán de soñar y de desear intimidad y de gozar en la compañía de la persona amada... e imagino a Dios, fuente de amor, que nos creó a su imagen y semejanza, varón y mujer a imagen suya, y nos hizo anhelar la comunidad amorosa en búsqueda perenne no solo de intimidad sexual, sino de esa intimidad que bien podríamos llamar "cordial". **«Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»**.

Cuando veo a esas personas, hombres y mujeres, ya con sus años encima, casados o solteros, también algunos viudos quizás, que siguen sonriendo con ternura a los pequeños, sus nietos o los de otros, que se impacientan con los gritos de los adolescentes y encuentran muy difícil comprender a los muchachos, que suspiran por el pasado ido cuando ven a las parejas jóvenes rodeadas de sus retoños, y siguen levantando la mirada y buscando a alguno de tantos rostros que se han hecho conocidos con el paso de los años, pienso en el Dios de las eternidades, para quien mil años son como un día que pasó... y lo imagino feliz de hallarse entre sus amigos de tantos años y gustoso de compartir un café conversando acerca de la vida por los siglos de los siglos... **«Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»**.

Espero que sí. Y lo deseo de verdad, porque el dolor y la tristeza nunca son peores que cuando se tienen que afrontar solos y sin fe. Y deseo que haya todavía mucha fe en el mundo, porque el amor y la alegría nunca son mayores que cuando se viven en compañía de Dios, desde la fe.



## **DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico 35, 12-14, 16-19a): *Su plegaria sube hasta las nubes.*

**Salmo** (33, 2-3, 17-19, 23): *«El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó»*

**2ª lectura** (2ª Timoteo 4, 6-8, 16-18): *He conservado la fe.*

**Evangelio** (Lucas 18, 8-14): *Ten compasión de este pobre pecador.*

Se suele decir que las comparaciones son odiosas, pero, a decir verdad, pasamos gran parte de nuestra vida comparándonos con los demás o siendo comparados por ellos. La cosa en sí no tiene nada de extraño: “*Es más bonita que fulana*”, “*está más alto que su hermano*”, “*juega mejor que todos los del grupo*”, “*es la más lista de la clase*”. Y, al ir creciendo, las comparaciones suelen ser más profundas, a veces mordaces y a veces halagadoras: “*Gana más que todos en la familia*”, “*es la que supo sacar mejor partido a su belleza*”, “*es la persona más venenosa que conozco*”. El asunto se complica cuando ya no son los demás los que nos comparan, sino que nosotros mismos empezamos a compararnos y, según el momento o según el carácter, salimos ganando o perdiendo.

La parábola que hoy escuchamos la contó Jesús por **«algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás»**. Y es que, a la hora de compararse, nada se le escapa a quien busca sobresalir. Ni siquiera en el terreno del cumplimento religioso parece posible evitar esta tendencia humana.

Oímos que san Pablo se siente contento con la manera como ha podido responder a lo que entendió que era su particular vocación. Se siente feliz de haber luchado bien su combate y de haber corrido hasta la meta, pero esto no le hace compararse con los demás, ni le hace sentirse orgulloso. En cambio, las personas por la que Jesús cuenta la parábola parecen estar en una onda diferente. Jesús no les critica que se esfuercen en cumplir, sino que se comparen con los demás y los desprecien.

La parábola que nos presenta el evangelio de hoy es muy incisiva para quienes frecuentamos los templos. No nos deja indiferentes y nos obliga a reflexionar. Todos queremos presentarnos a Dios con buenos deseos y ofrendas de buenas obras, aunque, en muchas ocasiones, solo le presentamos una buena apariencia.

El fariseo de la parábola seguramente pasaría por ser un hombre bueno a los ojos de los demás. El problema es que era “*demasiado bueno*” a sus propios ojos. Y para poder sostener su orgullo intacto, elige fijarse en que no es como los demás: ladrones, injustos y adúlteros, y menos aún como el infame publicano que justamente se mantenía a distancia... Pero olvidaba un pequeño detalle: el no era el juez. Este título le pertenece a Dios, y es Dios el único que puede justificar a sus hijos.

Del publicano, en cambio, se podía decir que era un pecador público, y él lo sabía, pues justamente era detestado por todos, ya que su oficio le hacía cobrar impuestos, los debidos y quizás algunos más. No se atrevía a levantar la mirada ni a acercarse demasiado. Solo se atrevía a pedir misericordia. Por eso: **«bajó a su casa justificado, mientras que el otro no»**.

Nuestro buen Padre Dios no pone su ilusión en las apariencias ni en las buenas intenciones. Su esperanza está en nuestro corazón y en el reconocimiento de nuestra pobreza y pecado. El aplauso de Dios es para quien se presenta en autenticidad ante él..., aunque le quede mucho por mejorar. Este es el justo ante Dios y recibirá la fuerza para enderezar su camino.

No hay nada más injusto que tratar de la misma manera a quienes son diferentes. Aunque todos tengamos la misma dignidad, los “*talentos*” han sido repartidos de forma desigual. Son muchos los factores que hacen que la vida de las personas sea distinta (familia, fortuna, educación, relaciones, capacidades...). Son muchas las brechas y los muros que hay entre las personas o entre los países y regiones.

Dios no excluye a nadie de su amor y su gracia, pero toma partido por el débil al igual que un padre o una madre están más atentos del hijo más necesitado. La Biblia siempre insiste en la proximidad de Dios con los pobres, los oprimidos, los huérfanos y las viudas. Hoy, nosotros, también tomamos partido por los necesitados y las víctimas de nuestro mundo. Estamos llamados, por Él, a poner nuestras capacidades y talentos a su servicio.

**«He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe»**, así se despide Pablo de los suyos y nos invita a que nosotros vivamos así la fe y el seguimiento de Jesucristo. Estamos llamados a “*dejar huella*” en la historia. Las huellas de Dios son nuestros actos de amor, justicia, perdón, defensa de los débiles, misericordia... aunque esto nos traiga dificultad o persecución, Dios nos dará su fuerza.

Sin duda, el Señor nos dará su fuerza. A ello nos invita la celebración del DOMUND, en este domingo. Hoy la Iglesia nos invita a implicarnos de verdad en la solución de estas lacras sociales, no podemos ser discípulos de Cristo y permanecer indiferentes ante esto porque el sufrimiento de los humildes clama a Dios y se une al sufrimiento de Jesús y contribuir a llevar la cruz de todos los crucificados de nuestro tiempo es tomar con nosotros la Cruz de Cristo. Pidamos que nunca falten en la Iglesia hombres y mujeres de buena voluntad, misioneros, testigos de Jesús, en el consuelo y la misericordia.

## **DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 11, 22 – 12, 2): *Tú eres indulgente con todas las cosas.*

**Salmo** (144, 1b-2.8-11.13c-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»*

**2ª lectura** (2ª Tesalonicenses 1, 11 – 2, 2): *Oramos continuamente por vosotros.*

**Evangelio** (Lucas 19, 1-10): *Hoy ha sido la salvación de esta casa.*

La primera lectura, del libro de la Sabiduría, refleja bien la tensión entre la impotencia de los poderes injustos y la omnipotencia de Dios. La impotencia del injusto produce miedo, defenderse de la realidad que uno no controla, hace tomar malas decisiones de gobierno. Sin embargo, la omnipotencia que el autor percibe en Dios se desarrolla en la compasión por todos los seres humanos hasta llegar a una experiencia ya cercana al Nuevo Testamento: el amor de pertenencia perdona: *«a todos perdonas porque son tuyos, Señor».*

Hay mucha gente que se porta mal y que nos resulta insoportable, y más de una vez nos preguntamos si a Dios eso le da lo mismo o por qué parece que sigue dormido ante todas esas cosas. No, a Dios no le da lo mismo. Parece que no mira los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse... Va corrigiendo poco a poco a los que caen, los reprende y les trae a su memoria sus pecados, para que se arrepientan de sus maldades y crean en Él.

¿Cómo explicarse esa interminable paciencia de Dios? ¡Divina paciencia que espera el arrepentimiento de aquellos a quienes nosotros ya habríamos aniquilado largo tiempo atrás! Tal vez nos parece inútil esa espera por parte de Dios, pues estamos convencidos de que hay algunos que jamás cambiaran de conducta. Es necesario tener corazón de padre, y de Padre divino, para esperar que cada uno de los hijos acabe por ver la luz y enderece su camino. ¡Si al menos, de vez en cuando, interviniera para destruir a alguno de los malvados!, los demás se lo pensarían mejor... Pero como bien nos recuerda el sabio, Dios se compadece de todos, Dios perdona a todos, como en más de una ocasión nos ha perdonado a nosotros también.

¿Por qué Dios se compadece de todos? *«Porque tú amas todo cuanto existe y no aborreces nada de lo que has hecho».* En último término, *«Señor, tú perdonas a todos porque todos son tuyos»* ¡Todos son tuyos! Tuyos son Santiago y Juan, tuyo es Pedro, y Judas también... Tuya es María de Nazaret, y Marta y María las de Betania, y también la magdalena y la samaritana... Tuyo es el leproso, el sordomudo y el ciego de Jericó; tuyas la mujer hemorroísa, la encorvada y la mamá del muchacho difunto de Naím...

También son tuyos el piadoso y presuntuoso fariseo y el arrogante maestro de la Ley; es tuyo el pobre enfermo que desde hace años yace junto a la piscina sin saber si verdaderamente se quiere curar, y es tuyo el cobrador de impuestos, a pesar de que ha abusado de su cargo para enriquecerse injustamente. ¡Todos son tuyos! Perdóname, Señor, pero a ratos se me hace muy difícil aceptarlo: ¿de verdad todos son tuyos? Hoy me dejas con la boca abierta por tu ocurrencia de ir a la casa de Zaqueo.

Zaqueo, probablemente es un personaje que no resulta tan desconocido como otros. Pero conviene no olvidar, que al ser jefe de publicanos (quienes cobraban impuestos para Roma) y rico (posiblemente adquirido con corruptelas) era considerado por el mundo judío como pecador público.

Cuando Zaqueo se entera de que Jesús anda por Jericó, su ciudad, va buscando a Jesús. Probablemente las riquezas no compensaban su malestar interior. Posiblemente con miedo a los judíos y con algo de sentimiento de culpa por ser señalado como pecador público, busca. Y en esa búsqueda no encuentra, más bien es encontrado.

Desde el punto de vista teológico, Jesús, el Santo Hijo de Dios, mira a Zaqueo y se produce el encuentro entre el pecador y el salvador. Desde el punto de vista antropológico, la mirada de Jesús cambia a Zaqueo pues experimenta que alguien se fija en él, sin juzgarlo, y le devuelve la dignidad de sentirse reconocido por alguien. Elemento este muy importante en las relaciones con Dios y con los demás seres humanos.

Es significativo el atrevimiento de Jesús, atrevimiento del amor que no espera a ser invitado, sino que se auto-invita a casa de Zaqueo. En nuestra sociedad predomina el respeto, pero el respeto no ama ni se atreve. ¿Qué le hubiera podido pasar a Jesús? ¿Qué Zaqueo le dijera que no? El amor se atreve, el respeto se reserva.

¿Qué consecuencias conlleva el encuentro? El evangelio es discreto. Pero expresa bien lo que acontece: al sentirse amado por Jesús, ¿para qué quiere ya la seguridad de amontonar riquezas? La tensión entre acumular pensando que esa acumulación da seguridad y que la fe no la da, porque solo da confianza, queda reflejada en el cambio que se produce en el corazón de Zaqueo. Su confianza ya no está en el dinero, sino en el amor de Jesús.

El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido. ¡Qué alegría para los que estamos perdidos! ¡Todos son tuyos, Señor! Y tú amas la vida. Por eso entras en nuestros pueblos y ciudades, y pasas por nuestras calles, y levantas tus ojos, y nos miras en nuestras ridículas alturas. Quizás sonrías un poco y acabas de pronunciar el nombre de cada uno de nosotros, mi nombre y nos dices: *«Bájate pronto, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa».*

## **SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS**

**1ª lectura** (Apocalipsis 7, 2-4.9-14): *Vi una muchedumbre inmensa.*

**Salmo** (23, 1b-4b.5-6): *«Esta es la generación que busca tu rostro, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Juan 3, 1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

**Evangelio** (Mateo 5, 1-12a): *Vuestra recompensa será grande en el cielo.*

La fiesta de hoy es una de las que gozan de mayor simpatía popular. Para muchos, es una fiesta muy familiar que conecta con ese cordón umbilical que nos hace sentir la unión con nuestras generaciones anteriores. De ellas, solemos tener buenos recuerdos; por ellos y la nostalgia que sentimos por los seres queridos que se han ido, consideramos que bien podríamos incorporarlos al grupo de los santos, esos a los que la Iglesia considera personas destacadas por su forma religiosa de vivir desde la relación con Dios. En el recuerdo nos han quedado sus buenas cualidades, que se manifestaron en momentos marcados por sus gestos hacia nosotros u otras gentes en formas de ayuda, cercanía, solidaridad y su dimensión sensible hacia las necesidades ajenas.

Porque la vida y la historia de todos es complicada. No es un paseo triunfal y cómodo para nadie. A todos, de diferente forma e intensidad, los problemas y las necesidades nos acechan, las frustraciones nos acompañan, los miedos están a nuestro lado y la impotencia se siente muchas veces. Lo que nos cambia profundamente es la actitud desde la que la vivimos. Vivirla sin esperanza es deprimente y angustiante. Vivirla con esperanza es entenderla como paso hacia formas nuevas ya en la historia y, como paso también, hacia otra historia en la que Dios regalará lo que hemos anhelado aquí sin mucho éxito. La clave, por lo tanto, es Dios.

Vivir la historia con Dios y entenderla desde Él es el rasgo distintivo de los santos. Esa relación con Dios se traduce en hechos y en palabras. Pero si estas expresan el sentido de lo que hacemos, los hechos confirman la realidad de lo que decimos. Llamar a Dios Padre, como hacemos los cristianos, es sentar la base de la libertad en el mundo, exactamente igual que el hijo se siente libre en la casa de sus padres porque sabe, con seguridad, que es querido y aceptado tal y como es, sin tener que hacer méritos para conseguir ese amor. La traducción en hechos de confesar a Dios como Padre es sentirse libre de ganarse la herencia, que es regalo o derecho de hijo, y se realiza en la colaboración familiar para que los miembros tengan lo necesario y a los hermanos les vaya bien.

¿Y qué podemos hacer? Sencillamente tener sensibilidad ante el sufrimiento y ayudar a superarlo. Es una de las traducciones que podemos hacer de las bienaventuranzas. La esperanza la sacamos de nuestra relación con un Dios tan humano como el de Jesús. Él nos invita a situarnos en la historia con la actitud de mirar a quien puede necesitarnos. Eso, además de traducir el sentido de la esperanza a nuestra historia actual transformándola, es la forma de provocar el nacimiento de la esperanza en quienes se quedaron atrapados en la angustia y el dolor. Los santos son seres muy humanos porque Dios los hace muy sensibles y solidarios.

La santidad no es un esfuerzo titánico para alcanzar algo que nos supera absolutamente, sino don divino que estamos llamados a reconocer y vivir con agradecimiento grande: *«Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí»* (Pablo, 1ª Corintios 15,10). Mantenedos todos por unas palabras que consuelan en todo momento: *«En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas»; en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios»* (Isaías 49,4).

*«Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo»*. Así lo proclamamos en el centro de nuestra celebración eucarística, uniéndonos a esa multitud inmensa del libro del Apocalipsis para cantar su gloria y sabiduría, su honor, poder y fuerza por los siglos. En el himno del Gloria, cantamos cada domingo: *«Sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú altísimo Jesucristo»*. Y Pedro confesará con toda la Iglesia: *«Tú eres el Santo de Dios»*.

Santa es *«María, madre de Cristo»* y madre de la Iglesia, *“nuestra madre”*. Llena de Gracia, fecunda en el Espíritu Santo. Por eso, el que va a nacer de ella se llamará *«Santo, Hijo de Dios»*. Bendita entre todas las mujeres, sigue los pasos de su Hijo hasta la cruz. Y reunida con los apóstoles recibe el Espíritu Santo.

Santos somos todos los cristianos. Santos, porque nuestro Dios y Señor es santo. Santos porque hemos sido configurados con Cristo por el bautismo. Somos santos, con una vida preciosa, única e irrepetible.

Santa eres tú, madre de familia, que reproduces en los tuyos las entrañas maternas de Dios con tu ternura. Y tú trabajador y trabajadora, que soñabais con realizar vuestra vocación en una profesión digna al servicio de la sociedad y del sustento de los vuestros, y os habéis encontrado con un precario sueldo que no da para llegar a fin de mes, y seguís dando el callo.

Santo eres tú, hombre y mujer políticos, que os consagrasteis a ese mundo difícil, comprometidos en la tarea de buscar la dignidad y el bienestar de vuestros conciudadanos. Y tú, joven, que ves peligrar tus ilusionados proyectos, pero no te rindes. Y tú, sacerdote que has gastado con limpieza tus fuerzas en la entrega al pueblo de Dios, y ahora vives en la soledad de tu cuarto, con pocas visitas y una salud débil.

Santos somos tú y yo, porque **“La santidad es nuestra denominación de origen”**.

## **DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Macabeos 7, 1-2.9-14): *El Rey del universo nos resucitará.*

Salmo (16, 1bcd.5-6.8-15): *«Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2, 16 - 3, 5): *El Señor, os dará fuerzas.*

Evangelio (Lucas 20, 27-38): *No es Dios de muertos, sino de vivos.*

Oficialmente ya no hay saduceos en el mundo, sin embargo, sigue habiendo muchas personas, incluso de nuestra tradición cristiana, que niegan la resurrección de los muertos. Por supuesto, no hay manera científica de probar que los muertos resucitan, como también son muchas las cosas que no podemos demostrar por la ciencia y que aceptamos gustosamente, lo más extraño es que algunas de esas personas incrédulas, acaban creyendo en cualquier cosa. Aunque no sea de manera oficial, *“sigue habiendo saduceos en este mundo”*.

En el Evangelio de este día vemos el intento de los saduceos por ridiculizar a Jesús en su fe en la vida eterna. Y para eso echan mano de las tradiciones judías, según las cuales era costumbre casarse con un pariente (herencia de la vida tribal). Según una ley del Deuteronomio (25,5-10), si varios hermanos vivían juntos y uno de ellos muere sin descendencia, uno de los supervivientes se casa con la viuda, y el primogénito de este nuevo matrimonio es considerado como hijo del difunto. La razón esencial es la de perpetuar la descendencia, el *“nombre”*, la *“casa”*. Es la expresión que se daba de los lazos de la sangre, así como el modo de evitar la pérdida de los bienes de la familia. Es la ley del levirato.

Jesús dice con claridad: los que sean juzgados dignos de la vida eterna ya no se casarán, ya no vivirán según las normas de las sociedades, serán en plenitud hijos de Dios, vivos para la Vida. Estas son las razones para la Vida, la Vida en total visión con Dios Padre. Nuestros deseos de vida quedarán colmados en la Vida que esperamos, y que ya gustamos en este camino de la vida, cuando buscamos el encuentro y la fraternidad.

Vivir es hacerlo como resucitados. Vivir para la Vida, porque no hay separación entre *“esta”* y la *“otra”* vida. No; somos hijos en el Hijo desde ahora, en todo momento. Por eso la vida es una continua tarea de crecer, de superar lo que nos aparta del Amor (de la Vida) de Dios. Pero, pequeños como somos, nos falta fuerza para vivir en fidelidad a nuestros compromisos. Suerte, la de los cristianos: aún entonces recibimos la Fuerza del Padre que nos ama y nos da empuje para toda clase de palabras y obras buenas, como bien dice Pablo. Recogemos este ruego: que Dios dirija nuestro corazón hacia su Amor, porque es lo mejor que nos puede pasar. Un Amor que ya hemos recibido y para siempre, y que con aliento y coraje nos lanza a hacer nuestra la Vida de Jesús.

**«Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos».** Cuando escuchamos la historia de los siete hermanos, no la de los que se tuvieron que casar con la misma mujer conforme a la tradición judía de esa época, sino la historia de los martirizados por órdenes del rey Antíoco Epífanes, no podemos menos que temblar. Para ellos, la muerte era solo un paso doloroso en la transformación de la vida. Creían firmemente que Dios es un Dios de vivos; creían, como muchos años después dirá Jesús: **«para Dios todos viven»**.

Estos jóvenes no son testigos de que hay que cumplir la Ley escrupulosamente, sino que son testigos de que hay un Dios cuya voluntad se debe seguir si se quiere compartir con Él la vida para siempre. **«Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se tiene la firme esperanza de que Dios nos resucitará»**. Sin duda, los saduceos conocían este relato, pero no compartían esa fe ni esa esperanza. El relato de la muerte de los hermanos en el libro de los Macabeos expresa la certeza de que Dios está siempre del lado de las víctimas, en contra de la injusticia y de quienes la provocan.

San Pablo reconocía que **«nuestro Señor nos ha amado y nos ha dado gratuitamente un consuelo eterno y una feliz esperanza»**. Pero ese amor, ese consuelo y esa esperanza se traducen en fortaleza y en buenas obras y buenas palabras. No es un amor que se engríe, no es el consuelo que paraliza, no es la esperanza que aguarda indolente lo que sea... Los dones de Dios confortan, o sea fortalecen, para actuar y hablar conforme a lo que experimentamos y creemos.

**«No todos aceptan la fe»**, decía Pablo, y añadía: **«Pero el Señor es fiel»**. El estilo de vida habrá cambiado en lo exterior, pero como dice un refrán: *“cuanto más cambia, más parece lo mismo”*. También hoy podemos decir que *“no todos aceptan la fe”*, y, ciertamente, no todos aceptan la resurrección, pero el Señor sigue siendo fiel y Él nunca ha sido un Dios de muertos, pues para Él todos viven.

A veces, entre tantas injusticias que vemos a nuestro alrededor, las continuas agresiones a las personas, a la naturaleza y al mismo Dios, de las que podemos ser responsables, solemos preguntar ¿dónde está Dios? Es la pregunta sobre el *“sentido”* del mal, del sufrimiento y de la muerte, que suscita respuestas, rechazos y hasta negación de Dios. ¿Dónde está Dios?, preguntamos al mirar la Cruz: pues ahí, clavado en la cruz, *“pero ha resucitado”*... Nosotros hacemos al menos cada domingo la profesión de nuestra fe y la concluimos diciendo: *“Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro, Amén”*.

## **DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Malaquías 3, 19-20a): *Os iluminará un sol de justicia.*

Salmo (97, 5-9): *«El Señor llega para regir los pueblos con rectitud»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3, 7-12): *Que trabajen con sosiego.*

Evangelio (Lucas 21, 5-19): *El fin no será enseguida.*

Una de las realidades más contundentes de la vida es la provisionalidad de todo cuanto existe. Los días se suceden unos a otros y el tiempo avanza, inexorablemente, sin detenerse jamás. Todas las cosas sujetas a este constante vaivén, se van desgastando hasta llegar al fin de su existencia. Dicen los expertos que hay algunas creaturas que solo viven unas horas, otras unos pocos días, para algunas, hay una expectativa vital de meses o de años, pocos o muchos, de lo que no hay duda es que todas, absolutamente todas, terminan, su vida. Las obras del ser humano, incluso las monumentales y maravillosas, que nos dejan con la boca abierta, también están sujetas al deterioro o a la total destrucción.

Estamos llegando al final del ciclo litúrgico y las lecturas tienen una orientación escatológica. El próximo domingo será el último del ciclo litúrgico. Hoy, penúltimo domingo, reflexionamos sobre el fin del mundo y de la historia. A nosotros nos puede parecer extraña esta preocupación por el final del mundo, pero no lo fue así para los primeros cristianos. En las comunidades, como consecuencia de la mentalidad de la época y de las dificultades que estaban viviendo, había aparecido una psicosis apocalíptica. Prueba de ello son las preguntas que los discípulos le hacen a Jesús: *«¿Cuándo va a ser eso?, y ¿cuál será la señal de que todo eso está para suceder?»*.

Algunos cristianos de aquellas primeras comunidades vivían tan preocupados por la inminencia del fin que ya ni de trabajar se preocupaban. Vivían esperando el final sin comprometerse con el presente. El texto de la carta a los Tesalonicenses que hemos escuchado hoy pretende terminar con este modo de pensar y vivir. Les dice: *«quien no quiera trabajar, que tampoco coma. Hemos sabido que algunos de vosotros viven sin trabajar y metiéndose en todo»*. Los seguidores de Jesús no podemos vivir mirando al cielo, sin asumir nuestras responsabilidades.

Dice el profeta Malaquías: *«El día del Señor es como un fuego ardiente y los soberbios y malvados son como la paja»*. No hay bondad en aquellas cosas que son el resultado de una naturaleza en constante transformación, ni mucho menos en las que son causadas por la maldad de los humanos que destruyen a diestra y siniestra, movidos por ambiciones inconfesables y por una soberbia que acabará aplastándolos a ellos mismos.

Por supuesto que, entre esos personajes están los que viven como si fueran inmortales, los que piensan que pueden hacer daño impunemente; los que engañan, los que viven en la mentira, los que causan guerras y cortan la vida de inocentes; los que en sus delirios levantan naciones contra naciones, pueblos contra pueblos causando muerte y destrucción; los que acusan, persiguen y meten en la cárcel a inocentes; los que traicionan incluso a los de su propia familia por sórdidas ganancias; los que llenan la sociedad de odio...

Si es larga la lista de los que aparecen como causantes del mal y del sufrimiento de los demás... para ellos nos dice la Palabra de Dios: *«El día que viene los consumirá hasta no dejarles ni raíz ni rama»*. No hay que llenarse de pánico ante la perspectiva del final, pero tampoco es posible dormirse en los laureles, ni en los del mal ni en los de la indolencia. Fijémonos en la hermosísima esperanza que brilla en la expresión del profeta: *«Para ustedes brillará el sol de justicia que les traerá la salvación en sus rayos»*.

Y Jesús se hace eco: No se dejen engañar, no hagan caso, no se dejen dominar por el pánico... Den testimonio de mí. Yo les daré palabras sabias, y ni un cabello de su cabeza perecerá... *«Que nadie os engañe. Muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, o bien: “está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos»*. Jesús sabía de qué hablaba porque sufría en carne propia la permanente tentación de esquivar la dura realidad. Jesús no huyó nunca de la vida y de sus dificultades. Incluso en los momentos más críticos y decisivos se mantuvo fiel. Y concluye con estas alentadoras palabras: *«Si se mantienen firmes, conseguirán la vida»*. Eso es lo que cuenta, no importa lo que se deja atrás, sino *“salvar la vida”*. No estamos aquí para llenarnos de temor, estamos aquí, como creyentes llenos de esperanza, para aprender del Señor y de sus testigos. El libro del Apocalipsis dirá después que Jesús es *«el testigo fiel»* (Ap 1,5).

El cristianismo fácil no existe y, por eso, siempre tendremos la tentación de hacer de la vida cristiana una fuga del mundo, o una religión a la medida de nuestras conveniencias, o una religión para asegurarnos individualmente la vida eterna. No hemos de olvidar que ser cristiano es seguir a Jesús y dar testimonio de Él; un testimonio sencillo, la mayoría de las veces, y un testimonio heroico otras, como el de algunas comunidades cristianas que sufren la persecución hoy. El papa Francisco dijo en una ocasión: *«Hoy en día hay más mártires que en los primeros tiempos de la Iglesia»*. El evangelio nos recuerda que las dificultades no están para huir, sino que son una *«ocasión para dar testimonio»*. Así lo interpretaron los numerosos mártires de los primeros siglos y los mártires de todos los tiempos.

## **JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO**

1ª lectura (2º Samuel 5, 1-3): *Hueso tuyo y carne tuya somos.*

Salmo (121, 1b-2.4-5): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Colosenses 1, 12-20): *Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas.*

Evangelio (Lucas 23, 35-43): *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Jesús, en el Nuevo Testamento, recibe varios títulos. Unos son fáciles de entender para nosotros, como *«Maestro»* o *«Señor»*. Otros necesitan una explicación previa, como el de *«Mesías»*, que es lo mismo que *«Ungido»* o *«Cristo»*. Otros son confesiones de fe, como que Jesús es el *«Hijo de Dios»*. Otros, por fin, nos extrañan, como el de *«Príncipe de los reyes de la tierra»* (Apocalipsis). Hay uno que nos resulta muy extraño, a pesar de ser de los más conocidos: *«Jesús es Rey del Universo»*.

Sabemos que Jesús no inventó esta expresión. En ningún momento se la atribuye como si fuera suya. La espera del Reino de Dios, en la que Dios reinará por fin y se guardará su Ley, formaba parte de las expectativas del pueblo creyente, contemporáneo a Jesús. Jesús no inventa esta expresión, sino que la llena de un sentido nuevo y de un contenido inaudito hasta la fecha. Jesús no piensa ya en la imposición violenta de unos pocos, o en la fuerza de las armas, sino en un reino en el que los pobres y los desfavorecidos son los principales; un reino en el que la misericordia es la forma de relacionarse unos con otros; un reino en el que la persona ocupa el centro, no el dinero o el reparto del poder.

No podemos pensar tampoco que Jesús se desvincula de las promesas de Dios, como si el Antiguo Testamento anunciase una cosa y Jesús iniciara nuevos caminos. El evangelio nos dice que él encarna al Siervo de Yahvé que anunciaron los profetas; que cumple las promesas mesiánicas hechas al rey David y a sus descendientes; que es el salvador anunciado por Daniel. La realeza de Jesús no tiene que ver con los reyes griegos o romanos, sino, con el anuncio de la salvación de Dios.

Llamar a Jesús, *«Señor o Rey»*, “*El que tiene poder sobre todas las cosas*” (Pantokrátor), “*aquél en quien habita toda plenitud*” y con otras expresiones semejantes nunca puede tratarse de una reducción del señorío de Jesús al nivel de un rey terreno, por más grande que este sea o se considere a sí mismo. El anuncio del Reino, las opciones que tomó, el mensaje que transmitió con obras y palabras, le llevan a la cruz.

La novedad de Jesús no es que llevara el título de “*rey*”, sino cómo lo ejerció y hasta qué consecuencias lo llevó. Solo en la fe podemos decir que Jesús crucificado es nuestro rey. En el letrero de la cruz estaba escrito: *«Este es el rey de los judíos»*. Pero este letrero era una mera acusación, una simple burla, una amenaza para otros candidatos al título real. La ironía es que esta acusación o burla, acabó siendo verdad más allá de lo que podían imaginar quienes lo clavaron al madero.

Las autoridades lo retaban a probar su condición de Mesías bajando de la cruz: “*A otros ha salvado; que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios*”; y los soldados, a su vez, repetían lo que escuchaban, reproduciendo el mismo desafío: “*Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo*”. Una exigencia machacona enmarca la ironía plasmada en el letrero de la cruz. Vemos que hay una insistencia en demostrar el poder real a través de la salvación propia: “*Si fueras rey no estarías sufriendo así*”; “*Si fueras poderoso no estarías muriendo de esta forma*”; “*Si fueras el Mesías te habrías salvado...*”.

Jesús está siendo tentado de nuevo. No es solo su propio poder lo que está en juego, sino el poder del mismo Dios: *Si eres el Mesías de Dios... Si es cierto que Dios está de tu parte... Si eres el elegido...* No podemos menos que reconocer estas palabras como un eco de las tentaciones del diablo en el desierto. Jesús no acepta mostrar su poder salvando su vida. No se salvó; nos salvó. Sabemos que es “*rey*” porque fue capaz de dar vida.

Incluso uno de los malhechores crucificados pide otro tanto, incluyéndose él mismo en el reto salvador: “*Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros*”. Más el otro crucificado lo reprende y levantando sus ojos a la cruz, reconoce a su rey: “*Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*” y, termina escuchando las palabras de su Rey crucificado: *«Hoy estarás conmigo en el paraíso»*. Hoy compartirás conmigo una vida que nadie te podrá arrebatar nunca jamás...

*«Señor, perdónalos pues no saben lo que hacen»*. No podemos separar la muerte de Jesús de su propia vida. Por eso, el perdón que brota de sus labios es la consecuencia de toda una vida. Jesús no pudo vivir de una forma y morir de otra. Su muerte es testimonio vivo de cómo pensó y vivió. San Juan lo dice de forma profunda: en el juicio ante Pilato, ante las preguntas capciosas del gobernador romano, Jesús dice de sí mismo que él es *«Testigo de la verdad»*. Esta es la verdad de Jesús, la verdad que proclama la Iglesia y nuestra propia verdad. Jesús recibe en los evangelios el título de *«rey»*, pero su realeza y su realengo provienen de las sendas de la misericordia y del perdón salvífico de Dios.